



Tipo de documento: Tesis de Maestría

Título del documento: Las puertas entreabiertas, el otro en la identidad nacional: discursos históricos, escuela y migración

Autores (en el caso de tesis y directores):

Paula Buratovich

Néstor Rubén Cohen, dir.

Anahí Patricia González, co-dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2020

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





Paula Luciana Buratovich

“LAS PUERTAS ENTREABIERTAS”

El otro en la identidad nacional: discursos históricos, escuela y migración

(Un volumen)

Tesis para optar por el título de Magister de la Universidad de Buenos Aires en
Investigación en Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Director: Néstor Rubén Cohen
Co-directora: Anahí Patricia González

Ciudad Autónoma de Buenos Aires
2020

RESUMEN

La tesis que se presenta a continuación tiene como objetivo general describir el modo en que las nociones acerca de la identidad nacional y la figura del migrante externo presentes en discursos políticos y literarios de fines de siglo XIX y principios de siglo XX se resignifican, en tanto huellas históricas e ideológicas, en las representaciones sociales que docentes y directivos del Área Metropolitana de Buenos Aires construyen en la actualidad acerca de la identidad nacional, la interculturalidad, y la figura del migrante externo llegado a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XX.

Con la intención de evitar un análisis mecánico y determinista, la hipótesis que guía la indagación refiere a que estas huellas colaboran en la constitución de representaciones sociales que tienden a cristalizarse de modo duradero en las instituciones, y en los agentes que las integran, por lo que participan en la construcción de una determinada mirada sobre las migraciones recientes (aquellas llegadas a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XX) y sobre la diversidad étnica y nacional en general.

Por discursos políticos y literarios nos referimos a la producción de los representantes de la élite política y cultural de la Argentina de fines de siglo XIX y principios de siglo XX, que conforman uno de los universos de estudio de la tesis. Los docentes y directivos pertenecientes a instituciones educativas primarias y secundarias del Área Metropolitana de Buenos constituyen el segundo universo de estudio.

La estrategia llevada a cabo en la investigación combina una serie de técnicas cualitativas tales como análisis de textos, entrevistas en profundidad y grupos de discusión. Para reconstruir los discursos se analiza un corpus de textos políticos y literarios integrado por las obras *En la sangre*, de Eugenio Cambaceres, representante del naturalismo en la literatura; *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas, ubicado dentro del nacionalismo cultural; *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía y *Sociología Argentina* de José Ingenieros, ambos exponentes del positivismo argentino. Pese a la diferencia en sus pertenencias y adscripciones institucionales y disciplinares, todos ellos forman parte de sectores intelectual y políticamente influyentes de la escena nacional de la época.

La fuente a partir de la cual se reconstruyen las representaciones sociales de miembros de la institución educativa son materiales surgidos de grupos de discusión y entrevistas en profundidad con docentes y directivos de escuelas primarias y secundarias estatales de gestión pública y privada, del Área Metropolitana de Buenos Aires.

La totalidad del material se analiza siguiendo algunos de los lineamientos propuestos por la Teoría Fundamentada de Strauss y Corbin en lo que respecta a las operaciones de codificación abierta, axial y selectiva, procedimientos que permiten realizar un análisis integral, transversal y simultáneo construyendo categorías con gran densidad teórica.

La tesis se organiza en once capítulos. Luego de la introducción, se describe el diseño metodológico, brindado una justificación de las técnicas de construcción de datos como así también explicitando el recorrido realizado a lo largo del proceso de codificación para arribar a las categorías de análisis. El tercer capítulo está dedicado a reconstruir los antecedentes de la tesis, mientras que el cuarto a definir el concepto de representación social, central en la construcción del problema de investigación. Seguidamente, se dedica el quinto capítulo a reponer las vicisitudes que implica la definición de la identidad nacional y los elementos que confluyen en su articulación, poniendo el foco en su carácter relacional y en el lugar del otro en su conformación. El capítulo sexto está abocado a describir el modo en que en Argentina se constituyó la noción de identidad nacional, y qué lugar se asignó a la migración externa y a la diversidad étnica en el “crisol de razas” constitutivo del relato hegemónico sobre la nación.

El capítulo séptimo brinda algunas coordenadas sociohistóricas para ubicar a los autores del corpus de textos, en tanto los siguientes tres capítulos exponen las categorías centrales de análisis surgidas del proceso de codificación. En primer lugar, aquellas que refieren a la identidad nacional, a sus elementos, y al modo en que ella se configura oscilando entre las ideas de *esencia* y de *objetivo*. Seguidamente, se introducen categorías que dan cuenta de cómo es caracterizado el migrante externo tanto en los discursos políticos y literarios como en las representaciones sociales de docentes y directivos partiendo de dos categorías centrales: *la ajenidad migrante* y *el migrante como instrumento*. Por último, se proponen algunas categorías centrales para pensar de qué modo se concibe, en el análisis del material empírico, la presencia del migrante externo en la identidad

nacional enfatizando la idea de la Argentina como portadora de un *tesoro nacional* en amenaza, y de la necesidad de privilegiar lo nativo para defender la integridad de la identidad nacional.

Finalmente, se introducen algunas conclusiones en torno a las categorías construidas a lo largo del análisis vinculándolas a los objetivos de la tesis, para concluir con algunos interrogantes a futuro que permitirían ampliar el camino recorrido.

ABSTRACT

The general objective of the thesis presented below is to describe the way in which the notions about national identity and the figure of the external migrant present in the political and literary discourses of the late 19th and early 20th centuries are re-signified, as historical and ideological traces, in the social representations that teachers and directors of the Metropolitan Area of Buenos Aires currently construct about national identity, interculturality, and the figure of the foreign migrant who arrived in Argentina since the second half of the 20th century.

With the intention of avoiding a mechanical and deterministic analysis, the hypothesis that guides the investigation refers to the fact that these traces collaborate in the constitution of social representations that prefer to crystallize in a lasting way in the institutions, and in the agents that integrate them, therefore who participate in the construction of a certain perspective on recent migrations (those arriving in Argentina since the second half of the 20th century) and on ethnic and national diversity in general.

By political and literary discourses, we refer to the production of the representatives of the political and cultural elite of Argentina in the late nineteenth and early twentieth centuries that make up one of the study universes of the thesis. The teachers and directors belonging to primary and secondary educational institutions of the Buenos Aires Metropolitan Area constitute the second universe of study.

The strategy carried out in the research combines a series of qualitative techniques such as text analysis, in-depth interviews and focus groups. In order to reconstruct the aforementioned speeches, a corpus of political and literary texts made up of the works *En la sangre* by Eugenio Cambaceres, representative of naturalism in literature; *La restauración nacionalista*, by Ricardo Rojas, located within cultural nationalism; *Las multitudes argentinas* by José María Ramos Mejía and *Sociología Argentina* by José Ingenieros, both exponents of Argentine positivism. Despite the difference in their institutional and disciplinary affiliations and assignments, all of them were part of intellectually and politically influential sectors of the national scene at the time.

The source from which the social representations of members of the educational institution are reconstructed are materials that emerged from focus groups and in-depth interviews with teachers

and directors of primary and secondary schools, public and private, of the Buenos Aires Metropolitan Area.

The entire material is analyzed following some of the guidelines proposed by the Grounded Theory of Corbin y Strauss with regard to open, axial and selective coding operations, a procedure that allows a comprehensive, transversal and simultaneous analysis to be carried out by constructing categories with great theoretical density.

The thesis is organized into eleven chapters. After the introduction, the methodological design is described, providing a justification for the data construction techniques, as well as explaining the route taken throughout the coding process to arrive at the central categories of analysis

The third chapter is dedicated to reconstructing the background of the thesis, while the fourth to defining the concept of social representation, central to the construction of the research problem. Next, the fifth chapter is dedicated to restoring the vicissitudes implied by the definition of national identity and the elements that converge in its articulation, focusing on its relational character and on the place of the other in its conformation. The sixth chapter is dedicated to describing the way in which the notion of national identity can be found in Argentina, and what place was assigned to migration and ethnic diversity in the argentine version of a "melting pot" constitutive of the hegemonic narrative about the nation.

The seventh chapter provides some sociohistorical coordinates to locate the authors of the corpus of texts, while the next three chapters expose the central categories of analysis that emerged from the coding process. In the first place, those that refer to national identity, its elements, and the way in which it is configured oscillating between the ideas of *essence* and *objective*. Next, categories are introduced that account for how the external migrant is characterized both in political and literary discourses and in the social representations of teachers and managers, starting from two central categories: the *migrant alien* and the *migrant as an instrument*. Finally, some central categories are proposed to think about how, in the analysis of the empirical material, the presence of the foreign migrant in the national identity is conceived, emphasizing the idea of Argentina as the bearer of a threatened *national treasure*, and the need to privilege the native to defend the integrity of the national identity.

Finally, some conclusions are introduced around the categories constructed throughout the analysis, linking them to the objectives of the thesis, to conclude with some questions for the future that would allow to broaden the journey.

INDICE

AGRADECIMIENTOS	10
CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN	12
CAPÍTULO 2. DISEÑO METODOLÓGICO.....	17
2.1. Universos de estudios y unidades de análisis	17
2.2. Fuentes de información	19
2.3. Técnicas de construcción de datos.....	20
2.3.1. El análisis de textos y la interpretación de sentidos del pasado.....	20
2.3.2. El grupo de discusión como modo de reconstruir discursos colectivos.....	21
2.3.3. La entrevista en profundidad como técnica para analizar representaciones sociales	24
2.4. Acerca de la estrategia de análisis	26
2.4.1. Algunas consideraciones sobre la Teoría Fundamentada	26
2.4.2. Descripción del proceso de codificación del material empírico a través de la Teoría Fundamentada.....	27
CAPÍTULO 3. ANTECEDENTES.....	32
CAPÍTULO 4. LAS REPRESENTACIONES SOCIALES COMO SISTEMAS DURADEROS DE INTERPRETACIÓN.....	39
CAPÍTULO 5. LA (IN)DEFINICIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL Y LAS RELACIONES INTERCULTURALES COMO UNO DE SUS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS.....	44
5.1 El carácter relacional de la identidad nacional	44
5.2 El código moral hegemónico como estrategia de la sociedad receptora.....	46
5.3 La magia de la conversión del azar en destino	48
5.4 De la diversidad a la desigualdad	51
5.5 El otro en la identidad nacional	52
CAPÍTULO 6. EL PROCESO DE INVENCION DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN ARGENTINA	54
6.1 Inmigración y Estado nación en Argentina. Del fomento a la restricción	54
6.2 Lugar de la diversidad étnica y la interculturalidad en el “crisol de razas”	58
CAPÍTULO 7. COORDENADAS SOCIOHISTÓRICAS DE LOS AUTORES.....	63
7.1 Cambaceres: naturalismo moral, xenofobia y prejuicio.....	64
7.2 Positivismo y criminología en Argentina: liturgia patriótica y nueva raza argentina.....	67
7.3 Rojas y la restauración del espíritu nacional.....	78
CAPÍTULO 8. SOLUCIÓN PATRIÓTICA: CREAR EL ALMA ARGENTINA.....	84

8.1 La identidad nacional, entre la esencia y el objetivo.....	85
8.2 Vocación homogeneizante	94
8.2.1 <i>Terror étnico</i>	95
8.2.2 <i>Inclusión condicional</i>	98
8.2.3 <i>Blanqueamiento.....</i>	101
8.2.4 <i>Molde nacionalizador</i>	103
CAPÍTULO 9. ENTRE LA AJENIDAD Y LA UTILIDAD: CARACTERIZACIÓN DEL MIGRANTE EXTERNO.....	109
9.1 Ajenidad migrante	109
9.1.1 <i>La no humanidad del migrante</i>	110
9.1.2 <i>El rastro étnico.....</i>	114
9.1.3 <i>Uno de nosotros (nunca será): el amigo a prueba.....</i>	125
9.2 El migrante como instrumento	135
9.2.1 <i>Aporte migrante.....</i>	137
9.2.2 <i>Agradecimiento migrante</i>	140
9.2.3 <i>Adaptabilidad migrante.....</i>	142
CAPÍTULO 10. “INTEGREMOS...PERO CON NUESTRAS COSAS”: EL LUGAR DEL MIGRANTE EN LA IDENTIDAD NACIONAL	148
10.1 El tesoro nacional en amenaza	148
10.2 Integremos...pero con nuestras cosas	155
CAPÍTULO 11. CONCLUSIONES.....	158
BIBLIOGRAFÍA	162

AGRADECIMIENTOS

No soy original si digo que escribir una tesis es una experiencia personal, pero de ningún modo individual. Una tarea que, aun atravesada por ciertos momentos de soledad y angustia, surge de un recorrido auténticamente colectivo. La alegría que siento en este momento no puede tener entonces otra forma que la de un profundo agradecimiento, probablemente incompleto y seguro insuficiente, a todxs aquellxs que la hicieron posible.

En primer lugar, agradezco a Néstor Cohen, mi director de tesis, por su lectura atenta y sus comentarios certeros, como así también por aquellas ideas que inspiraron mi trabajo.

A Anahí González, no solo por ser mi co-directora, sino por transmitirme serenidad y al mismo tiempo entusiasmo en un momento en el que me encontraba bastante desorientada. Gracias, tu apoyo fue clave para mí.

A Romina Tavernelli, por su aliento, confianza y generosidad desde mis primeros pasos en este camino de la investigación y la docencia que tanto me apasiona.

A Nora Morales y Eugenia Correa, mis profesoras del taller de tesis, por sus consejos y sus devoluciones. A todos los integrantes de la Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, sus autoridades, docentes y no docentes.

A mis compañerxs de los equipos de investigación UBACyT y PRII que integré durante estos años; nuestras charlas e intercambios sin dudas nutrieron mi trabajo.

A la Facultad de Ciencias Sociales, mi espacio de pertenencia más allá de lo institucional. Este agradecimiento implica el compromiso de defender la universidad pública, laica y gratuita y luchar, al mismo tiempo, por la profundización de su democratización.

Gracias a Vicente, mi papá. La tristeza por no poder compartir con él este momento no opaca la fortuna de que haya sido mi maestro y compartido conmigo sus mundos. Su nobleza, su ternura, su inteligencia y su sensibilidad son una guía todos los días.

A Cristina, mi mamá, por su amor sin límites ni condiciones y por ser, desde siempre, mi hinchita más fiel.

A mi abuela Antonia, por su cariño y su mano cuidadosa que son para mí una marca imborrable.

A Juan, por tanto amor y tanta paciencia, por comprenderme y por la vida juntxs.

A mi hermana Julia y a Ulises, mi sobrino, amores que me alegran la existencia.

A toda mi familia; a todxs mis amigxs, lxs de la escuela, lxs de FLACSO, los de la facultad...lxs de siempre.

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN

El estudio de la identidad nacional admite diversos enfoques. En esta tesis en particular se analiza su construcción a la luz de las relaciones interculturales. En consecuencia, y en función del carácter relacional de toda identidad, la figura del otro, en este caso del migrante externo, resulta un elemento de suma relevancia en su análisis.

La pregunta de investigación que guía la indagación refiere a qué nociones de identidad nacional pueden encontrarse en la institución educativa. Al margen de las numerosas funciones que desempeña actualmente y de los múltiples procesos sociales que en ella ocurren —y que permiten analizarla desde diversas perspectivas— la escuela forma parte de un complejo entramado institucional (compuesto también por la justicia, las fuerzas de seguridad y los organismos de gobierno) por medio del cual el Estado administra la diversidad étnica y nacional (Cohen, 2009).

Asimismo, las nociones de identidad nacional que pueden hallarse en ella se encuentran mediadas por condiciones ideológicas, constituidas históricamente, y que pueden reconocerse en determinados discursos políticos y literarios de la Argentina de fines de siglo XIX y principios del siglo XX.

Más allá de las diferentes coyunturas históricas y de las características específicas que asumen los distintos flujos migratorios, es posible reconstruir, en la producción literaria y política de diversos representantes de los sectores intelectual y políticamente influyentes de la escena nacional, nociones acerca de la identidad nacional y la figura del migrante externo que, a modo de huellas históricas e ideológicas, se encuentran actualmente en la escuela. Por lo tanto, la hipótesis de la cual partimos indica que estas huellas, en tanto colaboran en la constitución de representaciones sociales que tienden a cristalizarse de modo duradero en las instituciones y en los agentes que las integran, adquieren una activa participación en la construcción de una determinada mirada sobre las migraciones recientes (aquellas llegadas a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XX) y sobre la diversidad étnica y nacional en general.

La tesis, entonces, tiene como objetivo general describir el modo en que las nociones acerca de la identidad nacional y la figura del migrante externo presentes en los discursos políticos y literarios de fines de siglo XIX y principios de siglo XX se resignifican, en tanto huellas históricas e ideológicas, en las representaciones que docentes y directivos del Área Metropolitana de Buenos

Aires (en adelante, AMBA) construyen acerca de la identidad nacional, la interculturalidad, y la figura del migrante externo llegado a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XX.

Como modo de acercarse a dicho propósito, el trabajo tiene como objetivos específicos describir cuáles son los principales rasgos asignados al “ser nacional” en los discursos políticos y literarios de fines de siglo XIX y principios de siglo XX; identificar de qué modo se conciben en ellos las relaciones interculturales y cómo se caracteriza la figura del migrante como así también analizar cómo se evalúa en tales discursos la influencia de los migrantes externos en la constitución de la identidad nacional.

Adicionalmente, se procura describir las representaciones sociales que circulan, en la actualidad, entre los docentes y directivos del AMBA acerca del impacto que la presencia de migrantes externos llegados a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XX tiene en la construcción de la identidad nacional e identificar qué conceptos, ideas y nociones sobre la identidad nacional y sobre los vínculos nativos-migrantes presentes en los discursos políticos y literarios de fines de siglo XIX y principios de siglo XX pueden hallarse en ellos.

A modo de guía, presentamos sucintamente el contenido de los capítulos que componen este trabajo. Luego de esta introducción, en el segundo capítulo se describe el diseño metodológico ideado para la consecución de los objetivos e hipótesis planteados. En primer lugar, se ofrecen algunas consideraciones sobre la naturaleza y producción del dato en ciencias sociales, seguido de una definición de los universos de estudio de la tesis, como así también de las unidades de análisis y recolección. Posteriormente se describen las fuentes de información seleccionadas, es decir, el corpus de textos políticos y literarios, por un lado, y los discursos de los docentes y directivos, por el otro; como así también las técnicas de construcción de datos: análisis de textos, grupos de discusión y entrevistas en profundidad. Al respecto, se brinda una justificación de la elección de dichas técnicas, se describe el proceso de construcción de las muestras, sus características, los instrumentos de registro empleados y el modo de disposición de la información relevada. Por último, se explicita la particularidad de la estrategia elegida: se trata de un tipo de análisis sociológico basado en un proceso de codificación del material empírico que sigue los lineamientos de la Teoría Fundamentada de Corbin y Strauss. Se describe, además, el recorrido realizado para arribar a las categorías centrales de análisis.

El tercer capítulo está destinado a reconstruir los antecedentes a través de la presentación de los principales trabajos que abordan, desde distintas aristas, la temática de la tesis. Para comenzar, se recorren los principales estudios dedicados al análisis de la conformación del pensamiento argentino desde mediados de siglo XIX hasta principios de siglo XX y a los debates y las corrientes teóricas en pugna en ese período histórico. Dichos antecedentes, si bien exceden los objetivos de la tesis, ofrecen un panorama del escenario nacional en que se construyeron las nociones de identidad nacional y los modos de representación de la migración que pretendemos analizar y que resulta necesario reponer. En segundo lugar, se presentan trabajos que recorren la obra de los autores que integran el corpus de textos: Cambaceres, Ramos Mejía, Ingenieros y Rojas, principalmente en lo que refiere a sus imaginarios en torno a la cuestión nacional, para continuar con aquellos que analizan los distintos modos en que la migración externa fue caracterizada a lo largo de la historia. También se presenta una serie de análisis que ofrecen perspectivas teóricas interesantes para profundizar en algunas aristas del problema de investigación de la tesis. Por último, se recorren un conjunto de investigaciones que incluyen análisis sobre discursos, prácticas y representaciones sociales en el ámbito educativo en torno a la migración externa, ya sea desde la perspectiva de los docentes o de otros actores institucionales.

El cuarto capítulo persigue la definición de la noción de representación social explicitando la especificidad del concepto y su lugar en el presente trabajo, mientras que el quinto expone los principales aspectos conceptuales alrededor de los cuales se construyó el problema de investigación. El primer apartado desarrolla el concepto de identidad nacional, destacando su aspecto relacional. Seguidamente, la idea de código moral hegemónico en tanto estrategia histórica de la sociedad receptora en la gestión de la diversidad y el concepto de huellas históricas e ideológicas como factor a través del cual es posible analizar las relaciones interculturales en Argentina en la actualidad. Luego se recupera, en tanto concepto vertebrador de gran parte del trabajo, la noción de etnicidad ficticia de Balibar (1988) y las maneras en que esta es producida a través de la raza y la lengua. Finalmente, se describe el modo en que se construye la otredad desde la sociedad receptora.

En el capítulo sexto, a través del concepto de “formaciones nacionales de alteridad”, se presenta una reconstrucción del rol que el Estado argentino ha tenido tanto en la gestión del fenómeno migratorio como en su definición como problema social. Se señalan algunas particularidades del

proceso de construcción del aparato estatal y su vínculo con la migración, como así también se desarrolla la noción de “colonialidad del poder” de Quijano (2000), en tanto perspectiva epistemológica clave para analizar el lugar que la dimensión étnica y racial adquiere en Argentina. Asimismo, se reflexiona en torno al carácter de la institución educativa en tanto espacio estatal de reproducción y consolidación de la identidad nacional.

El capítulo séptimo ofrece una descripción de las coordenadas sociohistóricas de los autores analizados. En primer lugar, se presenta a Cambaceres como miembro de la Generación del 80 y exponente del naturalismo literario, y a su obra *En la sangre* como reflejo de los prejuicios y la xenofobia de la aristocracia criolla en torno a la presencia migrante. A continuación, se describe el modo en que Ramos Mejía e Ingenieros se constituyen en representantes del positivismo argentino, corriente que pretendió estudiar sistemáticamente las consecuencias no deseadas de la modernización argentina y ofrecer diagnósticos y soluciones a medida, extendiéndose hacia diversos ámbitos de la sociedad, principalmente la escuela, la justicia, la criminología y la salud pública. *Las multitudes argentinas*, obra del primer autor, presenta un detallado estudio del lugar de las multitudes en la historia nacional, junto a una caracterización tipológica de la figura del migrante y el modo en que este es asimilado gracias a la influencia del medio. En *Sociología Argentina*, Ingenieros reconstruye, a través de conceptos provenientes del darwinismo social, la formación de la nacionalidad argentina y de los elementos que la componen partiendo de la caracterización de la raza argentina como variedad europea trasplantada a este suelo. Por último, se introduce la figura de Rojas como exponente del nacionalismo laico y se describe su propuesta en *La restauración nacionalista*. Como solución a la “crisis espiritual” que atraviesa la sociedad argentina del Centenario de la Revolución de Mayo, Rojas propone una recuperación de la herencia hispánica y de la cultura indoamericana originaria con el objetivo de asimilar a las masas migrantes sobre la base de una educación patriótica.

Los capítulos octavo, noveno y décimo están destinados al análisis del material empírico a la luz del marco teórico a partir del cual se construye el problema de investigación. El objetivo es señalar las categorías construidas a partir del proceso de codificación.

En el capítulo ocho se presentan, en primer lugar, las categorías centrales de *esencia nacional* y *objetivo patriótico* como polos entre los cuales oscilan los elementos que componen la noción de identidad nacional, y *vocación homogeneizante*, en tanto categoría central capaz de expresar los

grados de diversidad/homogeneidad que admite la identidad nacional y los modos de reducirla, tanto en los discursos políticos y literarios, como en las representaciones sociales de docentes y directivos

El capítulo noveno procura describir de qué modo se caracteriza la figura del migrante externo a partir de dos núcleos representacionales centrales, *la ajenidad migrante* y *el migrante como instrumento*, y las subcategorías que integran cada uno de ellos. El décimo, por su parte, describe el lugar asignado al migrante externo en la construcción de la identidad nacional partiendo de la categoría de *tesoro nacional* en amenaza y arribando a la de *puertas entreabiertas*, en tanto estrategia que debe llevar a cabo la sociedad receptora para salvaguardar la integridad de la identidad nacional.

Si bien a lo largo del análisis se especifican las principales similitudes y diferencias entre las visiones de los autores, se persigue un análisis de tipo transversal que no focaliza en el imaginario de cada uno de ellos considerado individualmente, sino que reconstruye las nociones de identidad nacional presentes en sus textos en tanto entramados discursivos que dan cuenta de las representaciones sociales hegemónicas de la época.

El último capítulo se destina a las reflexiones finales, a la reconstrucción de las principales categorías surgidas a raíz del proceso de codificación que atraviesa todo el trabajo y al esbozo de nuevas y futuras preguntas de investigación.

CAPÍTULO 2. DISEÑO METODOLÓGICO

Este capítulo está dedicado a la descripción del diseño metodológico de la tesis, de los elementos que lo componen como así también de las decisiones teórico metodológicas que fueron adoptadas en su proceso de construcción. La estrategia llevada a cabo combina una serie de técnicas cualitativas tales como análisis de textos, entrevistas en profundidad y grupos de discusión con algunos de los procedimientos de procesamiento y análisis que ofrece la Teoría Fundamentada, etapas que en el caso de la investigación cualitativa suceden de manera simultánea.

Más allá de las características específicas del diseño que aquí se presenta, resulta fundamental no perder de vista la particularidad de la producción del dato en ciencias sociales y la importancia de evitar la disociación entre teoría y método. Lejos de una perspectiva empirista que otorga al/la investigador/a un lugar pasivo en el proceso de investigación, que equipara el dato al hecho o a la información y considera a este último generador de teoría en sí mismo, como así también de una mirada positivista para la cual la aprehensión de la realidad se garantiza simplemente mediante “métodos y técnicas eficientes y eficaces para el tratamiento de los hechos” (Cohen y Gómez Rojas, 2019: 31), consideramos que el dato en sí es un producto teórico y metodológico. Esta perspectiva constructivista del proceso de formación del conocimiento científico es la guía que orienta todo el diseño metodológico y define el modo en que se realiza el tránsito “del hecho al dato”; el diseño, a su vez, encuentra sus bases en el problema de investigación previamente fundado y teóricamente definido.

2.1. Universos de estudios y unidades de análisis

En sintonía con la hipótesis de trabajo, la tesis cuenta con dos universos de estudio. Por un lado, aquel integrado por los representantes de la élite política y cultural de la Argentina de fines de siglo XIX y principios de siglo XX. Por el otro, el que conforman los docentes y directivos pertenecientes a instituciones educativas primarias y secundarias del AMBA. El acceso al primer universo se realiza de manera mediada a través de los discursos —textos políticos y literarios— considerados unidades de recolección.

A diferencia de los estudios cuantitativos, donde la selección de unidades de análisis persigue una lógica de representación, mediada por el uso de muestras estadísticas, en la investigación cualitativa, en cambio,

la delegación a universos mayores no se plantea en forma equivalente, ya que la producción de significados resulta del conjunto y no de una participación mensurada como una sumatoria de porciones de sentidos. Se constituyen nuevas configuraciones, complejas, en las que no se intentan establecer proporciones o magnitudes específicas de representatividad (Moreno, Redondo, Morales, Jontef y Torres Salazar, 2003: 134).

Esto quiere decir que no hay intención de representar cabalmente a toda la élite política y cultural de la Argentina de fines de siglo XIX y principios de siglo XX a través de la elección de determinados representantes como unidades de análisis, sino de considerar que su trabajo, con las particularidades de cada caso, fue producido al interior de las esferas del Estado nación, y que si bien tampoco es válido afirmar que éste se haya expresado históricamente de manera unívoca, sí es posible, a partir del análisis de los discursos seleccionados, aproximarse a las nociones de identidad nacional que circulaban de modo hegemónico durante el período histórico seleccionado, coincidente con la etapa de consolidación del aparato estatal, y al mismo tiempo al modo en que era caracterizada la figura del migrante externo.

Tal como señala la hipótesis, estas nociones acerca de la identidad nacional y la figura del migrante externo son rastreables, a modo de huellas históricas e ideológicas, en las representaciones sociales de docentes y directivos de la institución educativa actual. De este modo, y en función de una decisión teórico-metodológica, docentes y directivos son considerados unidad de análisis en tanto agentes socializadores que forman parte de una institución estatal que a diario gestiona la diversidad étnica y nacional, entendiendo esta función como la capacidad de “disponer, organizar y distribuir recursos materiales y actuar sobre personas (...) a partir de decisiones que afectan las voluntades, ideas y/o acciones de esas personas.” (Cohen, 2014: 16). Sin desconocer que esto no agota sus funciones, y que lo escolar implica una trama compleja en la que confluyen no solo relaciones y prácticas institucionalizadas, sino numerosos y variados agentes, interacciones cotidianas, especificidades locales, tradiciones educativas, entre otros (Rockwell, 1997), analizar los discursos de docentes y directivos y dar cuenta de sus representaciones sociales constituye uno de los modos posibles de reconstruir la voz de la escuela como institución del Estado en torno a la identidad nacional y la figura del migrante externo.

2.2. Fuentes de información

En función de la estrategia metodológica definida y del objetivo general de la tesis, se seleccionan una serie de fuentes. En primer lugar, para reconstruir los discursos de los representantes de la élite, se analiza un corpus de textos políticos y literarios integrado por las siguientes obras: *En la sangre*, de Eugenio Cambaceres; *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas; *Las multitudes argentinas*, de José María Ramos Mejía y *Sociología Argentina*, de José Ingenieros. Este corpus no puede considerarse una fuente de datos primaria ni secundaria en tanto no se trata de datos, sino de información cuya producción no estuvo guiada por objetivos de investigación científica o técnica. “Todo dato secundario es el resultado de una medición, de una determinada asignación de sentido a un fenómeno particular” (Cohen y Gómez Rojas, 2019: 257). Por consiguiente, son considerados documentos que, a partir de los objetivos de investigación propuestos en esta tesis, se construyen como datos susceptibles de análisis.

La fuente a partir de la cual se reconstruyen las representaciones sociales de miembros de la institución educativa son materiales surgidos de grupos de discusión y entrevistas en profundidad con docentes y directivos¹. En este sentido, a diferencia de las fuentes primarias, que implican un acceso directo por parte del/la investigador/a a la información empírica para producir los datos, en este caso se trata de fuentes secundarias en tanto fueron producidas para una investigación cuyos objetivos difieren de los de la actual. Para poder emplearlas se requiere, en primer lugar, de un reprocesamiento que permita remitirlas a los objetivos de investigación propios.

A continuación, nos referimos a cada una de las técnicas cualitativas empleadas para trabajar con estas fuentes.

¹ Los grupos de discusión fueron realizados por el equipo de investigación al cual la autora pertenece en el marco del proyecto UBACyT S091 “*La discriminación hacia el extranjero como táctica de disciplinamiento social*”, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección del Dr. Néstor Cohen; y las entrevistas en profundidad, en el marco del Proyecto de Reconocimiento Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, “*Segregación social de los migrantes externos regionales: una aproximación comparativa de las representaciones sociales en las escuelas de la CABA*” bajo la dirección de la Dra. Romina Tavernelli y la co-dirección de la Dra. Anahí González. La autora de la tesis forma parte del equipo de investigación responsable de este proyecto.

2.3. Técnicas de construcción de datos

2.3.1. *El análisis de textos y la interpretación de sentidos del pasado*

Ya hemos señalado que la estrategia de la tesis combina diversas técnicas cualitativas, entre ellas, el análisis de textos. Si bien este se realiza —al igual que el análisis del material surgido de los grupos de discusión y de las entrevistas en profundidad— siguiendo los lineamientos y métodos propuestos por la Teoría Fundamentada, resulta interesante esbozar algunas características y particularidades de la técnica.

En la búsqueda de analizar y reconstruir sociológicamente sentidos y representaciones propias de otro período histórico, el trabajo con documentos (en este caso, textos literarios y políticos de fines de siglo XIX y principios de siglo XX) resulta prácticamente ineludible. Podría tratarse de discursos políticos, manuales escolares, prensa escrita, legislación, correspondencia, entre otros; al margen de la naturaleza del documento, su uso en este tipo de investigaciones es irremplazable. Valles (1999) señala que, en la estrategia metodológica de “documentación”, es posible acercarse al material documental como si se tratara de entrevistas. Es decir, aproximarse mediante preguntas implícitas a partir de las cuales se produce un “diálogo” con el autor.

Sin embargo, más allá de su potencialidad, estas fuentes no están exentas de limitaciones, o aspectos que deben ser tenidos en cuenta para evitar interpretaciones falaces y anacrónicas. Algunos de ellos, indicados por Valles (1999), son la interpretabilidad múltiple, las inferencias y la representatividad.

El autor subraya la “interpretabilidad múltiple y cambiante del material documental, dependiendo del contexto y a lo largo del tiempo” (p. 130). Se refiere así a la posibilidad de “hacerle decir” a los textos —o a sus autores— algo que no dicen, o de inferir creencias del autor o la realidad social a la que el documento analizado refiere, con el consiguiente riesgo de adjudicar anacrónicamente determinadas nociones, imaginarios o representaciones actuales al pasado. Una manera de sortear este obstáculo es realizar un análisis e interpretación documental que permanentemente considere al documento “en el contexto de las condiciones (materiales, sociales) tanto de su producción como de su lectura” (p. 136).

En cuanto a la representatividad, señala que al elegir qué material formará parte del corpus a analizar se evalúa su capacidad representativa (o expresiva). Sin embargo, es necesario “reconocer las limitaciones de la expresión (representación) de los documentos, sin desaprovechar por ello el potencial de estos” (p. 135). En ese sentido, y tal como se señaló, la construcción del corpus de textos no pretende representar los imaginarios y posiciones de toda la élite ligada a las esferas estatales del período histórico seleccionado, sino considerar que es posible, a través de su análisis, reconstruir algunas de las principales nociones en torno a la identidad nacional y la figura del migrante externo que circulaban enérgicamente en ese momento. Tampoco se pretende imputar de modo determinista ideas e imaginarios de siglos pasados a representaciones sociales actuales, sino considerar que esos discursos, en tanto huellas ideológicas y políticas, son observables y siguen operando en la institución educativa, y resultan condición necesaria, aunque no suficiente, para la construcción de representaciones sociales acerca de la otredad.

Algunas advertencias esbozadas por Foucault (2005) acerca de las exigencias que impone el método de análisis del discurso permiten complementar estos aspectos. Se trata de los principios de trastocamiento, discontinuidad, especificidad y exterioridad. De modo sumamente esquemático, diremos que estos exhortan a no buscar en los discursos, o por debajo de ellos, un “juego de significaciones previas” (p. 53) una racionalidad subyacente y esencial que espera a ser descubierta, un “gran discurso ilimitado, continuo y silencioso, que se hallaría (...) reprimido o rechazado, y que tendríamos por tarea que levantar restituyéndole finalmente el habla” (p. 52). Por el contrario, los discursos deben ser tratados como prácticas en las que diversos elementos se yuxtaponen, se ignoran, se excluyen.

Partir del discurso mismo, de su aparición y de su regularidad, ir hacia sus condiciones externas de posibilidad, hacia lo que da motivo a la serie aleatoria de esos acontecimientos y que fija los límites (p. 53).

2.3.2. El grupo de discusión como modo de reconstruir discursos colectivos

En la tesis se analizan trece grupos de discusión que incluyeron a noventa y dos docentes. Estos fueron seleccionados al azar entre docentes de nivel primario de escuelas públicas de gestión estatal y de gestión privada de Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Gran Buenos Aires; y docentes de nivel secundario del área de ciencias sociales, de escuelas públicas de gestión estatal y de gestión privada de Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Gran Buenos Aires. Cada grupo, coordinado por

una psicóloga especializada en dicha técnica, estuvo integrado por 7 a 10 docentes reunidos en una sala acondicionada con cámara Gesell. Siguiendo las recomendaciones de Ibáñez (1992), con esa cantidad de participantes se procura que los canales de emisión y recepción funcionen apropiadamente. Con un número mayor se corre el riesgo de que los integrantes no puedan escucharse entre sí impidiendo la fluidez en la circulación de la palabra.

El instrumento utilizado fue una guía de pautas específicamente confeccionada para la realización de los grupos, compuesta por preguntas generales capaces de funcionar como disparadores de diálogos sobre el concepto de diversidad cultural en el aula, su carácter problemático, las estrategias diferenciales para el tratamiento de la población migrante, su lugar en la escuela, su caracterización en términos de rendimiento escolar, de país de origen, de capacidad o intención de integración, como así también de diferencias con respecto a los alumnos nativos. La guía se propuso plantear los temas a discutir de modo velado, de manera que lleve al tema sin contenerlo “(...) por la vía inconsciente del desplazamiento metonímico o de la condensación metafórica” (Ibáñez, 1992: 304).

Si bien en el presente análisis las representaciones sociales de los miembros de la comunidad educativa se consideran en su totalidad como un conjunto de discursos producidos en la escuela acerca del fenómeno intercultural y la identidad nacional —es decir, no se realiza un análisis comparativo de los grupos entre sí, ni uno específico al interior de cada grupo focalizando en las características de sus miembros—, es importante mencionar que su confección se llevó a cabo controlando tres variables consideradas relevantes: nivel de inserción docente (primario, secundario), tipo de institución (de gestión pública, privada confesional, privada laica) y caracterización socioeconómica de la matrícula (predominantemente baja, predominantemente alta). Del entrecruzamiento de estas variables surgieron los segmentos, siendo representado cada uno por una serie de grupos de discusión. En ese sentido, el objetivo fue constituir grupos de una heterogeneidad “inclusiva”— en términos de Ibáñez (1992)— esto es, grupos en los que no existan relaciones excesivamente asimétricas (por ejemplo, relaciones de clase) que inhiban la interacción en grupo, pero tampoco portadores de una homogeneidad coherente y “redundante”. Se procuró una composición que permita el intercambio y a la vez la producción de un discurso verdaderamente complejo.

En el proyecto, el material desgrabado fue grillado en una matriz respondiendo a los objetivos de la investigación. En esta tesis, este material se ubica en una grilla construida en función de los objetivos propios, a partir los criterios metodológicos para análisis cualitativo propuestos por la Teoría Fundamentada de Corbin y Strauss (2002) que se describen en este capítulo.

El grupo de discusión como técnica metodológica de investigación cualitativa es apropiada a los fines de la presente investigación en tanto permite indagar de manera colectiva los discursos que circulan en la institución escolar. En el proyecto que les dio origen, y en línea similar a la adoptada en esta ocasión, la elección de los docentes para formar parte de los grupos de discusión estuvo basada en la decisión de “reproducir la perspectiva de la institución escolar como tal respecto de los extranjeros residentes en nuestro país, y qué lugar se asignan los docentes como agentes socializadores respecto de la diversidad cultural” (Cohen, 2009: 9).

La discusión en grupo permite acceder a una red de comunicación en la cual cada sujeto no constituye una unidad de información independiente de las demás, sino que integra un colectivo (Ibáñez, 1992). De este modo, un grupo de discusión permite construir un discurso en conjunto y evita basarse en expresiones aisladas. Si bien se encuentra integrado por individuos, la reconstrucción de dicho discurso colectivo permite interpretar el desempeño de la institución en general acerca del fenómeno en cuestión. El discurso de los docentes, quienes fueron entrevistados desde su rol de integrantes de la institución educativa, se concibe como uno de los modos posibles de reconstruir la voz de la escuela en torno a la diversidad étnica y la identidad nacional. Además de su función en tanto miembros y agentes socializadores de la institución educativa, los docentes son nativos. Con esta categoría se hace referencia a personas que nacen y viven en Argentina, y que “participan en la red de relaciones interculturales y producen diferentes representaciones sociales acerca de los migrantes externos”. (Cohen, 2014: 7).

Los grupos de discusión analizados fueron realizados en el marco de un proyecto desarrollado entre los años 2004 y 2007. La validez de su análisis en la actualidad radica en la definición misma de la noción de representación social, en tanto “sistemas de interpretación de la realidad” (Abric, 1994: 13) que evolucionan muy lentamente, complejos de significados que tienden a cristalizarse de modo duradero tanto en las instituciones como en los agentes que las integran. Diversos factores como modificaciones coyunturales, sanción de nueva legislación, mutaciones en la organización estatal, emergencia de nuevos actores sociales, entre otros, no impactan directa e inmediatamente

en las representaciones sociales, que suelen resistirse al cambio. De hecho, la misma hipótesis de trabajo que guía la tesis propone que nociones en torno a la identidad nacional y la migración construidas en los siglos XIX y XX son observables en tanto huellas históricas e ideológicas más de un siglo después, en las representaciones sociales de los miembros de la escuela.

No obstante, a lo largo de la investigación y con el objetivo de enriquecer el análisis se decidió incorporar un conjunto de entrevistas en profundidad. Esta técnica, junto al grupo de discusión, son herramientas privilegiadas para reconstruir representaciones sociales acerca de aspectos complejos de la realidad social que suelen aparecer de modo eufemístico en los discursos, o que escapan en parte a la conciencia inmediata de los actores por encontrarse arraigadas en las prácticas cotidianas de las instituciones. Su éxito, sin embargo, se encuentra condicionado, entre otros factores, por la capacidad del/la investigador/a en el momento del tratamiento de la información, su análisis e interpretación.

Al respecto, Ibáñez (1992) advierte sobre la necesidad de tener en cuenta que al analizar el discurso del grupo —y, agregamos, de la entrevista— el/la investigador/a “es un sujeto en proceso que se integra en el proceso de investigación” (p. 319). Ante la masa imponente de información obtenida, el criterio que este aplica al seleccionar las relaciones significantes, las categorías, y sus propiedades, es siempre subjetivo. La objetividad (relativa), solo se alcanza retroactivamente en el método. El paso de la “evidencia subjetiva al conocimiento objetivo” (p. 320) solo es posible a través de una estricta vigilancia epistemológica y metodológica, en la cual se produce un ida y vuelta constante entre el espacio empírico y el espacio teórico.

2.3.3. La entrevista en profundidad como técnica para analizar representaciones sociales

Tal como se señaló, además de los grupos de discusión se analizan ocho entrevistas en profundidad semi estructuradas a docentes directivos de escuelas estatales de gestión pública de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires realizadas entre los años 2015 y 2017. Su objetivo fue indagar los procesos de segregación social y su vinculación con la diversidad migratoria en la escuela como así también reconstruir las representaciones sociales de miembros de la comunidad educativa acerca de la diversidad migratoria presente en la institución. De ahí la elección de la entrevista en profundidad como técnica que permite, entre otros campos de utilización, “el estudio de las representaciones sociales personalizadas: sistemas de normas y valores asumidos, imágenes y

creencias prejuiciales, códigos y estereotipos cristalizados, rutas y trayectorias vitales particulares” (Valles, 1999: 202).

Se empleó una guía de pautas semiestructurada —entendiendo por estructuración el grado de flexibilidad que tanto entrevistador como entrevistado tienen en la entrevista— que partió de aspectos más generales acerca de la escuela hacia cuestiones más específicas sobre el vínculo entre segregación socio-espacial, presencia de migrantes y su desempeño escolar, como así también sobre vínculos interculturales, función de la escuela en la integración de migrantes y lugar de los estos en la formación de la identidad nacional. El propósito, en esta búsqueda de reconstrucción de representaciones sociales, es que el entrevistado perciba el intercambio como un diálogo, sin notar su estructuración con base en preguntas con un orden y objetivos específicos.

De modo similar al grupo de discusión, esta técnica contribuye a conocer cómo los actores imaginan, interpretan y se representan sus propias experiencias y acciones, al margen de la validez y realidad de las acciones concretas, imposibles de conocer a través de la entrevista. De ahí la importancia del entrevistador en el proceso, y la necesidad, a la hora del análisis, de no perder de vista que la situación misma de entrevista puede afectar la validez de los datos que se construyen. Al respecto, Alonso (citado en Valles, 1999) advierte que:

Los discursos no son preexistentes de una manera absoluta a la operación de toma de datos que sería la entrevista, sino que constituyen un marco social de la situación de la entrevista. El discurso aparece, pues, como respuesta a una interrogación difundida en una situación dual y conversacional, con su presencia y participación, cada uno de los interlocutores (entrevistador y entrevistado) co-construye en cada instante ese discurso (p. 195).

Del mismo modo que en el caso de los grupos, las entrevistas se analizan a partir de la construcción de una matriz que permite organizar y sistematizar las etapas de codificación y la emergencia de categorías y propiedades como así también su vinculación con las categorías surgidas del análisis del corpus de textos.

La totalidad del material empírico, por lo tanto, se analiza siguiendo el abordaje propuesto por la Teoría Fundamentada, desarrollado a continuación. El empleo de dicha metodología contribuye, de algún modo, a la validez de las conclusiones, en tanto permite reconstruir el camino seguido en la interpretación de los discursos.

2.4 Acerca de la estrategia de análisis

2.4.1. Algunas consideraciones sobre la Teoría Fundamentada

Una de las particularidades de esta tesis radica en que el procesamiento y análisis se realiza mediante un abordaje sociológico que sigue los procedimientos metodológicos enunciados por la Teoría Fundamentada. Esta fue originalmente presentada por Barney Glaser y Anselm Strauss, quienes en 1967 publicaron *The Discovery of Grounded Theory* como modo de sistematizar un método de análisis cualitativo capaz de generar teoría lo suficientemente objetivo y consistente como los métodos empleados en la investigación cuantitativa. Posteriormente, la Teoría Fundamentada sufrió numerosas modificaciones en diversas direcciones. Los subsiguientes desarrollos de Glaser mantuvieron un enfoque empirista y con fuertes sesgos positivistas según los cuales las “categorías emergentes de los datos” se consideran casi como resultado automático de la aplicación del método de comparación constante, relegando al/la investigador/a a un lugar marginal. Strauss, no obstante, fue en otra dirección, hasta la publicación en 1990, junto a Juliet Corbin, de *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. En este texto, más allá del método de comparación constante — procedimiento simultáneo de codificación y análisis mediante el cual la codificación se realiza a la par del desarrollo de la teoría, esto es, de categorías conceptuales con sus aspectos significativos (propiedades) y sus relaciones (hipótesis) en una ida y vuelta que hace posible su integración y afinación progresiva (Valles, 1999)— los autores avanzan en la descripción de nuevos procedimientos, como la diferenciación de etapas al interior mismo del proceso de codificación. Nos referimos a la codificación abierta, axial y selectiva. Pese a la persistencia de resabios positivistas, la propuesta de Strauss y Corbin otorga un lugar mayor a la interpretación y avanza en el reconocimiento de que en el proceso de generación de teoría es el/la investigador/a el que construye e interpreta el dato.

En consonancia con la perspectiva constructivista del proceso de formación del conocimiento que explicitamos al inicio del capítulo, Charmaz (2006) propone una “teoría fundamentada constructivista”. Ni la teoría ni los datos son descubiertos, y “cualquier interpretación teórica ofrece una representación interpretativa del mundo estudiado, no una imagen exacta del mismo” (p. 10). Al mismo tiempo, coincidimos con su apreciación de que la potencia de la Teoría Fundamentada

está en ofrecer una guía para la práctica de investigación cualitativa, y no una receta sobre cómo obtener productos teóricos.

“Las investigaciones constructivistas estudian cómo —y a veces, por qué— los participantes construyen significados y acciones en situaciones específicas” (Charmaz, 2006: 130). Resulta fundamental tener en cuenta, al mismo tiempo, que el propio conocimiento resultante es también una interpretación en sí misma y que es necesario adoptar una postura reflexiva hacia el proceso de investigación considerando que no se produce en un vacío social, sino que está atravesado por numerosas condiciones de las cuales hay que ser consciente.

2.4.2. Descripción del proceso de codificación del material empírico a través de la Teoría Fundamentada

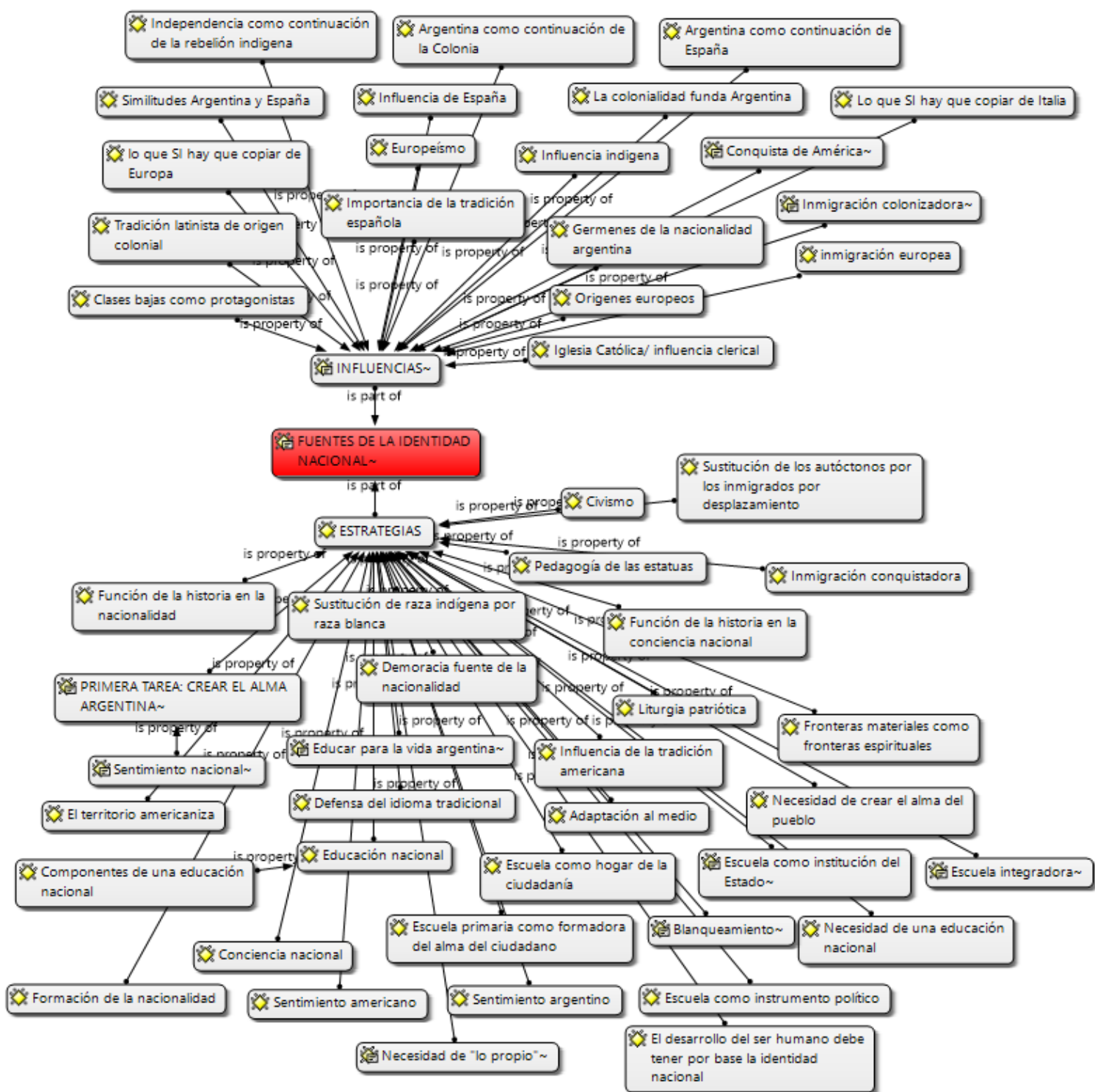
Tal como surge de la exposición previa, en el diseño metodológico de la tesis se articulan una serie de componentes y técnicas que forman parte de la estrategia metodológica. En ese marco se incorpora la operación de codificación propuesta por Corbin y Strauss en tanto permite procesar y analizar la información de manera sistemática y consistente. Previo a la operación de codificación propiamente dicha, el material empírico (textos y desgrabaciones de entrevistas y grupos de discusión) se dispone en un grillado que permite segmentar los fragmentos textuales del material según determinados criterios. Dada la naturaleza de las fuentes empleadas, estos criterios no se organizan con base en las guías de pautas, sino que exigen la realización de una codificación abierta preliminar para contar con una primera aproximación al material completo e identificar los principales tópicos que formarán parte de la grilla. Esta búsqueda está guiada por los objetivos de la tesis, y surgen del mismo marco teórico que colaboró en la definición del problema de investigación.

A partir de una lectura completa del material empírico al interior de cada fuente comienzan a asignarse las siguientes categorías preliminares a distintos pasajes de texto: *caracterización del migrante externo, elementos de la identidad nacional, fuentes de la identidad nacional, obstáculos a la conformación de la identidad nacional, influencia del migrante externo en la conformación de la identidad nacional, perjuicios y problemas de la mezcla y de los vínculos interculturales y riqueza de las relaciones interculturales.*

Una vez dispuesto todo el material en una grilla encabezada por aquellas categorías, según esos criterios y con el auxilio del software de análisis de datos cualitativos ATLAS. Ti. se procede a lo que se denomina *codificación abierta*, operación que permite identificar de manera general conceptos y sus correspondientes propiedades y dimensiones. De este modo, realizando una codificación línea a línea, los conceptos comienzan a agruparse bajo categorías rotuladas con un código de acuerdo a las similitudes encontradas. En esta etapa del proceso, y tal como señalan Cohen y Gómez Rojas (2019), la elección de categorías implica un constante prueba y error, ya que al no estar predefinidas —de hecho, lo que se busca es construirlas a través del procesamiento y análisis— comienzan a elaborarse en un principio con la misma jerarquía, para luego ser reagrupadas en función de mutuas imbricaciones y múltiples niveles de profundidad.

De este modo se definen categorías como *significado del territorio, adaptación al medio, inmutabilidad y esencia, rasgos físicos del migrante, diferencia cultural, conciencia nacional, argentinofilia, educación nacional*, entre muchas otras. Los nombres asignados pueden referir a conceptos tomados del marco teórico de la investigación, como es el caso de los códigos *terror étnico* o *etnicidad ficticia* o puede tratarse también de códigos “in vivo”, tomados del mismo relato de los entrevistados o de los autores, como es el caso del término *de cero*. Con este proceso se busca descubrir, nombrar y desarrollar los conceptos “abriendo” el texto y exponiendo los pensamientos e ideas y significados contenidos en él. Los datos se descomponen en partes discretas, se examinan y se comparan en busca de similitudes y diferencias. A esta altura del análisis, la multiplicidad de categorías, conceptos, temas, citas que se van destacando en el texto se unen, mediante una *relación*, con alguna de las siete categorías que, hasta ese momento, son consideradas centrales pues contienen a todo el resto.

Figura 1. Red generada utilizando el software ATLAS. Ti: “fuentes de la identidad nacional”



Fuente: elaboración propia.

A partir de esta caótica y desordenada acumulación inicial de información alrededor de las siete *redes*, una de las cuales puede apreciarse en la Figura 1, comienza un proceso de agrupación en términos más abstractos.

Señalan Corbin y Strauss (2002) que “una categoría representa un fenómeno, o sea un asunto, un problema o acontecimiento que se define como significativo para los entrevistados” (p. 136). Así es como parte de la información analizada se define como categoría, como subcategoría o como propiedad de una categoría. En este proceso, denominado *codificación axial*, se produce entonces un reagrupamiento que permite diferenciar subcategorías que añaden profundidad y estructuración a las categorías y comienzan a reagruparse los datos “abiertos” en la codificación abierta. Algunas categorías se eligen como ejes y otras se enlazan a ellas permitiendo más precisión en la interpretación de fenómenos y brindando a los conceptos un mayor poder explicativo. Vale recordar, no obstante, que “son las hipótesis las que hacen que algunos conceptos revistan suficiente centralidad como para ser considerados categorías teóricas y que otros funcionen como subcategorías, propiedades o dimensiones” (Cohen y Gómez Rojas, 2019: 218).

El software ATLAS. Ti permite identificar fácilmente qué “apoyo” en el material “de campo” (*grounded*) tiene una categoría, es decir, en cuantas ocasiones un pasaje del texto ha sido identificado con el mismo código. De este modo, muchas son descartadas por su irrelevancia o por ser reiterativas. A modo de ejemplo, si una cita fue codificada como *Defensa de las costumbres de origen* y otra como *Mantenimiento de las tradiciones de su país*, se procede a elegir uno de los dos códigos para nombrar a ambas.

En este punto de la codificación axial el análisis se detiene en cada categoría, observando su profundidad, las relaciones que contiene, la gama completa de sus propiedades (condiciones bajo las que varía, por ejemplo). Todo este análisis debe ser desarrollado y las propiedades de cada categoría explicadas. Aquí resulta fundamental la recuperación de todos los *memos* y anotaciones reunidos a lo largo del proceso simultáneo de codificación y análisis pues resultan un insumo relevante a la hora de recordar, clarificar y definir las relaciones e hipótesis entre categorías y avanzar en la profundización de las propiedades de cada una.

En la etapa de *codificación selectiva* se *integra* todo el análisis identificando de este modo algunas categorías centrales de la investigación, las más significativas. Estas cuentan con un gran poder

analítico capaz de sintetizar todo el recorrido; el resto de las categorías son capaces de relacionarse con ellas. El objetivo final es lograr una delimitación teórica basada en la parsimonia (o economía científica), consistente en lograr el mayor alcance en la descripción y comprensión de un fenómeno con el menor número posible de categorías.

Es así como hacia el final del análisis, el trabajo al interior de cada red permite la definición de nuevas categorías consideradas centrales y sus subcategorías, que en este caso resultan muy distintas a las iniciales, consideradas ahora solamente temas disparadores.

Las tres operaciones desarrolladas se relatan como etapas sucesivas únicamente con fines explicativos, pero en la práctica se solapan y realizan de modo simultáneo, y siempre provisorio. Se trata de un largo proceso que implica interpretar y reinterpretar constantemente. Según los autores de la Teoría Fundamentada, el cierre del análisis se determina por lo que se denomina *saturación teórica*, instancia en la cual durante la codificación ya no emergen propiedades, dimensiones o relaciones nuevas para las categorías que le añadan profundidad y complejidad. Tengamos en cuenta, no obstante, que construimos el dato a partir de la información empírica como “representación —teórica— de aquella realidad que fuera interpelada” (Cohen y Gómez Rojas, 2019: 32) por lo que no es posible definir este criterio de saturación de modo definitivo y universalmente válido, ya que no se trata de una receta sino de uno de los modos posibles de analizar el material y producir los datos.

CAPÍTULO 3. ANTECEDENTES

El presente capítulo está dedicado a recuperar aquellos trabajos que se constituyen en antecedentes del problema de investigación que orienta la tesis, en tanto focalizan en alguno de los elementos o aristas que lo componen. De este modo, estas páginas no tienen pretensión de exhaustividad sino tan solo identificar aquellos aportes que, desde diversos enfoques, han contribuido a la comprensión de los fenómenos abordados en la tesis.

En primer lugar, puede situarse como idea disparadora de la pregunta de investigación la noción de huellas históricas e ideológicas trabajada por Cohen (2009), quien se aproxima sociológicamente a las representaciones acerca del modelo de nación, de ciudadanía y la figura de la migración presentes en una serie de textos de la segunda mitad del siglo XIX: el *Dogma Socialista* de Echeverría, *Estudios Económicos* de Alberdi y *Conflicto y Armonía de las Razas en América* de Sarmiento. En esa línea también resulta fundamental señalar aquellos estudios dedicados al análisis de la conformación del pensamiento argentino desde mediados de siglo XIX hasta principios de siglo XX y a los debates y las corrientes teóricas en pugna en ese período histórico. Si bien estos exceden ampliamente el objetivo de esta tesis, tanto por la amplitud de los temas que tratan —donde la identidad nacional y la migración es sólo uno de ellos— como por los autores que analizan, resultan un insumo esencial para comprender el escenario nacional y el tono de época en que se construyeron las nociones de identidad nacional y los modos de representación de la migración cuyas huellas nos proponemos reconocer en las representaciones sociales de docentes y directivos.

Desde la sociología, y bajo una fuerte óptica foucaultiana, García Fanlo (2010) realiza un importante examen sobre la argentinidad y su genealogía. Si bien propone un concepto de argentinidad que no refiere a una identidad, como el que aquí tratamos, sino a un *ethos*, a un sistema de prácticas, es destacable su trabajo genealógico con documentos y su análisis del discurso de Carlos Bunge, importante referente teórico de la sociología positivista de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

La disciplina histórica ofrece una multiplicidad de estudios sobre las ideas dominantes en 1880 y en las vísperas del Centenario de la Revolución de Mayo. Halperin Donghi (1987) focaliza en la heterogeneidad de perspectivas convivientes, mientras que Romero (1975, 1987) describe a la

Generación del 80 como un grupo sólido y consistente con una capacidad de influencia en la vida argentina pocas veces vista. Los trabajos de Terán (1987, 1994, 2008) también resultan ineludibles para comprender las perspectivas en pugna y el modo en que se instalan los debates en torno a la construcción de la identidad nacional y el lugar de la migración. Devoto (2003), a través de una minuciosa descripción de los flujos y corrientes migratorias demuestra de qué modo la migración comienza a ser concebida como problema social y cómo esto impacta en la conformación de la idea de nación. En cuanto al lugar específico de la institución educativa en este proceso, Bertoni (2001) ofrece un pormenorizado panorama sobre el derrotero histórico por medio del cual se va construyendo el sistema nacional de educación y repone los debates de la élite en torno a la necesidad de que la enseñanza tenga una orientación nacional que argentinice a los migrantes y homogeneice a la población. En otros trabajos, Devoto (1992) se pregunta sobre la función de la enseñanza de la historia en la formación de la identidad nacional enfatizando cómo, desde inicios de siglo XX, el tema de la construcción de la nación se constituye en una preocupación central para las élites dirigentes.

Dentro del campo literario e histórico surgen como imprescindibles los análisis sobre literatura y política de Viñas, principalmente su ensayo *Literatura argentina y realidad política* (1964 y 1971). En él se recorre la tradición literaria argentina y las figuras de los distintos escritores, incluidos los que forman parte del corpus de la tesis. En la misma línea resulta el trabajo de Altamirano y Sarlo (1997). Otro entrecruzamiento entre literatura, política e identidad, también en el campo de la narrativa, es el texto de Salessi (2000), donde el autor reconstruye el modo en que desde el higienismo y la criminología se concibió a la nación y al ciudadano (mediante la metáfora país-cuerpo) en las últimas décadas de siglo XIX y las primeras del siglo XX. Allí el autor indaga cómo dichas disciplinas se representaron la figura del desviado (el obrero, el inmigrante, el delincuente, el loco y el homosexual). Por su parte, Ansaldi y Funes (1994), centrados en el caso latinoamericano en general y también desde el campo de la historia, explicitan el lugar del racismo como ideología oficial de las clases dominantes a partir del cual se construyeron las figuras de negros, indios y mestizos subrayando que esta matriz racista impregna los sentidos comunes que se reproducen y construyen en la sociedad. Los autores se remontan al positivismo de principio de siglo XX para dar cuenta de cómo el empleo de conceptos provenientes del darwinismo social tales como hibridismo, atavismo, primitivismo, degeneración y selección dio lugar a procesos de

clasificación y jerarquización de poblaciones, ofreciendo lecturas medicalizantes de la sociedad, diagnosticando patologías y proponiendo terapéuticas.

Se suman a estos antecedentes aquellos trabajos que analizan específicamente la obra de los autores que integran el corpus de textos, principalmente en lo que refiere a sus imaginarios en torno a la cuestión nacional, y que han resultado aportes fundamentales para poder caracterizarlos y definir las coordenadas sociohistóricas en las que se ubican, tal como se observa en el capítulo siete. Nos referimos principalmente a los análisis de Onega (1969), Nouzeilles (2000), Jitrik (1970), Avellaneda (1968) y Terán (1986, 1987 y 2008) para las figuras de Cambaceres e Ingenieros, al que se suma el análisis específico de Schiffino (2013) sobre la obra *Sociología Argentina* y cómo allí se delinean las ideas del autor sobre nacionalidad, raza y ciudadanía. Los trabajos de Ferrás también han resultado un aporte invaluable, tanto aquellos referidos a Ingenieros (2006) pero principalmente los que se centran en Ricardo Rojas (2007, 2017). Asimismo, cabe mencionar el análisis de Pulfer (2011) y el texto *Ricardo Rojas y el espíritu puro* de Massota (1968). Los ya referidos análisis de Terán, Romero, Salessi y Nouzeilles también nos han permitido caracterizar la obra y trayectoria de Ramos Mejía.

Otro conjunto de antecedentes está conformado por trabajos que analizan las rupturas y continuidades que pueden observarse a lo largo de la historia en el modo de caracterizar la migración externa y en el lugar adjudicado a este “otro” en la Argentina y en la identidad nacional. Al respecto, podemos mencionar los aportes de Grimson (2006) y Grimson y Soria (2017) sobre la conformación del “crisol de razas” fundante del mito de la nación argentina y su reactualización, como así también el lugar que se asigna al migrante en el marco de relaciones interculturales atravesadas por el racismo. Aruj, Novick y Oteiza (1996), por su parte, analizan el discurso oficial sobre extranjeros en la Argentina desde la recuperación de la democracia señalando la posibilidad de encontrar en él rasgos racistas provenientes del pasado; y Novick (2008), a través del análisis comparativo de la legislación migratoria en Argentina, nos acerca algunas claves sobre los modos históricos de caracterización y concepción de la migración desde las instancias oficiales y los debates suscitados en torno a su presencia. Domenech (2011), mediante un análisis de la mirada estatal sobre la migración a partir de los cambios legislativos y de gobierno, señala la pervivencia de la lectura de la migración como problema social, en tanto Gottero (2013) hace lo propio en el campo de la salud pública advirtiendo que, pese a los cambios normativos, subyace en las políticas

públicas una caracterización del migrante heredera de estereotipos del siglo XIX y del siglo XX que han construido la extranjería términos negativos asociando al migrante con la difusión de ciertas enfermedades. Margulis (1999) analiza las prácticas de racismo, discriminación y exclusión en el AMBA a partir del concepto de “racialización de las relaciones de clase”, y señala la incidencia que los modos históricos de concebir la otredad bajo la lógica racial tienen en la actualidad, mientras que Jelin (2006) revisa la construcción de la nacionalidad como criterio de pertenencia a partir de la formalización de criterios de inclusión y exclusión, y cómo la homogeneidad del pueblo de la nación se instituyó ficcionalmente como uno de los fundamentos de la soberanía sobre la cual se ha afianzado la idea del Estado Nación moderno.

Es necesario también señalar estudios que, si bien se alejan de la temática específica de la tesis, trabajan con conceptos y categorías íntimamente vinculados a ella. En ese sentido, Gil Araujo (2010 y 2011), en referencia al caso europeo, analiza los debates en torno a la identidad nacional y al lugar del migrante a partir de la noción de integración y Rivero Sierra (2011) ofrece algunos lineamientos teóricos para pensar distintas formas en que se manifiesta la discriminación étnica. Asimismo, Mera (2011) parte del concepto de segregación espacial y demuestra la imbricación entre el orden nacional, la migración y la identidad nacional realizando una advertencia fundamental: el pensamiento y las categorías estatales estructuran nuestros esquemas de percepción, por lo que un análisis sociológico debe partir de una desnaturalización de aquellas categorías para evitar que se convierta en una mera reproducción de un *pensamiento de Estado*.

Por último, recuperamos una serie de antecedentes que incluyen análisis específicos sobre discursos, prácticas y representaciones sociales en el sistema educativo en torno a la migración externa, ya sea desde la perspectiva de los docentes como de otros actores institucionales. En primer lugar, desde la sociología podemos mencionar los trabajos de Cohen (2011, 2012 y 2014) sobre los procesos discriminación y segregación étnica y nacional a través de los cuales se expresa la exclusión social y el disciplinamiento de aquel que es marcado como diferente. Domenech y Magliano (2008) analizan representaciones en torno a la diversidad cultural en el sistema educativo a través de instancias oficiales nacionales y miembros de la comunidad educativa de la Provincia de Córdoba. Los autores parten de la hipótesis de que en las políticas de integración que lleva adelante el Estado argentino desde los años noventa existe una fórmula subyacente según la cual la identidad nacional sigue funcionando en términos de exclusión, y donde los discursos y las

prácticas se organizan en planos no siempre coincidentes. Es decir, si bien existe un reconocimiento formal de derechos, no se modifican las condiciones de existencia de los migrantes, dando lugar a procesos de discriminación y cercenamiento de derechos.

Adaszko y Kornblit (2008) reconstruyen manifestaciones xenófobas en adolescentes argentinos enfatizando los procesos de rechazo a los que se enfrentan los extranjeros fundamentados en su “diferencia”, mientras que Malegarie y Tavernelli (2008) indagan las representaciones sociales discriminatorias en torno a la población migrante en la institución educativa atendiendo al modo en que los docentes perciben la diversidad sociocultural en el aula. González y Plotnik (2013) también analizan representaciones sociales de este tipo, focalizando en la violencia simbólica que ellas expresan en tanto reproductoras de relaciones de dominación y exclusión de difícil visibilización. Las autoras describen el complejo entramado que subyace a su producción, en el cual se intersectan los modos históricos de gestión de la migración desde el Estado y desde la sociedad hospitante y las particularidades que la época contemporánea imprime a las relaciones interculturales. De modo similar, pero partiendo de la antropología, Neufeld y Thisted (1999) abordan el tratamiento de la diferencia en la escuela argentina en la década del noventa señalando la pervivencia de estereotipos decimonónicos que se reactualizan en función de la especificidad que tanto la institución como el contexto de ajuste y precarización les imprimen. Pese a que la integración y la igualdad se erigen como un mandato en la escuela, las situaciones de discriminación que se producen en ella se mantienen veladas y las “diferencias culturales” de los estudiantes son empleadas como variable explicativa de los conflictos. En consecuencia, las representaciones sociales que en ella se construyen sirven de base a procesos de estigmatización. Desde la misma disciplina, Sinisi (1999) reconstruye representaciones y prejuicios de docentes en la escuela primaria en torno a la diversidad étnica, describiendo procesos de alterización, estigmatización y construcción de estereotipos culturales racializados a partir la diferencia y la diversidad étnica y cultural, observando cómo estos impactan en la vida concreta de los/as niños/as estigmatizados/as. Los diversos modos en que los docentes conciben los vínculos interculturales, indica la autora, oscilan entre posiciones completamente asimilacionistas hasta posturas críticas en torno a la intención normalizadora y homogeneizante de la escuela. Novaro (2005), por su parte, investiga qué lugar se asignó a la migración en el llamado “nacionalismo escolar” y piensa el vínculo entre la nacionalidad y la diversidad según el contexto histórico. A través del análisis de publicaciones oficiales (tales como *El Monitor de la Educación Común*, publicación del Consejo

Nacional de Educación), textos escolares y observaciones a docentes en escuelas de la Ciudad de Buenos Aires en la década del noventa, la autora analiza el discurso nacionalista oficial desde fines de siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX para advertir las “marcas del pasado”, es decir, la presencia de huellas de un nacionalismo reaccionario en los discursos educativos recientes, entendiendo que estos han dejado una fuerte impronta en el modo en que la escuela se representa la diversidad cultural. Resulta también pertinente recuperar el trabajo de Martínez, (2018), quien, focalizando en el concepto de representación social, analiza usos y sentidos de la noción de discriminación en el contexto escolar a través de un trabajo etnográfico que reconstruye cómo operan las categorías y referencias nacionales en las relaciones escolares con los/as niños/as migrantes o hijos/as de migrantes. La autora enfatiza la necesidad de atender la particularidad de la configuración de la alteridad en las sociedades latinoamericanas, y en Argentina en particular, donde existe una matriz histórica que la ubica como “enclave europeo en América Latina” (Grimson, 2006 citado en Martínez, 2020) y donde la discriminación de las poblaciones migrantes de países limítrofes tiene por base la racialización. Asimismo, Díez (2016), también por medio de la investigación etnográfica, reflexiona acerca de los modos de construcción de la diferencia en contextos escolares en Buenos Aires prestando especial atención a las tensiones entre nacionalismo escolar e interculturalidad. La autora analiza, para el caso de los migrantes de origen boliviano y sus hijas/os, las imágenes y prácticas que circulan en la escuela y las formas de *inclusión subordinada* que tienen lugar bajo esta puja entre la tradicional función normalizadora de la escuela y los intentos celebratorios de la diversidad que abogan por el reconocimiento de la diferencia.

Para finalizar, debemos mencionar que resulta innegable que la globalización y la consolidación del modelo neoliberal a escala planetaria han implicado cambios fundamentales en los Estados nación y en sus capacidades para construir y reproducir identidades. En el caso argentino, y en un contexto que ha sido caracterizado como de “destitución del Estado Nación como modalidad hegemónica de organización de los pueblos” (Grupo doce, 2001:8), la escuela y sus funciones no pueden permanecer inalterables, en tanto sus bases se han modificado y esto impacta en su poder performativo (Corea y Duschatzky, 2002). Además, que la escuela sea una institución del Estado no implica que represente unívocamente la voluntad estatal (Rockwell y Ezpeleta, 1983) ni que sea reducible a una institución encargada de reproducir, exclusivamente y sin más, la ideología oficial y el modelo intercultural dominante. Sin embargo, el recorrido realizado hasta aquí nos permite sostener que el rol del Estado en tanto productor de diversidad, esto es, en tanto actor capaz de

definir un “nosotros” y, en consecuencia, un “otro”, (Segato, 2007) continúa vigente; y la escuela —espacio estatal históricamente privilegiado para esta llevar a cabo esta definición— es, a pesar del declive en el programa institucional que hoy experimenta (González, 2020), terreno apropiado para analizar actualmente cómo perviven, cristalizadas, huellas históricas e ideológicas de larga data que colaboran en el trazado y perpetuación de esta frontera, y abonan el modo en que se construyen actualmente las representaciones sociales en torno a la identidad nacional, las relaciones interculturales y la figura del migrante externo.

CAPÍTULO 4. LAS REPRESENTACIONES SOCIALES COMO SISTEMAS DURADEROS DE INTERPRETACIÓN

Hemos señalado que el objetivo general de la tesis apunta a describir el modo en que determinadas huellas históricas e ideológicas se expresan en las representaciones sociales de docentes y directivos. De allí la centralidad del concepto de representación social y la necesidad de dar cuenta de su especificidad en este capítulo.

Moscovici (1979) las define como una forma de conocimiento, una producción mental social al igual que el mito, la opinión, la ideología y la ciencia, pero diferente de ellos. Se trata de

entidades casi tangibles [que] circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un encuentro. La mayor parte de las relaciones sociales estrechas, de los objetos producidos o consumidos, de las comunicaciones intercambiadas están impregnadas de ellas. Sabemos que corresponden, por una parte, a la sustancia simbólica que entra en su elaboración y, por otra, a la práctica que produce dicha sustancia... (p. 27)

Orientadas por un sentido práctico, su “materia” no es únicamente la experiencia presente sino también elementos provenientes de la historia, la tradición, la educación. Por ese motivo, analizar de qué modo determinadas huellas históricas e ideológicas las constituyen permite echar algo de luz sobre cómo se configuran en la actualidad los vínculos interculturales y que lugar se otorga al migrante externo en ellos.

Sin embargo, las representaciones sociales de docentes y directivos en la actualidad no pueden ser nunca la transcripción y reproducción directa de aquellas huellas, de aquellos modos históricos de concebir la identidad nacional, por más persistencia que estas puedan tener. Al mismo tiempo, el lugar institucional que ocupan docentes y directivos resulta fundamental en este análisis en particular, dado que estos son abordados en su calidad de agentes de la escuela en tanto institución estatal. No obstante, esto no implica la búsqueda de una especie de intención estatal única y completamente definida que se expresaría en sus discursos, por más gravitación que la institución educativa sea capaz de generar en los agentes que la integran. Sus representaciones sociales están producidas en un contexto en el cual su rol como parte del sistema educativo —a pesar de ser el único que tenemos en cuenta en este análisis, sumado a su condición de nativos— es solo uno los múltiples que desempeñan en su vida cotidiana. Por lo tanto, no es posible asumir que a través de ellos habla, sin mediaciones, la institución. No obstante, resulta importante insistir en que ellos sí

se expresan en tanto miembros de la institución educativa y acerca de aspectos vinculados a ella, pues ese fue el objetivo de los grupos de discusión y las entrevistas analizadas. En consecuencia, en esta tesis en particular deben ser considerados la voz de la institución.

El contexto discursivo en el cual se produce el discurso a partir del cual se reconstruye la representación social tampoco puede ser eludido (Abric, 1994). En ese sentido, las técnicas mencionadas previamente —la entrevista en profundidad y el grupo de discusión— afectan su producción.

Las representaciones sociales involucran aspectos psicológicos y sociales; y comportan a su vez una dimensión simbólica y una práctica, en tanto no solo interpretan, sino que además en ese acto *construyen* lo real. Su aspecto práctico radica en que funcionan como “guías para la acción”, la comunicación, la producción de comportamientos, al mismo tiempo que dan sentido a estos, es decir, que permiten comprender y dominar el entorno. La representación no es meramente reproductiva, sino que tiene capacidad de modificar la relación de los sujetos con el medio en el mismo proceso de producción de comportamientos. “Representar un objeto es al mismo tiempo conferirle la categoría de un signo, conocerlo haciéndolo significativo” (Moscovici, 1979: 42) y en ese mismo acto de conocimiento, “el que conoce se coloca dentro de lo que conoce” (p.43), y sujeto y objeto se modifican mutuamente. El sujeto no es un simple teatro donde se interpretan piezas independientes a él, sino que él es actor y a veces, autor (Jodelet, 1986). Su especificidad radica en este doble carácter, se experimentan individual y psíquicamente, pero su producción se realiza colectivamente y permite “dar sentido a un hecho novedoso que produce una figura en los significados culturales disponibles (Moscovici, 2001a)” (Carretero y Castorina, 2010 :14).

Por su parte, Abric (1994) señala que las representaciones funcionan como un sistema duradero de interpretación de la realidad que rige las relaciones entre los individuos con su entorno físico y social, ya que determinará sus comportamientos o sus prácticas. Se trata de una “visión funcional del mundo que permite al individuo o al grupo conferir sentido a sus conductas, y entender la realidad mediante su propio sistema de referencias” (p. 13). El autor reconoce en ellas algunas funciones específicas: permiten entender y explicar la realidad (*función cognitiva*), permiten a los individuos elaborar una identidad personal y social y situarse en el campo social (*función identitaria*), conducen los comportamientos y las prácticas produciendo un sistema de

anticipaciones y expectativas (*función de orientación*) y permiten justificar a posteriori las posturas y los comportamientos (*función justificadora*).

La representación social implica un contenido (imágenes, opiniones, actitudes) que se relaciona con un objeto. A su vez, la representación de un sujeto (individuo, familia, grupo, clase, etc.) lo es en relación con otro sujeto. Por lo tanto, la representación social depende de la posición que ocupan los sujetos en el mundo social. Es decir, “toda representación social es representación social de algo y de alguien” (Jodelet, 1986: 475). De este modo la autora refiere a que la representación social constituye el proceso por el cual se establece la relación entre lo real y lo ideal, y entre el sujeto y el objeto. No se trata de un puro reflejo del mundo exterior, de su reproducción pasiva.

En tanto la “realidad objetiva”, no existe a priori, Abric (1994) va más allá y propone directamente el abandono de la distinción entre sujeto y objeto.

Si, por ejemplo, un individuo (o un grupo) expresa una opinión (es decir, una respuesta) respecto a un objeto o una situación, dicha opinión en cierta forma es constitutiva del objeto, lo determina. El objeto reconstruido es entonces de forma tal que resulta consistente con el sistema de evaluación utilizado por el individuo. Es decir, por sí mismo un objeto no existe. Es y existe para un individuo o un grupo y en relación con ellos. Así pues, la relación sujeto-objeto determina al objeto mismo (...) Y como lo dice Moscovici (1986:71), esta relación, «este lazo con el objeto es parte intrínseca del vínculo social y debe ser interpretada así en ese marco». Por tanto, la representación siempre es de carácter social (p. 12).

Dos procesos intervienen en la elaboración de una representación social: la *objetivación* y el *anclaje* (Jodelet, 1986). Estos permiten comprender la interrelación de los aspectos psicológicos y sociales, y de qué modo lo social transforma un conocimiento en representación, y cómo, al mismo tiempo, esta representación transforma lo social.

La objetivación es la operación por medio de la cual es posible *hacer concreto lo abstracto*; materializar un esquema mental, “duplicar una imagen con una contrapartida material” (Moscovici, 1979: 75). La naturalización y la clasificación constituyen dos de sus operaciones centrales.

En cuanto al anclaje, refiere a la integración cognitiva de este nuevo objeto al sistema de pensamiento preexistente, “y a las transformaciones derivadas de este sistema, tanto de una parte como de otra” (Jodelet, 1986: 486). Se produce un contacto entre una novedad, por un lado, y un sistema de representación preexistente, donde se anclará este nuevo objeto. Esta particularidad de la representación social le confiere una característica específica; tener capacidad creadora y

renovadora, y al mismo tiempo ser rígidas y permanentes, con tendencia a cristalizarse de modo duradero.

El anclaje, en relación dialéctica con el objeto, permite no solo integrarlo y conferirle un significado, sino también interpretar la realidad a través suyo y orientar así la conducta. De este modo, la representación es capaz no solo de expresar una relación social sino también de contribuir a su constitución.

Es este carácter performativo de las representaciones sociales y su potencial clasificatorio el que mayor interés reviste en el presente análisis. Asimismo, y en tanto no pueden ser concebidas como productos generados de manera autónoma y aislada por el individuo, sin asidero en la interrelación de los sujetos con el mundo circundante, resulta fundamental en su estudio tener en cuenta que el modo en que estos lo interpretan y dotan de sentido surge de la experiencia en común con quienes lo habitan en el presente, y lo habitaron en el pasado. Es en su experiencia cotidiana del mundo social que los sujetos producen representaciones sociales. Y, tal como señala Schütz (2002), si bien la heterogeneidad, la incoherencia y la contradicción es usual en el conocimiento del mundo social que los sujetos construyen en su vida diaria, este tiende a ser experimentado como claro y congruente, de modo tal que permita interpretar y aprehender los acontecimientos de la vida diaria con la menor contrariedad posible. De ahí el carácter racional y al mismo tiempo irracional de las representaciones sociales, y la posibilidad de tolerar e integrar contradicciones que parecieran ilógicas (Abric, 1994).

Tener en cuenta este aspecto resulta fundamental para evitar la búsqueda de explicaciones o significados transparentes en ellas. Recordemos que atravesamos un “doble momento analítico” (Pérez-Agote, 1993), en tanto, siguiendo la máxima giddesiana de la doble hermenéutica, constituimos en objeto de estudio, y, por lo tanto, reinterpretemos, sentidos y modos de concebir el mundo social que los sujetos han construido previamente.

Una de las razones por las cuales las representaciones sociales admiten la contradicción radica en el modo en que su contenido se estructura siguiendo una jerarquía y una ponderación. En primer lugar, cuentan con un *núcleo central o estructurante* que imprime su carácter y significación a la representación. Se trata del elemento más estable, el que más resiste al cambio. Seguidamente, se distingue un conjunto de *elementos periféricos* organizados alrededor de este núcleo.

Abarcan informaciones retenidas, seleccionadas e interpretadas, juicios formulados al respecto del objeto y su entorno, estereotipos y creencias. Estos elementos están jerarquizados, es decir que pueden estar más o menos cercanos a los elementos centrales: próximos al núcleo, desempeñan un papel importante en la concreción del significado de la representación, más distantes de él ilustran, aclaran, justifican esta significación (...) constituyen la interface entre el núcleo central y la situación concreta en la que se elabora o funciona la representación (Abric, 1994: 23).

Los elementos periféricos hacen posible la concreción (el anclaje de la representación en la realidad mediante términos concretos, comprensibles); la regulación (la adaptación de la representación a la evolución del contexto mediante la incorporación y reinterpretación de información nueva), y la defensa (evitando que los cambios modifiquen completamente el núcleo central), por lo que en su mutación se encuentra la clave de las representaciones sociales, la posibilidad de que el contexto cambie, de que surjan nuevas interpretaciones, nuevos significados, y que el núcleo representacional permanezca estable y las contradicciones sean sostenidas.

Son a la vez estables y móviles, rígidas y flexibles. Estables y rígidas porque están determinadas por un núcleo central profundamente anclado en el sistema de valores compartido por los miembros del grupo; móviles y flexibles porque son alimentadas de las experiencias individuales e integran los datos de lo vivido y de la situación específica, la evolución de las relaciones y de las prácticas sociales en las que los individuos o los grupos están inscritos (Abric, 1994: 27).

Nuestro objetivo es desentrañar qué elementos y significados conviven caótica y contradictoriamente en ellas —en este caso, pesquisando las mencionadas huellas históricas e ideológicas— reconociendo siempre las advertencias de Foucault (2005) que recorrimos en el segundo capítulo. Los discursos a partir de los cuales reconstruimos las representaciones sociales son prácticas exentas de un significado definitivo y una racionalidad plena, pero integradas por núcleos representacionales que tienden a ser estables y duraderos.

CAPÍTULO 5. LA (IN)DEFINICIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL Y LAS RELACIONES INTERCULTURALES COMO UNO DE SUS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

5.1 El carácter relacional de la identidad nacional

Dada la complejidad y polisemia del concepto de identidad (Dubet, 1989) resulta vano y hasta contradictorio dar inicio a este capítulo pretendiendo ofrecer de antemano una definición concluyente. En líneas generales, la identidad remite a un “proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido” (Castells, 1998: 28).

Al respecto, diremos que, si bien toda identidad es individual, en función de su carácter relacional es inmediatamente trans-individual (Balibar, 2005) ya que en este proceso de referencias sociales y operaciones de categorización se organizan representaciones de sí y de la sociedad (Dubet, 1989), esto es, representaciones construidas y referenciadas en un “nosotros” y en un “otro”, en la “relación entre uno mismo y lo ajeno” (Balibar, 2005: 61). Asimismo, se trata de una construcción histórica en tanto “se construye dentro de un campo de valores sociales, de normas de comportamiento y de símbolos efectivos” (Balibar, 1988: 146).

Los atributos que se erijan por sobre el resto para definir una determinada identidad en un período histórico concreto son variables y contingentes, por eso, es posible afirmar que la identidad, en tanto construcción social e histórica, más que a un sustantivo, remite a un proceso relacional.

La flexibilidad en el uso del concepto de identidad es mayor aun cuando hace referencia a la identidad nacional (Rex, 2002), y en tanto se trata del concepto estructurador de la tesis, es a su comprensión hacia donde abocaremos la atención ahora y a este tipo de identidad al que nos referiremos de aquí en adelante.

En primer lugar, la identidad nacional no remite a un “ser nacional” portador de características únicas, estables y esenciales. No existe nada en el modo de *ser argentino* que una naturalmente a quienes son considerados parte de la nación. La identidad no puede inferirse de rasgos objetivos del grupo nacional al que hace referencia, sino que en su definición cobran vital relevancia distintos mecanismos y operaciones que coadyuvan en la producción y reproducción de una conciencia

nacional y que hacen que determinados atributos (idioma, territorio, costumbres, tradiciones, descendencia común, rasgos fisonómicos) —ninguno de ellos esencial (Pérez-Agote, 1993)— se erijan por sobre el resto. Es decir, la identidad no refiere a una diferencia *a priori*, sino que esta debe establecerse posteriormente como su parte constitutiva.

Al respecto del nacionalismo, Balibar (2005) dirá que se trata de una ideología *proyectiva*, en tanto su especificidad y su contenido se definen siempre en función de su proyección en el otro. En ese sentido, podemos vincular el nacionalismo en tanto “ideología orgánica del Estado-nación” (Balibar, 2005: 67) con el concepto de identidad nacional, en tanto la forma nación ha colaborado en la producción de un determinado tipo de sujeto, el *homo nationalis* (Balibar, 1988) portador de una identidad en la cual lo que prima es su condición de nacional, y cuyo contenido —variable, dinámico, inacabado y dependiente de factores socio-históricos— se define siempre en relación al otro, que en el caso de la identidad nacional, es el migrante externo.

El tratamiento que una sociedad brinda a la diversidad étnica y nacional al interior de su territorio (y la mirada que la misma construye acerca del sujeto migrante) contribuye a la formación y reproducción de una determinada idea de nación y de identidad nacional. A su vez, el modo en que esta identidad se moldea y construye históricamente condiciona la forma en que se desarrollan los vínculos interculturales. Es decir, ambos conceptos se retroalimentan y definen mutuamente.

Pese a su carácter de construcción, la fortaleza de la identidad nacional radica en que tiende a ser experimentada como si su fundamento último residiera en algo intrínseco a ella misma, resultando para los connacionales la manera única y natural de habitar el mundo. Esta imposición arbitraria que permanece velada, siguiendo a Bourdieu (2006), encuentra su fundamento en un acto de “magia social” capaz de producir la misma existencia de lo que nombra y de imponer una clasificación que no es más que el reflejo de “un estado de las luchas por las clasificaciones” (p. 171). La ilusión producto de esta “magia”, no obstante, tiene efectos de realidad y posibilita la clasificación de poblaciones.

El acto clasificatorio en sí mismo, no obstante, y pese a su carácter arbitrario, resulta inevitable para vincularnos con el mundo —señala Pacecca (2001) recuperando a Lévi-Strauss. Pero lo que no debemos olvidar es que toda clasificación constituye un terreno de disputa en el que no todos los actores tienen el mismo peso ni la misma capacidad de imponer visiones del mundo. En ese

sentido, al analizar las formas sociales e históricas que la noción de identidad nacional ha adquirido en la historia y los modos en que ha sido caracterizado el migrante externo, debemos tener en cuenta que estos no se producen en un vacío histórico. Que sean contingentes y variables no significa que no tengan sustento material. Implican un determinado estado de las relaciones de poder y propician la construcción de relaciones interculturales como relaciones de dominación donde desde la sociedad receptora (y a través de distintos mecanismos) se establece la amplitud de la frontera y los criterios de exclusión o inclusión del otro, según el caso.

5.2 El código moral hegemónico como estrategia de la sociedad receptora

Cohen (2009) propone un modo de abordaje sociológico de los vínculos interculturales —y de la identidad nacional que se inscribe en su trama— que parte de cuatro factores que dan lugar a un complejo proceso social: las *huellas históricas e ideológicas* que hacen a la identidad nacional de la sociedad como totalidad; el *Estado* que implementa políticas para administrar la diversidad étnica y nacional (por medio de la escuela como políticas socializadoras, a través de la justicia como políticas sancionadoras de los ilegalismos, por medio de las fuerzas de seguridad como políticas represivas y por medio de los organismos de gobierno, como políticas reguladoras de las diferencias); los *mercados* nacionales e internacionales como reproductores del sistema capitalista; y los *medios de comunicación* que reproducen y legitiman la naturalización de este proceso.

Por huellas históricas e ideológicas nos referimos a las reminiscencias reconocibles en la actualidad de imaginarios, imágenes y discursos contruidos como hegemónicos en el pasado y que han logrado imponerse, reproducirse y sobrevivir. Con mayor o menor potencia y fortaleza, estos son capaces de dejar su marca y condicionar —sin por ello determinar por completo— el modo en que se construyen las representaciones sociales. Una de las razones de su persistencia radica en que tienden a cristalizarse de modo persistente en las instituciones y en sus agentes, colaborando en la construcción de una determinada mirada sobre las migraciones recientes (aquellas llegadas a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XX) y sobre la diversidad étnica y nacional en general.

Estas huellas hallables en la actualidad se encuentran atravesadas por —y a su vez conforman— un código moral hegemónico. En el caso argentino, este se ha constituido a la par de la conformación del Estado Nación, estableciendo los criterios de normalidad y desviación, de ciudadano y extraño. La idea de código moral hegemónico refiere a la supuesta existencia de una

comunidad nacional integrada, homogénea y homogeneizante, portadora de una “naturaleza moral unificada” (Benhabib, 2005).

En un país fuertemente atravesado por el fenómeno migratorio, este código ha estado históricamente poblado de imágenes que, con variaciones históricas y especificidades, han tendido a la estigmatización del extranjero —o al menos, a la problematización de su presencia en el suelo nacional— alertando sobre el potencial peligro de las relaciones interculturales para la integridad de la identidad nacional. (Cohen, 2009). El modo en que se tramitó la diversidad étnica y nacional ha tendido a una búsqueda casi obsesiva por definir qué es lo nacional y lo propio, y, por oposición, qué es lo ajeno y lo extraño al “verdadero ser nacional”. De este modo, el código moral entendido como estrategia que desde la sociedad receptora se emplea para licuar la diversidad, ha funcionado como una frontera delimitadora de un “nosotros” nacional y un “otro” excluido, extraño y extranjero.

Este “nosotros” tiende a convertirse en una de las identidades más hegemónicas, adquiriendo mayor preponderancia que otras posibles (religiosas, políticas, económicas, entre otras). No obstante, vale la advertencia realizada por Hobsbawm (1991) acerca de no asumir que esta es la única identidad que adoptan los individuos a lo largo de su existencia ni que resulta excluyente de otras identidades, ya que suele encontrarse combinada con ellas, ni tampoco considerar que lo que se encuentra en las construcciones mentales de los individuos es una reproducción de las ideologías oficiales. El concepto de *huella*, en ese sentido, permite sortear el peligro de establecer relaciones mecánicas y deterministas en tanto procura la búsqueda de trazos y señales del pasado en el presente, alejándonos de una transposición directa y falaz.

En cuanto al Estado, si bien su constitución y lógica de funcionamiento puede analizarse desde múltiples aristas, la definición que aquí proponemos incluye principalmente las dimensiones ligadas al problema de investigación, procurando no sobreestimar injustificadamente alguna ellas (institucional, instrumental, económica, política o cultural, entre otras) por sobre el resto. De igual manera, procuramos evitar concebirlo como un ente monolítico dotado de una voluntad perfectamente clara y eficaz. Así es que cuando hagamos referencia al Estado nación privilegiaremos aquellos rasgos y características que refieren a su capacidad de generar una “presencia estatal difundida” Oszlak (2018) —aunque no exenta de contradicciones— a través de la constitución y articulación de un entramado de instituciones (entre las cuales se ubica la

institución educativa) y a su capacidad de construir, reproducir e internalizar una determinada noción de identidad nacional. Una noción que, además de su pretensión homogeneizadora en un medio sumamente diverso y heterogéneo, sea capaz de imponerse sobre otras identificaciones posibles (de clase, religiosas, etcétera) como la más relevante de las identidades colectivas.

5.3 La magia de la conversión del azar en destino

Insistimos en que la fortaleza de la identidad nacional radica en que su carácter ficcional aparece velado a los ojos de quienes la experimentan como un rasgo intrínseco a sí mismos. En ese sentido, Balibar (1988) refiere que la identidad nacional aparece en el relato fundada en una doble ilusión que manifestaría una “personalidad nacional”: la de proyecto y destino. El proyecto implica la creencia de que “las generaciones que se suceden durante siglos en un territorio más o menos estable, con una denominación más o menos unívoca, se transmiten una sustancia invariable” (p. 136), mientras que la de destino, que su evolución era la única posible. Es decir, se trata de un mito de origen y de continuidad nacional, donde, retrospectivamente, las instituciones previas a la forma del Estado nación aparecen, leídas desde el presente, como prenacionales, sosteniéndose así un “mito nacionalista de un destino lineal” (p. 137). Esta operación oculta el hecho de que el devenir histórico y los comienzos de una nación implican una sucesión azarosa de accidentes, múltiples instituciones y procesos contingentes. Al contrario de un esquema lineal de evolución, donde el modo en que se desarrollaron los acontecimientos era el único posible, el Estado tuvo (y tiene) a su cargo la tarea de “nacionalizar la sociedad”. Es decir, la “creación” de la nación está supeditada la posibilidad de crear el pueblo correspondiente, o, mejor dicho, a “que el pueblo se produzca a sí mismo en forma permanente como comunidad nacional” (p. 146).

Anderson (1993) afirma que las naciones a las que los Estados nacionales dan una expresión política se asumen provenientes de un pasado inmemorial y van hacia un destino común gracias a la “magia del nacionalismo”, que es “la conversión del azar en destino” (p. 29). La nación es, para el autor, una comunidad política imaginada “porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas (...) pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (p. 23). Balibar (1988), por su parte, afirma que...

...toda comunidad social, reproducida mediante el funcionamiento de instituciones, es imaginaria, es decir, reposa sobre la proyección de la existencia individual en la trama de un

relato colectivo, en el reconocimiento de un nombre común y en las tradiciones vividas como restos de un pasado inmemorial (aunque se hayan fabricado e inculcado en circunstancias recientes) (p. 145).

Este “ser nacional” se supone entonces imbuido de una determinada “esencia” que preexiste a la conformación del Estado. Para que esta construcción sea eficaz es necesario que todas las diferencias de aquellos quienes integran la nación sean, no necesariamente eliminadas, pero sí supeditadas a una división superior, que resulta irreductible y que tiene mayor potencia que otras; la diferencia entre “nosotros” y los “extranjeros”. Aquí surge con fuerza y asume centralidad el concepto de etnicidad ficticia (Balibar, 1988) en tanto uno de los elementos que permiten articular una determinada idea de identidad nacional.

La etnicidad a secas refiere, siguiendo a Hobsbawm (1992), a la asunción de que los integrantes de una nación comparten rasgos específicos que los distinguen de otros. Esta, en palabras del autor, ha provisto históricamente a los programas nacionalistas de un *pedigree* histórico que permite “expresar un sentido real de identidad grupal que vincula a los miembros de «nosotros» porque enfatiza las diferencias con «ellos»” (p. 5) en tanto, tal como señala Balibar (1988) ningún Estado nación posee de hecho una base étnica *pura*. La etnicidad ficticia, por su parte, refiere a la comunidad formada por el Estado nacional e intenta ilustrar de qué modo, conforme las formaciones sociales se nacionalizan, sus integrantes se “etnifican” y “quedan representadas en el pasado o en el futuro *como si* formaran una comunidad natural, que posee por sí misma una identidad de origen, de cultura, de intereses, que trasciende a los individuos y las condiciones sociales” (Balibar, 1988: 149).

Paradójicamente, y para legitimar la idea de nación en la cual el Estado se funda, en su mismo proceso histórico de conformación este debe recrear cotidianamente la invención de la nación y lograr que aquella quede ubicada por fuera del campo de la política y del tiempo del Estado (Pérez-Agote, 1993). De este modo, su exterioridad a las luchas concretas, heterogéneas, contradictorias y no lineales permite a la nación presentarse como un elemento transhistórico y natural, legitimando la existencia de la forma política estatal.

Tal como mencionamos anteriormente, la idea de ficción no debe hacernos perder de vista la profunda efectividad que tiene esta construcción. Los mitos fundantes logran inscribirse como una naturaleza, la nación logra *existir* concretamente y la identidad nacional tiende a constituirse como

una de las más relevantes de las identidades colectivas y a ser percibida por los nativos como un rasgo que emana de su personalidad, que portan desde el nacimiento. “Así, las fronteras dejan de ser realidades puramente exteriores, se tornan también «fronteras internas»” (Balibar, 2005: 80). En consecuencia, la conciencia de pertenencia a la nación logra adquirir un carácter esencialista que hace al grupo llamado nación considerar que “su nación es el conjunto de individuos que tienen determinadas características” (Pérez-Agote, 1993) donde una supuesta homogeneidad de origen en términos de rasgos étnicos y culturales, que en realidad es falsa y se construye a posteriori de la fundación de la nación (Álvarez Dorronsoro, 1993) puede funcionar como criterio de exclusión.

Comunidad de lengua y de raza

Balibar (1988) sostiene que la raza y la lengua constituyen dos modos hegemónicos de producción de etnicidad ficticia, son “dos formas de arraigar las poblaciones históricas en un hecho de la «naturaleza» [y de] superar su contingencia” (p. 150).

De este modo, la lengua nacional hace posible la formación de una comunidad en la que un código común atraviesa a individuos de condiciones socioeconómicas disímiles, ofreciendo una ilusión de unión, aun cuando nunca exista una comunicación directa entre ellos, y aun cuando el mismo origen de clase se ponga de manifiesto a través del uso diferencial de la lengua. La escuela cumple una función central en la instauración de una comunidad de este tipo —etnicidad de dominante lingüístico— lo que permite apreciar su papel en la producción cotidiana de la identidad nacional. No obstante, la lengua no constituye un factor exclusivo de diferenciación en tanto es posible adquirirla y, a través del tiempo y las generaciones, borrar de algún modo su carácter de adquisición presentándola *casi* como innata. La etnicidad ficticia debe servirse de un elemento más excluyente aún: la comunidad de raza. Esta etnicidad de dominante racial se funda en cualquier rasgo que permita la construcción de “la ficción de una identidad racial”, simulando “diferencias naturales y hereditarias entre grupos sociales” (p. 154) y estableciendo dicho rasgo como la causa de la continuidad de un pueblo (de una comunidad nacional) a través de la historia. Esta construcción reposa sobre la idea “de que la filiación de los individuos transmite de una generación a otra una sustancia biológica y espiritual y les inscribe al mismo tiempo en una comunidad temporal llamada «parentesco»” (p. 155). En esta forma de etnicidad —que articula la forma de nación y la idea moderna de raza— la familia adquiere un lugar productivo y reproductivo central.

Si bien puede prevalecer una u otra, usualmente conviven —de modo conflictivo— y se intersectan en tanto instituciones creadoras y reproductoras de la etnicidad.

Al respecto, nos interesa aquí específicamente el papel que históricamente ha desempeñado la institución educativa. Si bien esta institución y sus funciones admiten análisis desde numerosas aristas, al margen de los debates en torno a la caída de su autoridad y la pérdida de su centralidad en la organización de la vida social, el foco está puesto aquí en su capacidad histórica y actual de recrear las condiciones de producción de una comunidad nacional, entendida en términos de colectivo natural y en su carácter de institución a través de la cual el Estado administra la diversidad étnica y nacional.

5.4 De la diversidad a la desigualdad

La diversidad, y aquí nos referimos específicamente a la étnica y nacional, no es portadora de desigualdad *per se*. Sin embargo, desde la sociedad receptora (incluidos el Estado y sus instituciones) suele producirse un etiquetamiento sobre ese otro “diverso culturalmente” como desviado, inferior, carente, entre otros adjetivos, y las relaciones interculturales tornarse relaciones de dominación donde las diferencias culturales son diluidas y recodificadas como expresión de la desigualdad (Cohen, 2014). En este caso, “la diferencia cultural se combina con fuertes desigualdades sociales, las dos dimensiones, la social y la cultural, parecen reforzarse mutuamente” (Wieviorka, 2002: 288).

El código moral hegemónico referido previamente es uno de los factores que interviene en la conformación específica del vínculo intercultural, pues toda relación con el otro es interpretada a partir de los criterios que éste establece. No obstante, el modo en que se pone en funcionamiento en la actualidad no siempre coincide plenamente con sus significados originales, pues su misma puesta en práctica implica un acto productivo.

De una fe ciega en el potencial civilizador de la migración hasta la atribución al migrante de la responsabilidad de todas las problemáticas sociales, el modo de definir esta figura, desde los momentos de conformación del Estado nación a fines de siglo XIX y principios del XX hasta la actualidad, ha experimentado numerosas transformaciones. Sin embargo, la representación de la migración como problema en la actualidad tiende a asignar a los migrantes del pasado, a los

migrantes transatlánticos *tradicionales*, un estigma positivo (Pacecca, 2001), asumiendo que su presencia no representaba un peligro para la integridad nacional, como sí sucede, en cambio, con las denominadas migraciones *recientes* (Cohen, 2016), aquellas llegadas desde la segunda mitad del siglo XX, provenientes de países de la región, especialmente limítrofes y de Perú, como así también de la denominada indiferenciadamente migración *asiática* u *oriental*. En esta construcción de la migración como problemática actual, en la cual las agencias estatales cumplen una función activa y fundamental, la causa del conflicto suele estar depositada en la figura del migrante y en sus características, y no en la asimetría con que suelen configurarse los vínculos interculturales.

5.5 El otro en la identidad nacional

La migración, al decir de Sayad (2008) es “la ocasión de realizar prácticamente, en el modo de la experiencia, la confrontación entre «nacional» y «no nacional»” (p. 102), y donde surge, como una verdad irrefutable, la no naturalidad del vínculo del migrante con la comunidad a la que arriba, en oposición a la naturalidad del nativo. Esto instala de modo casi automático la sospecha sobre su figura, justificando su control y vigilancia y erigiendo su condición de extranjero casi por cualquier otro atributo (Pacecca, 2001). En ese sentido, el migrante externo que arriba a una nación es *extranjero* en relación a los habitantes nativos de aquella, condición relativa, pero a la vez es imbuido de *extranjería*, en tanto desde la sociedad receptora se le atribuyen características y señales identificatorias, produciéndose una reconstrucción de su subjetividad y una atribución de sentido a su presencia en el territorio nacional (Cohen, 2011). Esta extranjería, entonces, será resultado de un proceso en el que se intersectan la historia y pasado de la sociedad receptora, las *huellas* a las que hicimos referencia, los rasgos del migrante (sobre todo, el modo en que estos son leídos) con el conjunto de representaciones que la sociedad receptora construye acerca de él. En esta lógica clasificatoria, en la que unos tienen la capacidad y poder de clasificar y otros son etiquetados, la identidad del migrante externo suele ser subalternizada.

La identidad nacional, en tanto código de pertenencia a la nación, funciona como salvaguarda ante los extraños y los que no pertenecen a ella natural e inmemorialmente. La presencia migrante amenaza con develar su carácter arbitrario y plantea la posibilidad de “actualizar las reglas de su funcionamiento” (Sayad, 2008: 106). Por este motivo, dirá Bauman, su aparición escandaliza, pues su condición es siempre provisoria y ambivalente. El migrante pone en riesgo la naturalización de

la clasificación dominante en un Estado nación que busca reducir la indeterminación. Está en un espacio, pero no está allí desde siempre. Está “al mismo tiempo próximo y lejano” (Simmel, 2002).

CAPÍTULO 6. EL PROCESO DE INVENCION DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN ARGENTINA

La exposición de los conceptos de identidad nacional, relaciones interculturales e instituciones estatales nos enfrenta al interrogante que organiza este capítulo: ¿cómo pensar el caso argentino desde una mirada sociológica que tenga en cuenta las regularidades del funcionamiento del aparato estatal, pero a la vez las especificidades del contexto y la historia nacional? Al respecto, recuperamos el esclarecedor concepto de “formaciones nacionales de alteridad” (Segato, 2007), que permite analizar el modo particular en que la élite en Argentina fue moldeando y construyendo la noción hegemónica de identidad nacional y la imagen y figura del otro, reconociendo el papel del Estado en la producción de la diferencia y la alteridad, sin dejar de lado una mirada macro que dé cuenta del funcionamiento institucional.

Solamente dentro de un cuadro de “formación nacional”, en tanto matriz idiosincrática de producción y organización de la alteridad interior de la nación, es posible hablar del racismo y formas de prejuicio y discriminación étnica inherentes a ese orden particular, acuñado en una historia propia (Segato, 2007: 29).

Es así que cuando pensamos las condiciones de producción de determinados discursos, en este caso, discursos políticos y literarios contruidos entre fines de siglo XIX y principios del siglo XX, resulta fundamental tener en cuenta en qué condiciones y en que matriz nacional fueron producidos.

6.1 Inmigración y Estado nación en Argentina. Del fomento a la restricción

En su análisis sobre el proceso histórico de formación del Estado nación argentino, Oszlak (2018) describe las propiedades de *estaticidad* que la entidad en formación (el Estado nación) va adquiriendo para alcanzar distintos niveles de desarrollo. Se trata de una serie de categorías analíticas que nos permiten pensar al Estado nación en tanto relación social y aparato institucional a la vez. Una de ellas refiere

a su capacidad de diferenciar su control, a través de la creación de un conjunto funcionalmente diferenciado de instituciones públicas con reconocida legitimidad para extraer establemente recursos de la sociedad civil, con cierto grado de profesionalización de sus funcionarios y cierta medida de control centralizado sobre sus variadas actividades (p. 16).

Y otra, a su “capacidad de internalizar una identidad colectiva, mediante la emisión de símbolos que refuerzan sentimientos de pertenencia y solidaridad social y permiten, en consecuencia, el control ideológico como mecanismo de dominación” (p. 16).

Desde fines de siglo XIX y hasta 1914, la Argentina va a ser testigo de una extraordinaria expansión económica. Controladas las rebeliones civiles, superados los enfrentamientos entre facciones y lograda su expansión territorial definitiva gracias al efectivo y sanguinario proceso autodenominado “Conquista del Desierto”, el Estado de 1880, finalmente y luego de un extenso y agitado proceso de disputas y acuerdos fallidos, logra un alcance nacional con un aparato institucional consolidado y una incorporación a la economía mundial cada vez más profunda, por lo que la primera propiedad de estatidad descripta por Oszlak se encuentra prácticamente adquirida. La segunda, no obstante, empieza a constituirse en una preocupación para las clases dominantes locales.

En este contexto, el fenómeno migratorio se erige como una temática central, lo que no implica que sea novedoso. La historia muestra cómo los desplazamientos poblacionales se producen al margen de las voluntades de los gobiernos y las clases dirigentes, y que estos, más allá de su magnitud, cuantificación e importancia socioeconómica, se remontan a varios siglos atrás. Halperin Donghi (1976) refiere a que previo a la Batalla de Caseros la inmigración sostenida ya se encontraba en marcha. Devoto (2003), por su parte, señala el año 1830 como punto de partida de una larga y sostenida migración europea —por lo que la caída de Rosas no representa en ese aspecto un punto de inflexión. Incluso, ya desde los años inmediatamente posteriores a 1810, desde el bando unitario surgen voces que ven en la inmigración un recurso eficaz para la prosperidad nacional. Ya hacia 1854 la mitad de la población económicamente activa de la ciudad está compuesta por extranjeros (Halperin Donghi, 1976).

Sin embargo, lo que distingue al crecimiento de la segunda mitad del siglo XIX es que estuvo acompañado de una política estatal activamente pro-inmigratoria (Devoto, 2003). La élite post Caseros vio en la migración no solo un medio de agilizar el crecimiento demográfico y de obtener mano de obra, sino también la posibilidad de consolidar la influencia de Europa. El capital y el trabajo europeos, a través de la mejora de la población nacional mediante la mezcla, permitirían “crear una comunidad civilizada en el remoto rincón del mundo que es el Río de la Plata” (Halperin Donghi, 1976: 449).

No obstante, esta misma élite que vio en la migración la solución a los problemas de la nación y la posibilidad de “germinar una nación moderna (...) en el desierto cultural y geográfico argentino” (Pacecca, 2001: 7), comienza, a fines de siglo XIX, a advertir las fisuras de su proyecto.

Halperin Donghi (1976) señala que esta diferencia entre expectativas y resultados se debe a que existía una fe apriorística en los beneficios de la inmigración, fundada en parte en la experiencia provista por la migración posterior a 1810, compuesta por una migración de élite no hispánica, poco numerosa y muy distinta a la migración de masas posterior. En coincidencia con esta apreciación, Pacecca (2001) considera que la caída de esta confianza plena en la migración también se debe a la “«cita a ciegas» que con la inmigración europea tenían los sectores hegemónicos” (p. 7), ya que la figura del inmigrante contenida en la Ley N° 817 de Inmigración y Colonización (aprobada en el año 1876 y conocida posteriormente como Ley Avellaneda), está basada en una imagen fantasmática, en una idea, un proyecto, más que fundada en las características concretas de aquellos que vendrían. Si bien esta herramienta normativa es un modo de construir al migrante en un problema sobre el que se debe gestionar, la construcción de una imagen negativa en torno a su figura se construye *a posteriori*, al chocarse esta imagen idílica con los verdaderos contingentes migratorios arribados al país. La percepción de la migración europea como portadora del progreso, no obstante, ha calado hondo en el imaginario nacional y se ha constituido en una representación que pervive hasta nuestros días.

La Argentina fue el país que mayor cantidad de población extranjera atrajo en relación con su población nativa. El censo de 1895 arroja que más de la mitad de los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires son extranjeros, en su mayoría italianos y españoles (Terán, 2008); y que los extranjeros representan ya el 25% de la población total (Pacecca, 2001). Predominantemente hombres jóvenes, artesanos, jornaleros, obreros no calificados o campesinos, los migrantes se instalaron principalmente en las provincias más ligadas a la explotación agropecuaria (Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe).

La migración real, entonces, aceleró la constitución de la “cuestión nacional” como una preocupación central. Ante una sociedad heterogénea, con un Estado nación tardíamente consolidado y con una vasta presencia migratoria, urgía en la clase dirigente la necesidad de “fabricar” ciudadanos y construir una identidad nacional, avanzando en los niveles de *estatidad* referidos previamente. La escuela fue una de las instituciones protagonistas en esta ardua empresa.

En su labor de producción y reproducción del modelo intercultural dominante (Cohen, 2009), la institución educativa fue clave en el establecimiento de “un sentido común acerca de lo que significa ser argentino” (Romero, 2004: 24), labor que continúa desempeñando en la actualidad. Sin embargo, este proceso no fue uniforme; la importancia atribuida a la escuela y la confianza depositada en su capacidad nacionalizadora fue directamente proporcional a la preocupación que la formación de la nacionalidad despertaba en las élites dirigentes en cada momento concreto de este proceso de configuración estatal (Bertoni, 2001).

Altamirano y Sarlo (1997) advierten que la dimensión que el fenómeno migratorio adquiere en este contexto solo puede comprenderse si se lo observa inserto en otra serie de cambios mundiales y nacionales, como el acelerado proceso de urbanización, la modificación de la estructura productiva y los cambios en la estructura de clases. De hecho, como señalamos, la migración fue concebida por los hombres de la organización nacional como un factor modernizador, capaz de debilitar el caudillismo y la denominada “barbarie” rural.

En Santa Fe, Entre Ríos, y también en el sur de Córdoba, se constituyeron experiencias colonizadoras desde el gobierno de Urquiza. En Buenos Aires, y dada su incorporación a la economía exportadora, el precio de la tierra era alto, por lo que las colonias de migrantes fueron allí más limitadas. A fines de siglo XIX, no obstante, se incrementa el empleo de la figura del arrendatario. De ese modo, ya sea alquilando tierras poseídas por la clase rentista o como peones para la clase terrateniente —que mantiene su función empresaria, señala Halperin Donghi (1976)— la inmigración colaboró en el crecimiento exponencial del sector rural.

Sin embargo, dadas las características del régimen de concentración de la tierra del campo argentino, y a pesar del importante peso que tuvo allí, la presencia migrante termina consolidándose principalmente en las urbes (Altamirano y Sarlo, 1997). Y es así como si bien la expansión rural prosigue, hacia 1880 el foco se desplaza a las ciudades, que experimentan un crecimiento vertiginoso. La aglomeración de migrantes en ellas es uno de los aspectos de este crecimiento (Halperin Donghi, 1976).

Las ideologías políticas y las experiencias sindicales y de lucha de clases también viajan en los barcos que arriban desde el *viejo* continente. De este modo, y ante la alarma que esto genera, las opiniones de la élite en torno a la migración comienzan a teñirse de apreciaciones desde

asimilacionistas hasta xenófobas, pese a que la insistencia en su potencial civilizador y modernizador no desaparece en absoluto.

En resumen, el origen de los migrantes que arribaron a nuestras costas no era el esperado por el proyecto de la élite política e intelectual nacional, pues no venían de la “Europa civilizada” representada idealmente por los anglosajones, e introducían en el país ideologías extrañas al “ser nacional” (García Fanlo, 2010). Ante esta crisis de expectativas (Devoto, 2003), las masas de migrantes comienzan a ser percibidas por la clase dirigente como un peligro inminente, dada su capacidad de organización y movilización política. “En vez de incorporarse obedientemente a la sociedad que los recibía, los inmigrantes fundaban sindicatos, o convertidos en la nueva burguesía, competían por el poder económico perteneciente a las familias de la oligarquía criolla” (Nouzeilles, 2000).

Ante la posibilidad de la agitación plebeya, las propuestas desde el Estado y la élite serán heterogéneas, pues el mito civilizador asociado a la inmigración “era casi más fuerte que los prejuicios” (Devoto, 2003). Así es como las Leyes de Residencia y Defensa Social, de 1902 y 1910 respectivamente², constituyen la respuesta represiva que, en articulación con la educación nacional, la reforma militar (mediante la instauración del servicio militar obligatorio), y la reforma política (instauración del voto obligatorio mediante la Ley Sáenz Peña) procuran disciplinar estas indómitas presencias.

6.2 Lugar de la diversidad étnica y la interculturalidad en el “crisol de razas”

La organización nacional de la Argentina en torno al puerto y la consecuente fractura entre la capital y el interior, sumado a la presencia de estos enormes contingentes de ultramar colaboraron en la caracterización del país como una “unidad étnica dotada de una cultura singular propia homogénea y reconocible” (Segato, 2007: 49). La autora propone la noción de “terror étnico” (que será retomada como categoría en el análisis) para referir al modo en que en Argentina se organizó

² Si bien excede los objetivos de la tesis, resulta importante señalar que, así como los discursos políticos y literarios hegemónicos en un período histórico determinado desempeñan un papel importante en el proceso de clasificación de la migración, el corpus normativo cumple un papel análogo y, tal como señala Pacecca (2001), constituye un modo de abordaje de la configuración de los vínculos interculturales en la Argentina.

la alteridad y al significado que adopta aquí la noción de “crisol de razas”. Un patrullaje homogeneizador por parte del Estado, sus instituciones y su *elite portuaria e ideológicamente eurocéntrica* tuvo por objetivo invisibilizar la diversidad y aplanar las diferencias. El pánico a lo diverso convertido casi en obsesión da por resultado una etnia artificial “inventada en el laboratorio de la generación de 1880 y reproducida en la escuela mediante una depurada técnica de clonaje” (Segato, 2007: 58).

En Argentina se estableció una vigilancia desde la capital del país y agenciada, asumida y reproducida por toda la sociedad, por la cual el judío se burló del tano, el tano del gallego, el gallego del judío, y todos ellos del “cabecita negra” o mestizo de indio, bajo un imperativo de apagar las huellas del origen como condición de acceso a la ciudadanía (Segato, 2007: 51).

No obstante, Ferrás (2017) señala que en el caso argentino la noción de “crisol de razas” presenta algunas contradicciones y puede encontrarse en dos sentidos, uno que refiere a que su conformación se produce en base a la mezcla, y que esta funda una singularidad, una “raza argentina”, y otro que refiere a un proceso por medio del cual los migrantes se incorporan a una identidad nacional preexistente, conformada por el componente español y criollo. De cualquier manera, el componente predominante en este crisol es, sin lugar a dudas, la blanquitud.

En ese sentido, y de modo similar a Segato, Briones (2004) destaca que si bien todo Estado nación lleva a cabo un tratamiento de la diversidad en base a operaciones de etnicización y/o racialización de determinadas poblaciones como modo de constituir alteridades y minorías³, es importante pensar el proceso específico ocurrido en Argentina. Aquí el “crisol de razas” fue producto de una triangulación entre los signos indios, inmigrantes y criollos, cuyo resultado es la argentinidad y en el cual la Generación del 80 desempeñó un rol destacado.

La cuestión indígena, en primer lugar, se tramitó directamente mediante la invisibilización simbólica y física posibilitada por el etnocidio estadístico censal, el ocultamiento de las narrativas indigenistas y el exterminio. El indio no forma parte del “crisol de razas”, ni siquiera desde una asimilación domesticada. “Han sido una presencia fantasmagórica y prescindible, siempre destinada a desaparecer y siempre anacrónica por no hacerlo del todo” (Briones, 2004: 77).

³ La autora realiza una distinción entre racialización y etnicización en tanto la primera produce una marcación de alteridad que, por estar basada en “divisiones de la naturaleza”, impide la posibilidad de fusión o desmarcación. La etnicización, por el contrario, al remitir a diferencias culturales, sí promueve la posibilidad de “pase u ósmosis entre categorizaciones sociales de distinto grado de inclusividad” (Briones, 2004: 74).

En tanto la ascendencia indígena persiste como marca imborrable de esta alteridad que se pretendió ocultar, desde este crisol que concibió a la Argentina como blanca y europea, determinados sectores, como los indios, fueron señalados como los “otros” de la nación, aun formando parte del mismo territorio.

El criollo tampoco funciona como salvaguarda de la identidad nacional. Su hibridez hispano-indígena se encuentra vinculada al mestizaje, pero esta condición no se traslada a la caracterización del país. La nación permanece blanca, aun incluyendo componentes mestizos como el gaucho, que se integra al crisol, pero, por su cercanía con lo indígena más que con las élites locales, lo hace en condición de subalternidad.

Es así como el migrante externo, en esta ecuación, emerge como preferible. Su diferencia es más factible de ser borrada posibilitando su asimilación al sector del criollaje valorado positivamente. El lugar ocupado por el migrante en el crisol, no obstante, no es definitivo. Tal como hemos relatado, en cuanto su presencia comience a inquietar, ya sea por su resistencia a la nacionalización, por su capacidad de organización o por la competencia que implica como agente económico, su alteridad comenzará a ser destacada y se ensayarán diversas formas de disciplinamiento.

En este punto, el análisis del “crisol de razas” argentino puede ser enriquecido con la incorporación de la perspectiva de la “colonialidad del poder” elaborada por Quijano (2000) para comprender la forma particular que adquieren los vínculos interculturales en América Latina y cómo opera el concepto de raza, “el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años” (p. 100)

La constitución de América y del capitalismo colonial, moderno y eurocentrado como patrón de poder mundial es un proceso que termina de consolidarse en la globalización. Se fundamenta en la clasificación social de la población mundial sobre la idea de raza, noción de origen colonial que remite a una supuesta estructura biológica diferente y acaba convirtiéndose en el modo básico de clasificación social universal de la población de todo el mundo.

Una de las consecuencias de este proceso histórico y material es la elaboración progresiva de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y la instauración de la idea de raza como naturalización de las relaciones coloniales de dominación entre europeos y no europeos. El eurocentrismo inaugura así una nueva temporalidad de la historia, una perspectiva de conocimiento donde los

pueblos colonizados, caracterizados como inferiores, son reubicados en un pasado cuya culminación es Europa. Sin embargo, no son situados en una misma línea de continuidad, sino en una categoría naturalmente diferente, por lo que la modernidad y la racionalidad aparecen como productos exclusivamente europeos. Esta perspectiva histórica ha logrado establecerse como hegemónica dentro del nuevo universo intersubjetivo del patrón mundial de poder, es decir, ha colonizado las categorías de pensamiento de todo el mundo.

En los países del Cono sur, de un modo similar a lo sucedido en los Estados Unidos, la conquista del territorio de los indios y su exterminio fue una forma expeditiva de homogeneizar a la población nacional y consolidar el aparato estatal en el siglo XIX, en concurrencia con el proceso de blanqueamiento logrado mediante la inmigración de masas europea. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en el norte, el grado de concentración de la tierra en Argentina fue de tal magnitud que imposibilitó cualquier tipo de relaciones democráticas, inclusive entre los propios blancos, abonando la constitución de un Estado de tipo oligárquico.

La migración de ultramar, por su parte, no encontró una sociedad con estructura, historia e identidad densas y estables para incorporarse a ella, y “tardaron, por eso probablemente, en considerarse con identidad nacional y cultural propias diferentes de la europea, mientras rechazaban explícitamente la identidad asociada a la herencia histórica latinoamericana y, en particular, cualquier parentesco con la población india” (Quijano, 2000: 140).

Paradójicamente, mientras la burguesía blanca de Europa y Estados Unidos expandió la relación social capital-salario como eje de articulación de la economía y de la sociedad, en Latinoamérica los señores blancos no podían seguir el mismo camino sin atentar contra la reproducción de su señorío. Su colonialidad del poder los llevó a adoptar la perspectiva eurocéntrica como propia y a percibirse con intereses análogos a los de los sus pares europeos o norteamericanos, pero al mismo tiempo les impidió desarrollar estos intereses convirtiendo capital comercial en industrial, ya que esto hubiera implicado liberar siervos y esclavos negros para transformarlos en asalariados. Es decir, se produjo una imposición del modelo europeo de formación del Estado nación para estructuras de poder organizadas alrededor de relaciones coloniales.

Esta perspectiva continúa teniendo vigencia en la actualidad y resulta ineludible para pensar, por un lado, la inserción de Latinoamérica en la división internacional del trabajo, con la consecuente

configuración en estas tierras de un tipo de capitalismo colonial y dependiente, como así también para analizar el lugar específico que la dimensión étnica y la cuestión de la raza tienen en un país como Argentina, donde las nociones hegemónicas en torno al “ser nacional”, como hemos visto, han estado permeadas por lógicas eurocéntricas que lo consideran una variedad europea. Esto imprimió un carácter específico al modo de representación de los vínculos interculturales y de construcción de la otredad.

La idea de raza, entonces, en tanto concepto relacional, ha posibilitado la codificación de determinadas diferencias bajo su lógica, produciendo identidades racializadas que son, a su vez, ubicadas en un sistema de jerarquización racial, con implicancias tanto económicas como subjetivas, y que inundan todo aspecto de la experiencia humana. Un modo de desentrañar su carácter es analizar las relaciones interculturales que se producen en la actualidad en la institución educativa desde esta óptica, la de un “crisol de razas” que, atravesado por la perspectiva de la colonialidad del poder, ha considerado a la blanquitud como su elemento hegemónico, situado en el polo superior de la jerarquía racial.

CAPÍTULO 7. COORDENADAS SOCIOHISTÓRICAS DE LOS AUTORES

A partir de las propiedades de estatidad propuestas por Oszlak (2018), hemos señalado que el Estado nación de la Argentina de fines de siglo XIX se encuentra ante el apremio de construir e internalizar una determinada identidad nacional entre una población sumamente heterogénea. Estas preocupaciones en torno a la “cuestión nacional” se cuelan en las reflexiones de la élite intelectual de la época. Convocada por el mismo Estado a ocupar un lugar fundamental en esta empresa de “crear la nación”, aboca sus esfuerzos a dar cuenta de los problemas o efectos del proyecto de 1880. La intención de este capítulo es presentar a los autores que forman parte del corpus de textos políticos y literarios que se analiza en la tesis y ubicarlos en las corrientes de pensamiento de su época.

El discurso literario ha tenido un papel destacado en la proyección de un modelo ideal de país y de ciudadano, ya que, recuperando a Nouzeilles (2000), las naciones son efectos de “ficciones narrativas”. Los relatos que resultaron hegemónicos en el momento histórico al que hacemos referencia, en consecuencia, han contribuido a la producción de un nosotros que, en el caso argentino, ha tramitado de un modo sumamente conflictivo —cuando no directamente expulsivo— su relación con la figura del migrante externo. El corpus de textos construido para esta tesis está compuesto por autores pertenecientes a espacios políticos y económicos destacados e influyentes en la escena nacional. No puede ser concebido como la voz unívoca y uniforme del Estado nación de fines de fines de siglo XIX y principio del siglo XX, pero sí es posible afirmar que su análisis permite reconstruir las principales nociones acerca de la identidad nacional y la figura del migrante externo que circulaban en la época que va desde 1880, con el “orden conservador” referido por Botana (1985) ya consolidado, hasta los años cercanos al Centenario de la Revolución de Mayo de 1910.

De hecho, lo que se observa desde fines de 1880 son una serie de temas en torno a la migración, la cuestión de la nación, la construcción de la identidad y la tradición nacional, que no logran conformar una corriente heterogénea de pensamiento. Parten de distintos diagnósticos y proponen diversas alternativas en las que conviven la persistencia del mito civilizador asociado a la inmigración y los prejuicios ante la figura del migrante (Devoto, 2003).

7.1 Cambaceres: naturalismo moral, xenofobia y prejuicio

La figura del intelectual resulta clave en esta “cruzada nacionalizadora”. Los miembros de la llamada Generación del 80 —los escritores *gentleman* de Viñas (1964)— no hacen de la escritura un ejercicio independiente, sino que esta es continuidad de su posición política: “Escriben a partir de una sólida posición económica obtenida en un ámbito no intelectual, son estancieros, funcionarios estatales, médicos, abogados” (Terán, 2008: 114). Además, tienen gran incidencia en las esferas de poder y dirección de la vida argentina (Romero, 1987). Su prosa oscila entre el entusiasmo por la modernización y la descripción de sus consecuencias no deseadas, entre las que se destaca la presencia del migrante externo y su consiguiente construcción como amenaza. Ante la cual, tal como reflexiona Romero (1987), “se convencieron de que constituían lo que quedaba de puro, de prístino en el país...se sintieron los elegidos, los puros, en una sociedad que ellos mismos habían hibridado” (p.22).

Entre las variadas corrientes intelectuales y estéticas que circulan y se superponen para 1880 —como el último romanticismo, el realismo, el naturalismo, el parnasianismo, el simbolismo, el positivismo, el espiritualismo, el vitalismo, entre otras— el realismo y naturalismo en la escena literaria adquieren un importante protagonismo. Las principales obras de referencia son *La gran aldea* de Lucio V. López, *Inocentes o culpables* de Argerich, el *Libro extraño* de Sicardi y *En la sangre* de Cambaceres, entre otras. Esta última forma parte del corpus de textos de la tesis.

El naturalismo, en ese contexto de definición de la identidad nacional, se aleja de los romances fundacionales de las nuevas repúblicas latinoamericanas de mediados de siglo XIX (como *María* de Jorge Isaacs o *Amalia* de José Mármol) donde las diferencias y contradicciones de raza, de regiones, de intereses económicos y políticos se resuelven a partir de una asociación de pasión romántica y nacionalismo que hace posible la unión de los amantes, y de este modo, la constitución definitiva del Estado nación. En la novela naturalista, por el contrario, la unión de criollos con extranjeros y miembros de las clases bajas resulta trágica.

El naturalismo fue una máquina policial que colaboró abiertamente con los mecanismos directos de segregación que fueron implementándose en las últimas décadas del siglo XIX. La campaña del desierto y la matanza de indígenas de 1880, la prohibición de la presencia de mulatos en las festividades públicas de los parques de Buenos Aires de 1890 (Andrews, p. 34)

y la ley de Residencia de 1905 con la cual el gobierno se reservó el derecho de extraditar a los inmigrantes indeseables, podrían ser interpretados como la puesta en acto del sistema de exclusión defendido por las ficciones paranoicas del naturalismo (Nouzeilles, 2000: 181).

Eugenio Cambaceres (1843-1889) nació en Buenos Aires. Hijo de un químico francés y de una argentina de padres ingleses, este acaudalado miembro de la Generación del 80 ejerció la función pública como diputado entre 1870 y 1876. Fue parte a su vez del Club del Progreso, espacio que reunió a intelectuales y figuras de la élite porteña de la época. Si bien en su cargo en la Cámara defendió posturas liberales (en 1871, por ejemplo, presentó un proyecto de ley de separación de la Iglesia y del Estado), en toda su obra, caracterizada por el realismo naturalista, puede observarse una notable concepción aristocrática a la vez que un modo de representación de la migración basado en la xenofobia y el prejuicio racial, ilustrando la enérgica defensa del *statu quo* que llevaba adelante el patriciado de la época y su preocupación en torno a la figura del migrante externo.

El estilo de Cambaceres encuentra su influencia en el francés Émile Zola, escritor naturalista que más influyó en la escuela argentina. El naturalismo refleja literariamente los presupuestos del biologismo: la herencia genética como factor determinante que condiciona casi por completo los rasgos psicológicos, actitudinales y sociales de los seres humanos. A su vez, enfatiza la influencia del medio sobre la conducta individual (Jitrik, 1970). Sin embargo, en Cambaceres se invierten los fundamentos del naturalismo crítico de Zola —que se proponen atacar a la burguesía—, dando lugar a un naturalismo moral (Viñas, 1971) que lleva hasta el extremo la metáfora biológica. Su obra no tiene valor como crítica social, ya que en ella todos los atributos negativos son atribuidos al migrante sin cuestionamiento alguno sobre el contexto social y económico. Al respecto, señala Onega (1969): “mientras en Zola la base filosófica de su literatura contiene una impugnación valedera para el mundo de los privilegiados y lo conduce finalmente al socialismo, en Cambaceres la doctrina determinista apoya una obra que lo revela defensor de esos privilegios (p. 59).

La influencia de las teorías médicas de la trasgresión social que vinculan la organización biológica de los individuos y sus actos criminales, entre las que se encuentran las formulaciones de la escuela de Lombroso —cuya tipificación de los tipos de criminales tuvieron una gran influencia en Argentina— es clara en la pluma de Cambaceres y le brinda elementos para abonar su asociación entre migración y delito. El recurso del determinismo biológico —donde existen razas diferenciadas con caracteres psicofísicos transmitidos por la herencia— permite al autor la justificación de las diferencias de clase y las barreras sociales.

En la sangre fue su última novela. Publicada en 1887, desde el título nos advierte el lugar clave de la sangre en la determinación de la personalidad. Onega (1969) describe cómo, en la conciencia prejuiciosa del autor, ésta representa un orgullo familiar y racial que sigue presente a pesar de que los datos de la ciencia no lo avalen. La obra relata la vida de Genaro Piazza, un hijo de inmigrantes italianos. El autor describe con crudeza y minuciosidad el medio y entorno familiar en el que nace y se desenvuelve el niño: violencia paterna, enfermedad, promiscuidad, carencia de sentimientos, apatía, rasgos físicos y actitudinales que rozan lo animal. Emprende un relato acerca de todas las hazañas que Genaro, desde temprana edad, pone en práctica para inmiscuirse en la aristocracia criolla, —una clase social a la que no pertenece— y deshacerse de su pecado original: su condición de migrante. Estas hazañas incluyen violencia sexual, estafa, simulación; todas signadas por la carencia absoluta de moralidad. No ingenuamente, y anticipando la determinación de la sangre y la herencia, la obra inicia con la descripción del padre del protagonista, un *tachero* (hojalatero) napolitano: “de cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una capacidad de buitre se acusaba” (Cambaceres, 2014: 1)

Genaro encarna la figura del migrante advenedizo que intenta continuamente inmiscuirse en el grupo social al que pertenece el propio Cambaceres. El resentimiento que expresa el personaje contra los miembros del Club del Progreso (espacio de criollos) cuando le es negado el ingreso ilustra alguno de los temores de la élite criolla. Jitrik (1970) describe con precisión la sensación de invasión y caos que genera la presencia extranjera y que se manifiesta a lo largo de toda la obra:

A medida que el hijo de inmigrantes escala posiciones —gracias a su maquiavelismo absoluto, que nadie conoce— la vieja familia patricia se descalabra en virtud de un fatalismo inexplicable, se desgrana en una decadencia que no puede atribuirse a ningún error, tal vez a la mística y maléfica presencial del hijo del inmigrante, símbolo a esta altura de un grave peligro social (p. 50).

La ambición y codicia del protagonista llega al punto de contraer matrimonio con una integrante de esta imprudente y confiada clase alta con el único fin de hacerse de su fortuna y sin ningún sentimiento de piedad o remordimiento.

A través de este relato, la intención del autor es revelar “verdades científicas indiscutibles” (Halperin Donghi, 1976: 468). Viñas (1971) relata, sin embargo, que la recepción de la obra de Cambaceres en el círculo aristócrata no estuvo exenta de conflictos:

Su brutalidad, su “poner al estudio” irrita, pero como en última instancia es un señor que no solo le recuerda la decrepitud y la muerte sino el avance de los “trepadores”, terminan por considerarlo un místico de la fealdad (...) El avance del gringo y de sus hijos esboza para el señor una derrota, “esos” transitan por el mundo y el mundo deja de ser solo de ellos (p. 39).

7.2 Positivismo y criminología en Argentina: liturgia patriótica y nueva raza argentina

En este contexto, otra de las corrientes de pensamiento que emergerá como hegemónica, no solo en Argentina sino en todo América Latina, es el positivismo. En el caso argentino, sus exponentes persiguen, con mayor sistematicidad que la de los intelectuales de la Generación del 80, una articulación teórica que permita dilucidar las lógicas del proceso de modernización en ciernes y que encuentra asidero en un entramado institucional —educativo, sanitario, militar y jurídico— organizado desde el Estado. Para el positivismo, conocer los fenómenos y establecer leyes científicas sobre su funcionamiento es clave para poder dominarlos.

El ensayo positivista construyó su intervención discursiva en la doble pretensión de explicar, por una parte, los efectos no deseados del proceso de modernización en curso o también de comprender los consistentes obstáculos para que dicho proyecto pudiera desplegarse con eficacia y, por la otra, hacerse cargo reflexivamente del problema de la invención de una nación (Terán, 1987: 12).

Puede decirse que el positivismo constituye un movimiento cultural de constitución de la nación. En esa tónica, la interpretación del pasado nacional y la búsqueda de las claves para el futuro serán algunas de sus obsesiones.

José María Ramos Mejía y José Ingenieros son dos de los máximos representantes de esta corriente en el país. Sus primeras interpretaciones buscan arrojar alguna luz acerca de los efectos inquietantes del proyecto de 1880, al margen del optimismo y confianza que este despertaba entre el círculo intelectual de la época, cuyo entusiasmo con la modernización cultural y la expansión económica fue opacado en parte por la crisis financiera de 1890, que no obstante no interrumpió esta espiral ascendente de crecimiento ni la percepción de la élite de haber alcanzado un régimen estable.

Ramos Mejía nació en Buenos Aires en 1849 y falleció en la misma ciudad en 1914. De procedencia patricia, el linaje de su familia provenía de la época colonial. Doctorado en medicina, especializado en patología nerviosa, entre sus múltiples cargos y obras se destacan la creación de la Asistencia Pública de Buenos Aires, de la cátedra de Neuropatología, del Círculo Médico Argentino y del Departamento de Higiene. Ocupó además un cargo como diputado entre 1888 y

1892. Sin embargo, su cargo más importante fue la presidencia del Consejo Nacional de Educación entre 1908 y 1912.

En palabras de Terán (1987), Ramos Mejía fue uno de los primeros intelectuales argentinos en ofrecer una lectura de la época que señala como uno de los problemas a resolver la cuestión de la nacionalización de las masas migrantes y la presencia del fenómeno multitudinario. En ese sentido, será clave su participación en el Consejo Nacional de Educación. La laicización que acompaña la modernidad requiere que las instituciones sean investidas de un poder capaz de asegurar la gobernabilidad, y la élite dirigente debe ser la rectora de este proceso. Desde este cargo, Ramos Mejía diseñó, sistematizó e implementó, desde el Estado y hacia todo el territorio argentino, la liturgia patriótica y pedagógica, central en la construcción de una determinada noción de identidad nacional. Esta potente y hasta vulgar liturgia cívica resulta fundamental para Ramos Mejía como modo de neutralizar la influencia tanto de ideologías foráneas de izquierda, potenciales seductoras de las clases trabajadoras, como también de las lealtades hacia la nación de origen. Se trata de una liturgia cuyos objetivos no son de exclusión, sino de asimilación de las masas migrantes. Esta asimilación, no obstante, no oculta la superioridad que adjudica al hogar de linaje criollo por sobre el migrante.

La intervención de Ramos Mejía [en el Consejo Nacional de Educación] construyó la diversidad cultural como un “peligro social”. Para combatirlo se “expurgó”, se censuró la literatura y los programas de estudios reemplazándolos por otros que durante los siete años de la escuela primaria insistían en el estudio “concéntrico”, concentrado y ampliado continuamente, de un tiempo, una historia, un espacio, una geografía y una lengua utilizados para definir e instalar la idea de nación (Salessi, 2000: 220).

Analizar la obra de Ramos Mejía, además, permite aproximarnos al modo en que el discurso positivista penetra en la cultura argentina, ofreciendo una lectura de lo social desde una óptica médica que concibe a la sociedad como un organismo y a la crisis como una enfermedad, pretendiendo ofrecer un “análisis descarnado, metódico, implacable, de la realidad histórico-social” (Romero, 1987: 25). En ese sentido, desde su cargo como presidente del Departamento Nacional de Higiene, esta disciplina fue concebida como la responsable de la articulación e integración del cuerpo-nación. Ya desde ese rol llevó a cabo una exultación patriótica que puede señalarse como antecedente del nacionalismo que se observará en su cargo en el Consejo.

La matriz positivista, como mencionamos, se extendió capilarmente hacia muchos ámbitos, entre otros, el sanitario. Allí actuó como sustento de disciplinas como el higienismo. Clave en el proyecto

argentino de modernización del período 1870-1900, tuvo una gran influencia desde las instancias estatales en la definición tanto de la identidad nacional como del perfil de ciudadano deseado y, por oposición, del sujeto “peligroso” que representaba una amenaza para el orden interno. A principios del siglo XX, los modelos de análisis y los conceptos elaborados por la corriente higienista fueron tomados por la criminología y aplicados en la sociología. La importancia de la corriente criminológica en Argentina radica en que su desarrollo se produjo dentro de las fronteras estatales y sobre la base de sus recursos y burocracia (Salessi, 2000: 133). Los grandes flujos migratorios y la creciente organización obrera alertaron a las clases dirigentes y plantearon la necesidad de controlar a las poblaciones “difíciles”. La criminalidad, enfermedad psicológica y moral perturbadora de la salud social, comenzó a ser analizada desde los modelos de análisis higienistas. Las clases bajas en general, y el movimiento obrero en particular, pasaron a ser sospechosas de albergar el germen originario que las convertía en potencial “masa criminal”.

En esta estructura institucional a la que hicimos referencia —dentro de la cual la vigilancia higiénica y criminológica se constituyen en dispositivo estatal (Salessi, 2000)— la escuela se enlaza colaborando en la resolución de dos cuestiones primordiales e interrelacionadas: la nacionalización de las masas migrantes y su incorporación a un régimen de trabajo asalariado. El positivismo comprendió que “no existe primero una fuerza de trabajo flotante necesariamente fijable a la producción si de manera paralela no se ha dominado a los actores económicos dentro de un determinado campo de opciones políticas y culturales” (Terán, 1987: 18). De esto se desprende la inquietud de Ramos Mejía por el fenómeno de las “multitudes”, preocupación que sin embargo no es novedosa ni original, sino que recorre al menos todo el siglo XIX.

La necesidad de actuar ante la presencia de las multitudes y encauzar sus energías tiene como pretexto, por un lado, el miedo y la alarma ante la intromisión de ideologías consideradas foráneas y subversivas de tintes socialistas y anarquistas, como así también la inquietud de que el ascenso social, rasgo de la celebrada modernización del país, permita que los migrantes expertos en la simulación (otro de los temas que circula con obstinación en la época), ocupen espacios en la escala social otrora destinados a la élite con linaje criollo y patricio. Nuevamente, como en la Generación del 80, el miedo ante los advenedizos que amenazan el orden se hace presente.

Publicado en 1899, *Las multitudes argentinas* es el texto de Ramos Mejía que forma parte del corpus de textos de la tesis. En él puede verse la influencia de *Psicología de las masas*, de Gustave

Le Bon, autor clave en la reflexión en torno a la gobernabilidad de las multitudes en el marco de una sociedad cuyas creencias religiosas y tradicionales se encuentran en declive. Le Bon propone la observación de los conjuntos humanos en tanto personas colectivas provistas de rasgos psicológicos propios, tales como la voluntad y la imaginación.

En *Las multitudes argentinas* —caracterizada por el mismo Ingenieros como la primera obra sociológica argentina— Ramos Mejía reflexiona sobre quiénes producen los acontecimientos políticos en el país; la génesis, el papel y desenvolvimiento de las multitudes en la historia nacional, el lugar de las masas migratorias, las diferencias entre las multitudes urbanas y rurales, entre otros tópicos. A diferencia de Le Bon, para quien cualquier hombre puede ingresar “en estado de multitud y allí alienar sus potencias racionales”, para Ramos Mejía el grado de racionalidad que portan los integrantes de la élite los hace inmunes a este estado; el hombre de las multitudes es un tipo particular, el “hombre carbono”.

Históricamente el hombre de las multitudes argentinas ha sido el individuo humilde, de inteligencia vaga y sistema nervioso relativamente rudimentario y escasamente educado, que percibe sentimentalmente y piensa con el corazón y a veces con el estómago. Este sujeto así reducido básicamente a sus funciones casi vegetativas es sin embargo capaz de agruparse en multitud tanto para protagonizar actos de barbarie como de heroísmo, sanguinarios o piadosos según las circunstancias, pero cuyos componentes siempre requieren una alta capacidad combinatoria que naturalmente los define en las antípodas positivas de los hombres solitarios (Terán, 1987: 21).

Especial atención dedica Ramos Mejía a la cuestión migratoria en su obra, razón por la cual se lo incluye en el corpus de textos. Atento a la transformación social producida por la inmigración de masas, realiza una caracterización de la figura del migrante y los tipos desviados que se basa, sin lugar a dudas, en conceptos provenientes del darwinismo social, como los de lucha por la vida y supervivencia del más apto. No obstante, es posible hallar en su discurso, al mismo tiempo, una mirada asimilacionista, de “integración paternalista”. Aún con contradicciones, complejidades, y peligros, los inmigrantes sí tienen un lugar en la nación y en el proyecto modernizador de 1880.

Asimismo, también son hallables las influencias de Lombroso en el positivismo argentino y en la prosa de Ramos Mejía, no solo al interior de las instituciones médicas sino también de las jurídicas. La fundación a comienzos de los ochenta de la Sociedad de Antropología Jurídica por parte de Ramos Mejía junto a los médicos Matienzo, Piñero y Rivarola es prueba de ello (Nouzellies, 2000). También se encuentran presentes en él numerosas referencias racistas ancladas en el darwinismo

social. Sin embargo, Ramos Mejía, a diferencia de Lombroso, termina por asignar a la influencia del medio una gran importancia, lo que le permite ver con gran optimismo la integración del migrante a la nación, atenuando aquellas afirmaciones racistas (Terán, 2008). Si bien en *Las multitudes argentinas* los inmigrantes no son el factor del progreso que eran para Sarmiento y la Generación del 37, la educación nacional, con su potencial transformador, junto a la acción del medio argentino, serán las encargadas de permitir la emergencia de una “multitud política” depositaria del sentimiento de nacionalidad.

José Ingenieros es otro —si no el mayor— de los grandes exponentes de la criminología y el positivismo argentino. “De *La Montaña* a la secretaría del general Roca, del anarquismo al dandismo y al Jockey Club”, así lo definió Viñas (1964: 302). Nacido en Palermo (Italia) en 1877, emigró a la Argentina a los ocho años y estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires. En Italia, su padre tuvo una activa militancia vinculada a la Primera Internacional, hecho que tuvo una influencia notable en sus primeras formulaciones teóricas y políticas.

Médico criminólogo, Ingenieros no posee linaje patricio, capital económico ni político, por lo que parte de su prolífica carrera es fruto de la movilidad social ascendente que estaba experimentando la Argentina de las últimas décadas del siglo XIX. Sin embargo, la emergencia de una figura como la suya debe considerarse no solo en el marco de los cambios que la sociedad argentina estaba experimentando (modernización, secularización, inmigración) sino también en sintonía con la conformación de un campo intelectual en el sentido bourdeano del término, es decir, como espacio con su lógica y relaciones específicas, que se deslindan relativamente de la economía y la política. A diferencia de los escritores *gentleman*, cuya posición social surge de la posibilidad de que sus capitales heredados sean legitimados en el ámbito intelectual como continuación de su posición económica, a principios del siglo XX comienza a asomar un nuevo tipo de escritor, entre los que es posible ubicar a Ingenieros —pero también a Rojas, como se verá, aunque su origen socioeconómico sea diferente. Una de sus características es la conciencia profesional en torno a su práctica intelectual, responsable de su sustento material, como así también la sistematicidad y regularidad en su trabajo (Altamirano y Sarlo, 1997).

Los textos de Ingenieros elegidos para formar parte del corpus de esta tesis pertenecen a una obra titulada *Sociología Argentina*. Publicada en 1918, reúne producciones del autor en torno a la temática de la nacionalidad argentina y la cuestión migratoria desde la óptica sociodarwiniana de

la superioridad de la raza blanca. En esta oportunidad, se trabaja específicamente con la primera parte, *La evolución sociológica argentina*, que reúne a su vez textos publicados entre 1887 y 1908, y con la cuarta, denominada *La formación de una raza argentina*, de 1915.

Así como el positivismo no es homogéneo, tampoco lo es su obra, que puede ser dividida en una serie de etapas. De hecho, el discurso spenceriano, generalizado en la tradición cultural del 80, no está presente en el joven Ingenieros, quien en cambio se encuentra vinculado a corrientes ideológicas que tienden a cuestionar el proyecto del liberalismo conservador gobernante.

A mediados de la década de 1890, Ingenieros será el primer secretario del posteriormente denominado Partido Socialista Obrero Argentino (Terán, 1986); y durante 1897, junto a Leopoldo Lugones, publican *La Montaña*, autodenominado periódico socialista revolucionario (Salessi, 2000).

Tal como señalamos, el fin de siglo XIX es testigo de una convivencia y superposición de corrientes de pensamiento y estéticas, y si bien el positivismo tiende a constituirse como hegemónico, los “motivos decadentistas” del malestar cultural finisecular también están presentes.

En Ingenieros, este malestar de fin de siglo, leído en clave moralista, radica en la “cuestión social” y en la crisis generada por un modelo económico que enfrenta al productor a la actitud parasitaria e inmoral capitalista y genera miseria, hambre y ganancia especulativa. La ética, para Ingenieros, se basa en el trabajo y el productivismo. De ese modo, comienzan a ingresar en su discurso conceptos biologists y medicalizados que lo llevan a afirmar que “el parasitismo acarreará necesariamente la degeneración de la clase ociosa, y esta tendencia desviada de lo natural resultará sobredeterminada por la apropiación autoritaria del poder político que ese mismo sector social consume” (Terán, 1986: 16).

Sus afirmaciones, con tintes libertarios, no se ajustan al programa del Partido Socialista, que opta por la vía parlamentaria y electoralista. Ingenieros encuentra la salida en la vía revolucionaria guiada por las “minorías del saber”, cuya legitimidad surge de su conocimiento científico, verdadero vector del cambio social, capaz de torcer la marcha del gobierno. El darwinismo social permite a Ingenieros sostener esta postura, solo que para él —y en sintonía con parte de la izquierda de la época— “los más aptos no son aquellos que detentan el control sobre el mercado del poder y la riqueza, sino los poseedores del arte y del saber” (p. 20).

Recién hacia 1898 nace el Ingenieros “clásico”, y hasta aproximadamente 1910 puede vincularse a un positivismo ortodoxo. Entre 1898 y 1899 se produce un primero giro; una ruptura en su teoría, y su discurso comienza a nutrirse de las matrices del positivismo evolucionista y darwiniano. La sociología científica neutralmente valorativa que propone Ingenieros, ve ahora en el capitalismo un sistema capaz de universalizar las relaciones humanas y desarrollar las fuerzas productivas hasta el punto de generar un proletariado capaz de superarlo.

Las nociones sociodarwinianas (provenientes del evolucionismo spenceriano) entremezcladas con categorías del marxismo economicista, son fusionadas por Ingenieros en un “bioeconomismo” (Terán, 1987). Su adhesión al spencerianismo, no obstante, no es aislada, sino que responde a un tono de época. Sin embargo, en su pensamiento se limita la influencia del determinismo biológico (leyes biológicas) en pos de un economicismo (leyes económicas que son a la sociedad lo que las biológicas a la naturaleza). Es decir, la importancia de los factores económicos en la historia tiene como consecuencia que el hombre sea capaz de “engendrar un ambiente artificial que altera las condiciones en que se desenvuelve la lucha por la vida” (Terán, 1987: 47). En esta nueva lectura, el capitalismo realiza una selección justa, permitiendo que los más fuertes eliminen a los más débiles.

Una de las razones por la que Ingenieros se incluye en el corpus de textos aquí analizado, de modo similar al resto de los autores seleccionados, radica en que se trata de una personalidad sumamente ligada a sectores oficiales, miembro de una élite al servicio estatal. No es en vano señalar que entre 1905 y 1906, durante una estadía en Europa, Ingenieros fue secretario de Julio Argentino Roca, emblema del liberalismo oligárquico latifundista.

La mirada medicalizante y organicista de la sociedad, presente tanto en Ramos Mejía como en Ingenieros (quien fue discípulo de aquel) es recurrente en el lenguaje del positivismo argentino de la época. En esa tradición, Ingenieros lee las disfunciones del sistema capitalista como enfermedades sociales, y será la sociología científica, al mando de aquella “minoría del saber”, la responsable de brindar respuestas e intervenciones posibles para “curar” estos fenómenos mórbidos, “integrar el disenso”, y, de ser necesario, separar a los elementos patológicos. Las “enfermedades sociales” que ocurren en el mundo del trabajo, por ejemplo, pueden contrarrestarse con reformas en la legislación laboral. La solución al problema de la gobernabilidad no es la represión sino la educación y la mejora en las condiciones de vida de la clase obrera. Consideremos

que, para Ingenieros, quien debió su ascenso social específicamente a su capital simbólico y a su carrera intelectual, la élite encargada de dar forma al proyecto modernizador y llevar soluciones científicas a los gobernantes no se define como tal en función de su alcurnia o prestigio heredado.

En la matriz de pensamiento de Ingenieros existe una “unidad de lo real (monismo) que se transforma incesantemente (evolucionismo) por causas naturales (determinismo)” (Terán, 1987: 46). Los tres dogmas franceses, por consiguiente, son falsos. La ciencia demuestra el determinismo imperante en el universo, por lo que la libertad es una ilusión; la igualdad es contradicha por el postulado darwinista de las desigualdades naturales; y la fraternidad, en tanto la vida es una lucha entre individuos por la naturaleza, también es una falacia (Terán, 2008).

Si bien para Ingenieros no es legítimo establecer analogías entre organismos biológicos y sociales, ya que el objeto de estudio de la sociología no son los organismos, en sus trabajos se evidencia que, “no por ello deja de ser una ciencia natural cuyos principios se fundamentan en determinaciones biológicas generales” (Soler, 1968: 187).

De modo análogo a Ramos Mejía, la antropología criminológica lombrosiana es otra de las corrientes presentes en el pensamiento de Ingenieros. Luego de abandonar su militancia en el Partido Socialista en 1899 —asegurando, de todos modos, que mantendrá su voto hacia ese partido—, es designado en el año 1901 Jefe de Clínicas del Servicio de Observación de Alienados de la Policía Federal y en 1907 (por decreto presidencial) Director del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires. Tuvo a su cargo, además, entre 1902 y 1913, la dirección de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología y Ciencias Afines* junto a Francisco de Veyga, su co-fundador. Dicha revista científica, que llegó a constituirse en un canal de difusión de gran prestigio y reconocimiento internacional, reunía, entre otras cosas, casos clínicos, historias y reseñas sobre pacientes “alienados” en la Policía Federal o en la Facultad de Medicina, propagando y documentando una cultura de fin de siglo argentina. A diferencia de Lombroso, Ingenieros considera que los factores psicológicos son más potentes que los morfológicos, por lo que aquella antropología criminológica deriva en una clasificación psicopatológica de los delincuentes.

En resumen, la criminología argentina de fines de siglo XIX se desarrolla de la mano del “celebre triunvirato”: Ramos Mejía, Ingenieros y de Veyga, responsables de sistematizar y desarrollar con

profundidad los estudios psiquiátricos, medicolegales y criminológicos en Argentina (Salessi, 2000).

Durante la primera década del siglo, por lo tanto, Ingenieros se dedica a la investigación en psiquiatría y criminología, y llega a la conclusión de que “en la encrucijada de problemas sociales y perturbaciones mentales es donde «la anomalía psíquica del individuo se convierte en causa determinante de su actividad antisocial»” (Terán, 1987: 48). En un gran giro ideológico, la crisis —antes causada por el desarrollo inmoral del capitalismo— es ahora leída como una patología del organismo social, vinculada a la locura, el delito y la anormalidad.

Toda su labor en las mencionadas instituciones permite a Ingenieros y su entorno avanzar en el desarrollo y sistematización de una criminología cuya meta, en última instancia, es la defensa social, y que, en continuación con el higienismo de fines de siglo XIX de Ramos Mejía, profundiza su labor de vigilancia estatal. Esta criminología estatal diagnosticó que los problemas que el proyecto modernizador trajo (tensiones en torno a la migración, desempleo, pobreza, organización y radicalización del movimiento obrero), eran “resultado de anomalías individuales que conformaban un problema de «criminalidad» generalizado y reducible al análisis sistemático, experimentación y terapia” (Salvatore citado en Salessi, 2000: 148).

Este nuevo giro en Ingenieros se produce en sintonía con un desplazamiento general. Su preocupación, otrora centrada en la “cuestión social”, pasa ahora a detenerse en “el problema de la nación”, sumándose a los tópicos que ocupan a la Generación del 80. Ingenieros concibe a la Argentina de mitad de siglo XIX (post Caseros), como una nación en vías de modernización, que se integra progresivamente al mercado capitalista y está llamada a ser hegemónica en América Latina. Este destino, que Ingenieros analiza en *La evolución sociológica argentina*, uno de los textos elegidos para formar parte del corpus, se debe a los beneficios que la raza (base biológica), el medio (clima templado) y el momento de expansión económica le brindan. Es decir, desde su enfoque, se trata de datos concretos y científicamente comprobables que expresan la evolución del país en ese sentido. Argentina está destinada también a desarrollar un “antiimperialismo de segunda potencia” (Terán, 1986), un expansionismo pacífico y civilizador que ponga en jaque el imperialismo norteamericano. El determinismo económico genera en el pensamiento de Ingenieros una transparencia entre economía y política. Un determinado desarrollo productivo engendra clases sociales diferenciadas y consistentes, dando lugar a un sistema político moderno (Terán, 2008).

Este optimismo en el futuro prometedor de la Argentina es, no obstante, un rasgo presente en la época.

En este proceso, las “minoría del saber” diseñan y ejecutan el programa de esta nación moderna, donde la cuestión social pasa ahora a enfocarse casi exclusivamente en la cuestión migratoria. El fenómeno de las muchedumbres urbanas aparece nuevamente aquí como problemático, en cuanto se debe planificar cómo incorporar a la nación a las masas migrantes —el aporte extranjero es necesario— sin permitir que sus elementos disruptivos pongan en peligro el proyecto. En ese sentido, es necesario un dispositivo de nacionalización compulsiva institucionalizado que permita integrarlas en el “mosaico de la nacionalidad”, pero al mismo tiempo es necesario estar alerta y detectar los elementos patológicos dentro del contingente migratorio. Con esto, Ingenieros se refiere a los sujetos improductivos —delincuentes, locos, mendigos— que atentan contra el orden y la estabilidad del proyecto.

Y si las tácticas simuladoras en la lucha por la vida aumentan en orden directamente proporcional al grado de evolución de las razas, la inmigración alberga la paradoja de que junto con el progreso de sus brazos productivos y de su cultura blanca y europea incluye en sus intersticios el fantasma de la simulación. (Terán, 1987: 52).

Para la escuela liberal clásica europea de fines de siglo XVIII, la pena, como contramotivación, busca reparar el crimen y prevenirlo a futuro, en tanto el delincuente es concebido como un sujeto racional que elige romper el lazo social. Para Ingenieros, y para la escuela criminológica, el delincuente posee un funcionamiento psíquico anormal y con su delito lleva a cabo una conducta antisocial. La mejor manera de prevenirlo, por ende, es identificar en los individuos rasgos de temibilidad previos y potenciales para así evitar la consecución del delito. Asimismo, la irresponsabilidad del individuo no es una razón para liberarlo de la pena, en tanto esto incentiva el uso de la simulación de la locura en los delincuentes. Asimismo, alguien capaz de simular también debe ser considerado alienado.

En el marco de esa concepción, el disenso legítimo es tolerable, y la muchedumbre inmigrante resulta necesaria y deseable, pero hay focos en la sociedad, elementos disruptivos, cercanos a la marginalidad, potenciales simuladores, que es menester detectar y separar. Es así como estas nociones provenientes de la criminología se trasladan al discurso de la psicología, la sociología y la literatura (Salessi, 2000). Es importante subrayar, no obstante, que a pesar de estos argumentos y de la necesidad expresada por Ingenieros de tratar profilácticamente a las corrientes migratorias,

al respecto de la Ley de Residencia sancionada en 1902 dirá que “en la práctica ha resultado inútil y ha atentado contra algunas garantías constitucionales” (Ferrás, 2017: 50)

A diferencia de exponentes cuyo linaje criollo les hace buscar el germen y la esencia de la nacionalidad argentina en un pasado pre-inmigratorio, Ingenieros piensa la nación a futuro, como proyecto. La mezcla que tiene lugar en estas tierras definirá una nueva raza que dará lugar al tipo argentino, tópico que desarrollará en *La formación de una raza argentina*, el segundo texto que forma parte del corpus.

Terán (1986) considera que para comprender el clima de época es importante tener en cuenta que no todo el discurso positivista y naturalista argentino estuvo teñido de componentes racistas (un ejemplo, señala, es la obra de Agustín Álvarez), sin embargo, el sociodarwinismo y la eliminación de determinado tipo de individuos en la lucha por la vida son rasgos recurrentes. Ejemplos significativos de esto, con sus matices y diferencias, son las mencionadas obras de Cambaceres, Ingenieros y Ramos Mejía.

Luego de esta vasta producción realizada por Ingenieros en estrecho contacto con las esferas estatales, en 1911 le es negada la cátedra de Medicina Legal en la Universidad de Buenos Aires, por lo que abandona el país hasta 1914. Desde Europa publicará *El hombre mediocre*, su obra más conocida, donde puede observarse la prevalencia de una trama filosófica por sobre la criminológica y psiquiátrica, aunque siempre manteniendo una de las ideas rectoras de su obra: el papel de las “minorías del saber”. En esta obra, y en sintonía con el espiritualismo que comienza a hacer pie en la filosofía latinoamericana, Ingenieros esboza una “filosofía científica” en la que la imaginación y lo no directamente sensible y experimentable también tienen lugar. El ideal, la virtud, y no solo el conocimiento científico, son los rasgos que distinguen a las minorías líderes:

Ingenieros construía así una utopía política que en el mismo gesto rechazaba el proyecto conservador en curso y desconfiaba del ascenso político de sectores sociales más amplios. Desde diversos extremos, el conservadurismo mediocrático y las multitudes turbulentas confluían en un universo político desierto de ideales y sólo permitían al discurso ingenieriano una fuga hacia el individualismo moralizador (Terán, 1986: 68).

Su nuevo eticismo, que se entremezcla con su invariable positivismo y evolucionismo, comienza a resonar en los sectores intelectuales de varios países de Latinoamérica.

A su regreso a la Argentina, Ingenieros continúa dedicado a la problemática nacional y a la reconstrucción genealógica de la historia y de la “argentinidad”, con sus rasgos específicos que la distinguen del resto del continente. Pese cierta ruptura con el europeísmo —dado el contexto mundial— Europa continúa siendo paradigma ético y cultural.

En ese sentido, a lo largo de las páginas de las obras seleccionadas y mencionadas anteriormente, Ingenieros destaca la importancia del medio y la raza en la formación de la nacionalidad argentina, señalando que, en el proceso evolutivo de supervivencia del más apto, “la argentina reúne los cuatro factores: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca” (Ingenieros, 1946: 79). Analiza los obstáculos que experimenta Hispanoamérica en alcanzar el progreso, adjudicándolo al desigual grado de civilización de las sociedades indígenas previas a la conquista, a la particularidad de la colonización europea en estas tierras y a las diferencias que ofrece el medio físico en toda la extensión de su territorio. En ese aspecto, el clima templado de la Argentina y el proceso de blanqueamiento en el que colaboró la presencia migratoria europea, ofrecen ventajas comparativas. (Terán, 2008). En Argentina “sigue prevaleciendo la variedad blanca europea localizada en las urbes, como promotora de la emancipación política y de la formación de la nacionalidad argentina” (Ferrás, 2006: 159).

La consideración de que la inmigración europea y blanca resulta un modo eficaz de contrarrestar la nefasta influencia de la conquista española no es una idea novedosa. Al margen de las contradicciones en el pensamiento de uno de los miembros más famosos de la Generación del 37, Halperin Donghi (1976) recuerda que “anticipando una fórmula clásica, para el Sarmiento de 1841-1845, si España es el problema, Europa es la solución.” (p. 116)

7.3 Rojas y la restauración del espíritu nacional

Para contextualizar la obra del cuarto autor integrante del corpus de textos, Ricardo Rojas, como así también la de Ingenieros, resulta ineludible la referencia al clima de época propio del Centenario de la Revolución de Mayo.

Por un lado, a los ya referidos cambios acaecidos en el país fruto del proyecto modernizador, se suma una intensificación de la inquietud que la presencia extranjera en las urbes y la creciente organización del movimiento obrero genera en las élites dirigentes. Así es como “el coro de elogios

convencionales que solía oírse alrededor del tema de los inmigrantes que venían a labrar la fértil tierra argentina, comenzó a apagarse por los recelos que suscitaba la «mala inmigración» (Romero, 1987: 66). Consecuentemente, se produce una escalada represiva y persecutoria que busca sofocar esta organización. Por otro, el ya mencionado proceso de constitución de un campo intelectual, que, como se señaló, hizo posible la emergencia de autores como Ingenieros en una intelectualidad hasta entonces reservada a aquellos capaces de dar prueba de su herencia patricia. Al respecto, sin embargo, advierten Altamirano y Sarlo (1997) acerca de la necesidad de no sobredimensionar este fenómeno; “el mismo Viñas se preocupó por enfatizar más el control efectivamente ejercido por la oligarquía sobre el rudimentario aparato cultural, que la novedad de este curso.” (p. 115) De todos modos, no deja de ser relevante que las facultades de Derecho y Medicina pierden parte de su protagonismo en la generación de intelectuales, y que nuevos espacios dan nacimiento a escritores que empiezan a perseguir un estatuto propio.

En medio de este clima, la preocupación en torno de la identidad nacional también se profundiza, aunque es posible observar ciertos cambios en esta denominada “reacción nacionalista” y en el lugar que tiene la inmigración en el proyecto de nación. Recordemos que tanto en Ramos Mejía como en Ingenieros, a pesar de la necesidad de controlarla, educarla y aislar sus elementos patógenos, en su carácter blanco y europeo está la clave de la naciente raza argentina. En Ricardo Rojas, como veremos, se apelará a otras fuentes.

Una de ellas es el hispanismo. En esta “generación del 900”, a contramano de los hombres de la Independencia, de la Generación del 37 y de la Generación del 80, se produce un intento por recuperar la tradición hispánica (Terán, 1987). Las propuestas de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez (cuya obra y figura excede este trabajo) van en ese sentido y han sido incluidas dentro del “nacionalismo cultural argentino” (Altamirano y Sarlo, 1997). Sin embargo, a diferencia de Gálvez, quien se enfoca específicamente en la tradición hispano-católica y ve en la inmigración únicamente una amenaza, Rojas busca el “agente positivo alternativo al inmigrante [en] la cultura indoamericana originaria” (Devoto, 2003: 282) pero proponiendo una “fusión de la población nativa, gaucha, criolla de origen español e indígena, con los inmigrantes y sus hijos” (Altamirano y Sarlo, 1997). Si la reacción anticosmopolita y antiinmigrante (o antiobrera) generó, en palabras de Romero (1987) “un movimiento farisaico encubierto de nacionalismo” (p. 68), Rojas, por el contrario, ante su diagnóstico de crisis moral llevó adelante una reacción sentimental.

Nació en Tucumán en 1882, pero tempranamente se mudó a Santiago del Estero, donde cursó la escuela primaria y secundaria. Su origen, similar al de Leopoldo Lugones, se refleja en la caracterización de Viñas (1964): “pobres hidalgos provincianos que intentan balzacianamente conquistar la gran ciudad y están dispuestos a hacer carrera; Rojas con la ventaja de contar con un padre, Absalón, antiguo caudillo roquista de Santiago” (p. 292).

Este padre, de ascendencia humilde, llegó a ser gobernador de la provincia y luego a senador nacional. A su muerte, Rojas, de 16 años, se instaló en una Buenos Aires heterogénea, donde conoció el fenómeno migratorio —de hecho, él mismo padeció el malestar de sentirse un migrante interno— y, siguiendo el mandato familiar, inició sus estudios en la Facultad de Derecho. Incorporado al ambiente de la *bohème* porteña, abandona sus estudios y decide dedicarse con intensidad al periodismo, la docencia y la literatura. Al mismo tiempo, comienza a vincularse con intelectuales cercanos al socialismo, como Lugones e Ingenieros, y al anarquismo, como Ghirardo, y aunque nunca llevó adelante una militancia política en dichos espacios ni se definió como adherente a ninguna de esas corrientes, por entonces “simpatiza más con el socialismo porque juzgaba sus teorías más razonables y científicas” (Ferrás, 2017: 45). Esta aclaración no es intrascendente, ya que demuestra que Rojas, a pesar de sus vínculos con la oligarquía, no era ajeno a la cuestión social y obrera. De hecho, repudia enérgicamente la Ley de Residencia de 1902 (Ferrás, 2017). Sin embargo, el socialismo, para Rojas, al carecer del elemento nacional no es capaz de brindar respuestas a la cuestión social. Su labor como periodista inició en el periódico *El País*, fundado por Pellegrini. También se desempeñó, entre 1903 y 1904, en *Libre Palabra*.

Muchos de sus escritos más interesados por la cuestión social, la vinculación de esta con la cuestión nacional y su interés por las ideas del socialismo, que llevará a la redacción del manifiesto de la Alianza de la Nueva Generación, se encuentran en las páginas de *Libre Palabra*. Así como sus opiniones sobre la instrucción pública, donde adelanta la afirmación de que el desequilibrio educativo entre la capital y el interior es una de las causas principales de nuestros males sociales y políticos, hipótesis fuerte de La restauración nacionalista de 1909 (Ferrás, 2017: 47).

Rojas llegó a ser Rector de la Universidad de Buenos Aires entre 1926 y 1930. Con posterioridad al golpe militar que derrocó a Hipólito Yrigoyen, encabezado por el teniente general José Félix Uriburu, se incorporó al radicalismo (Pulfer, 2011).

La Restauración nacionalista es la obra elegida para formar parte del corpus de textos, por lo que, al margen de la complejidad del pensamiento de su autor y de las distintas etapas en las que su obra

es capaz de ser dividida (Ferrás, 2017), las nociones que aquí se reconstruirán parten de sus ideas allí vertidas. Publicada en 1909, surge de una misión oficial que, en 1907, durante la presidencia de Figueroa Alcorta, el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública le encarga a Rojas. El objetivo es estudiar los sistemas de educación histórica en las escuelas europeas, por lo que a lo largo de la obra se dedica, por un lado, a exponer su teoría de los estudios históricos, y por otro, a describir los sistemas de enseñanza histórica de Inglaterra, Francia, Alemania, como así también de la Argentina para finalizar con una propuesta de “restauración histórica” de los planes de estudio que junto con un proyecto de control estatal a la libertad de enseñanza permitirá la “conformación de conciencia de pueblo en una población heterogénea” (Ferrás, 2017: 60). La enseñanza de la historia y de la lengua nacional, específicamente, serán claves en este proceso de asimilación.

El diagnóstico del que parte Rojas y el nuevo nacionalismo que representa, implica “algo más que una receta de control social” (Halperin Donghi, 1976: 480). La apertura de la Argentina al mundo y los vertiginosos cambios que esta ha experimentado hacen que, en medio de un clima de rivalidad entre países, el sistema de valores dominantes esté guiado únicamente por la conquista del éxito y el lucro individual, sin consideración por objetivos trascendentes y supraindividuales. Ante esta situación y ante la supuesta pérdida de la cohesión nacional, urge la necesidad de restaurar (¿o construir?) un sentimiento nacional.

En la obra, la necesidad de vigilancia estatal de la educación se vincula con su ataque a las escuelas privadas, consideradas elementos antiargentinos que contribuyen a la disolución nacional. El extranjero debe ser naturalizado, pero su identificación con su antigua nación constituye un rasgo de hostilidad. De ahí la necesidad de una educación nacional homogeneizadora a cargo de una escuela concebida principalmente desde su carácter de institución del Estado, y de la historia, eje en el estudio de las humanidades modernas, como fuerza política capaz de solucionar el excesivo liberalismo reinante en la enseñanza hasta el momento (Ferrás, 2017).

Altamirano y Sarlo (1997) consideran que en el proyecto de Rojas existe una voluntad de construir un mito nacional de identificación colectiva, imprescindible en la ardua tarea de constitución de una identidad nacional. Fuertemente impregnado de romanticismo y espiritualismo antipositivista, pero al mismo tiempo con algunos tintes positivistas, Rojas encara un programa de restauración nacionalista —“restauración del espíritu nacional”— donde tanto los valores del liberalismo democrático como la escuela pública tienen un sitio privilegiado. Según su diagnóstico, la solución

a la “crisis espiritual” desatada por el proyecto modernizador de la Generación del 80 —pese a sus indudables logros— implica una nueva “síntesis histórica” en la que no se excluye a las masas migrantes, pero sí se arroga el “derecho de tutela” de “criollos viejos”. Dicho de otro modo, si bien el título de la obra resulta alarmante, el nuevo nacionalismo que encarna Rojas, en tanto señala la urgencia de asimilar a los inmigrantes a la comunidad nacional, no puede incluir elementos antiinmigratorios (Halperin Donghi, 1976). En consecuencia, Rojas persigue una conciliación entre nativos e inmigrantes sobre la base de la educación patriótica, “en la cual la historia argentina ocuparía un lugar central que serviría para restaurar el «espíritu tradicional» y reconstruir la nacionalidad” (Devoto, 2003: 282).

No resulta sencillo circunscribir la obra de Rojas a una determinada corriente ideológica. Como mencionamos, Altamirano y Sarlo (1997) lo ubican dentro del nacionalismo cultural argentino. De modo análogo, Masotta (1968) dirá que el nacionalismo de Rojas coincide en ciertos puntos con el de Barrés —figura clave del nacionalismo francés y defensor del nacionalismo español— principalmente en el peso otorgado a la tradición, en complemento con la fe en el progreso, al que el autor argentino suma el indigenismo americano. De todos modos, Viñas (1964) advierte que la crítica al liberalismo no significa en Rojas (tampoco en Lugones ni en Gálvez), un enfrentamiento directo con la oligarquía, “ni siquiera la crítica a esa proyección del liberalismo a nivel educacional que fue el normalismo” (p. 294).

Ferrás (2017) realiza un racconto de todas las dificultades y desaciertos que emergen en el intento por caracterizar su obra, señalando una tendencia a analizarlo a partir de los cánones europeos del nacionalismo. Esto lleva, por un lado, a partir del binomio “espiritualismo nacionalista” versus “materialismo positivista” y, por otro, a asociar el nacionalismo cultural del Centenario con la idea de “nación étnica”, sustentada sobre bases “naturales” contrarias a los principios democráticos y liberales, instalándolo de ese modo como un nacionalismo reaccionario, que pretende la homogeneidad cultural y étnica, y resulta antecedente del militarismo o nacionalismo conservador. Según la autora, el nacionalismo de Rojas, integrador de las masas migrantes, y reivindicador de la cultura popular y mestiza, se distingue del clima aristocrático que sigue siendo hegemónico en la Argentina del Centenario. De este modo, elige focalizar en el aspecto democratizante de su proyecto, subrayando que puede ser considerado el primer intelectual en “sostener una teoría sobre la identidad nacional distinta a la que contiene la frase «los argentinos somos de raza blanca y

europea»” (p. 24) en medio de la hegemonía positivista que imaginaba una Argentina que se refleje en Europa. Para Rojas, la misión cívica del poeta es ensayar una nueva respuesta a la pregunta por la argentinidad que Sarmiento inaugura en *Conflicto y armonía de las razas en América*.

Una de las claves está en la noción de territorio, fundamental para acercarse su obra, y específicamente a *La restauración nacionalista*. Para el autor, “en el territorio y no en la etnia se encarna la historia de la nación, que es única” (Ferrás, 2017: 19). Este es considerado elemento orgánico, “sostén material y simbólico en el que reposa el pueblo, entendido como población (etnia y lengua) que lo habita” (p. 56), espacio de fusión de las migraciones de América y Europa. En esta amalgama también encuentran su lugar el caudillismo y las multitudes, fundamentales en las guerras independentistas, por lo que el gaucho, criollo criado por los indios, es señalado como nexo que permitió articular el poder político con el apoyo de las masas rurales.

El viaje iniciático a Europa permite a Rojas advertir que la dicotomía sarmientina de “civilización y barbarie” es falsa en lo que a las diferencias entre americanos y europeos refiere, derribando así “la superstición del homo europeus” (Ferrás, 2017: 41). Ambos términos refieren a desigualdades históricas de los pueblos; y esto se debe a contingencias históricas, no a esencias humanas.

El nacionalismo que Rojas delinea en *La restauración nacionalista* busca entonces oponerse al conservadurismo dominante, distanciándose tanto del “patriotismo” —sentimiento que exacerba pasiones fanáticas y excluyentes— como de los nacionalismos europeos, específicamente francés y alemán. De ese modo, Rojas opta por un nacionalismo laico y democrático, cuya base, como se mencionó, es el territorio, en el que se busca construir una identidad nacional sobre una base heterogénea. Es en ese proyecto de enseñanza de la historia que conforma *La restauración nacionalista* donde reside la clave de esta empresa.

Finalmente, y al margen del posible carácter polémico y disidente de *La restauración nacionalista* en la Argentina del Centenario, la obra es fruto de una misión oficial encargada a Rojas, y esa es una de las razones por las que el análisis de las nociones de identidad nacional y la figura del migrante externo allí contenidas colabora en la reconstrucción de las nociones hegemónicas del período seleccionado.

CAPÍTULO 8. SOLUCIÓN PATRIÓTICA: CREAR EL ALMA ARGENTINA.

El objetivo de este capítulo es presentar una serie de categorías construidas a partir del análisis de los discursos políticos y literarios de fines de siglo XIX y principios de siglo XX (de aquí en adelante, discursos) que dan cuenta del imaginario de la élite política y cultural argentina en torno a la noción de identidad nacional, específicamente en lo referido a qué características específicas tiene el “ser nacional”, cómo se compone y quiénes lo integran. Asimismo, el propósito es exhibir de qué modo estas categorías se hallan presentes en las representaciones sociales de docentes y directivos del AMBA en la actualidad.

El concepto *identidad nacional*, tal como lo empleamos aquí, prácticamente no aparece en el corpus de textos políticos y literarios elegido. No obstante, se encuentran en la prosa de los autores nociones como *sentimiento nacional*, *mentalidad nacional*, *nacionalidad*, *sentimiento patriótico*, *alma nacional*, *nación*, *patria*, entre otras. Todas ellas remiten a la existencia de un *homo nationalis* (Balibar, 1988) portador de una identidad determinada.

El análisis que se presenta incluye categorías construidas en base a los textos de Ramos Mejía, Ingenieros y Rojas, pues consideramos que es en ellos donde pueden apreciarse con mayor nitidez las distintas maneras en que la noción de identidad nacional se expresa. El texto de Cambaceres se integra en el capítulo nueve, que alude específicamente a la caracterización del migrante externo.

Ya mencionamos que uno de los modos en que se manifiesta la identidad nacional es a través de características que se asume que un grupo comparte y que lo distinguirían de otros, otorgándole su singularidad. En ese sentido, nos preguntamos ¿cuáles son las características específicas que se atribuyen a la identidad nacional? ¿qué elementos distinguen a aquellos que son imbuidos en ella? ¿qué grado de diversidad admite o tolera? ¿cómo se tramita en la definición de “lo nacional” la diversidad y la heterogeneidad? Las categorías construidas en este capítulo se organizan en torno a dichos interrogantes.

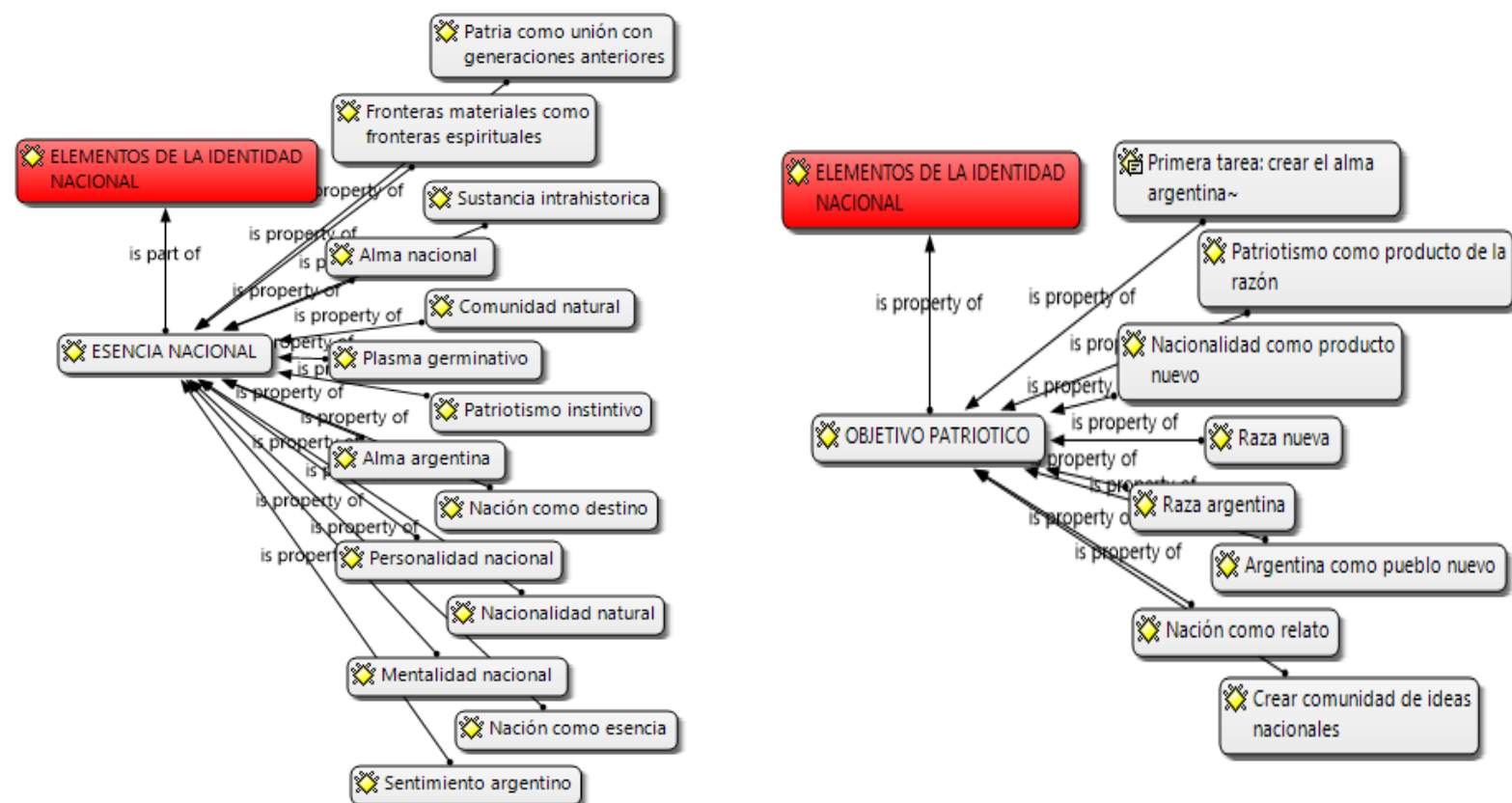
8.1 La identidad nacional, entre la esencia y el objetivo⁴

Partimos de una caracterización acerca de la identidad nacional que atraviesa todo el análisis, pero que aquí presentamos con detalle. Hemos mencionado que la identidad nacional, tal como refiere Balibar (1988), aparece en el relato bajo la doble ilusión de proyecto y de destino. Esta idea remite a la noción de esencia, en contraposición a una identidad nacional expresada en términos de objetivo, como un destino no unívoco y necesario sino en tanto plan y propósito, revelando su carácter de construcción y, por ende, ficticia. Con ficción, tal como hemos referido en el capítulo cinco, no nos referimos meramente a un producto mental sino a una construcción performativa, capaz de hacer que el mismo acto de enunciación implique una acción creadora.

De este modo, existe una noción ambigua de la identidad nacional que oscila entre dos núcleos representacionales que remiten, por un lado, a la idea de esencia, y por otro, a la de objetivo. De este modo, aplicando la metodología propuesta por Strauss y Corbin, hemos definido dos categorías centrales capaces de describir los modos en que se expresa la noción de identidad nacional, tanto en los discursos como en las representaciones sociales de docentes y directivos: *esencia nacional* y *objetivo patriótico*.

⁴ Una versión preliminar de este apartado ha sido presentada al I Seminario Internacional y III Seminario Colombiano sobre Imaginarios y Representaciones 2020 de la “Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones” y se encuentra en evaluación para ser publicada como capítulo de libro en una colección bajo el Sello Editorial de la Red Iberoamericana de Academias de Investigación, A.C. Xalapa, Veracruz, México.

Figura 2: redes de las categorías centrales “esencia nacional” y “objetivo patriótico” y códigos relacionados generados utilizando el software ATLAS. Ti



Fuente: elaboración propia

En primer lugar, la recurrencia a términos tales como *alma*, *sustancia*, *sentimiento*, *personalidad*, entre otros, remiten a la manifestación de un “ser nacional” que encarna la esencia de la nación. Sin embargo, encontramos que esta misma caracterización se superpone con una concepción de la identidad nacional como producto en constante construcción y devenir.

Así es como para Rojas las formas políticas y el contexto histórico pueden mutar, pero una corriente menos tumultuosa demuestra la existencia de una *sustancia intrahistórica* responsable de que el *alma nacional*, entendida como “unidad asombrosa del espíritu humano, en las diversas épocas y latitudes” (p. 72) persista de manera estable. En ella reside la clave de la identidad nacional, concebida como esencial y trascendente.

En su explicación de la importancia política que reviste la enseñanza del folclor, y la necesidad de incluirlo en los planes de estudio, Rojas dirá que él es responsable de definir

...la persistencia del alma nacional, mostrando cómo, a pesar del progreso y de los cambios externos, hay en la vida de las naciones una sustancia intrahistórica que persiste. Esa sustancia intrahistórica es la que hay que salvar, para que un pueblo se reconozca siempre a sí mismo (Rojas, 2011: 72).

Esta sustancia intrahistórica que permanece igual a sí misma a través del tiempo no se encuentra completamente a salvo. De allí la advertencia del autor de la necesidad de “crear el alma de un pueblo” (p. 219) en una nación ya constituida.

Nuestra situación de pueblo nuevo y cosmopolita requiere del Estado argentino, hoy más que nunca, el culto de la tradición y la formación de un ambiente histórico nacional (Rojas, 2011: 309).

Aquí observamos que se superpone y convive una referencia a la preexistencia de un alma nacional y al mismo tiempo a la necesidad de crearla. El culto a la tradición será uno de los modos de salvaguardar esta sustancia que constituye el alma del pueblo. En la restauración del *pasado histórico*, en la “luz profética de la historia” (p. 279), concebida como un sentimiento, una sustancia, algo inmemorial e inmutable, se encuentra entonces para Rojas una de las claves para crear un destino como nación homogénea.

Pero esta restauración del propio pasado histórico, debe hacerse para definir nuestra personalidad y vislumbrar su destino. Restaurar el espíritu tradicional, no significa, desde luego, restaurar sus formas económicas o políticas o sociales, abolidas por el proceso implacable y lógico de la civilización (...) Lo que este Informe preconiza es la defensa de ese espíritu, dentro y fuera de la escuela, dado que la educación histórica no se realiza solamente en las aulas y dado que **la Nación se funda, más que en la raza, en la comunidad de tradición, lengua y destino sobre un territorio común** (Rojas, 2011: 278).

En su relato sobre el modo en que Alemania ha logrado la “homogeneidad nacionalista y la disciplina patriótica que hoy constituye su prestigio” (p.143), Rojas elige citar unos pasajes de los *Discursos* del filósofo alemán Fichte:

Los hombres no forman una nación porque habiten más allá de ciertos montes o ríos, sino que ellos viven juntos, protegidos, si la suerte los favorece, por ciertos montes o ríos, porque, **primitivamente ellos eran una nación en virtud de leyes naturales de un orden superior.** Las fronteras materiales resultan de estas fronteras espirituales fijadas por la fuerza del espíritu humano (Rojas, 2011: 149).

Es decir, Rojas refiere a una noción de comunidad nacional entendida en términos de comunidad natural (Balibar, 1988), donde *leyes naturales de orden superior* legitiman las fronteras materiales

de una nación. Sin embargo, es necesaria una educación capaz de fomentar y sostener este patriotismo. Aún esencial y natural, no pareciera ser un destino inquebrantable. De ahí el lugar central que, como veremos, adquiere la educación nacional para el autor.

Se ha de educar en la escuela primaria la conciencia de nacionalidad; en la secundaria ha de razonársela poniéndola en contacto con el proceso general de la civilización; en el universitario se ha de investigar la verdad histórica, prefiriendo para ello los problemas y fuentes de la propia tradición nacional (Rojas, 2011: 80).

Aquí, nuevamente, vemos que el autor señala que los esfuerzos educativos deben estar destinados a imitar el esfuerzo alemán. Sin embargo, dado que carecemos de elementos tales como una raza homogénea y un pasado remoto, hechos que nos diferencian de Alemania, donde el pueblo es anterior a la nación y preexiste espiritualmente a las instituciones políticas, es necesario llevar adelante un acto de *creación* del alma del pueblo.

La peculiaridad de nuestra historia, desconcertante para cualquier estadista, consiste, por el contrario, en que, constituida la nación, esperamos todavía poblar el desierto y crear el alma de un pueblo. Este es nuestro problema más urgente. A él debemos subordinar nuestra educación (Rojas, 2011: 219).

En otro pasaje de la obra, no obstante, existen referencias a que el sentimiento nacional, aún indefinido, preexiste a la creación de la nación.

Nuestra guerra de la Independencia cuajó en formas políticas y militares el sentimiento argentino, pero este sentimiento ya existía antes de 1810, con todos los caracteres naturales de la nacionalidad, bien que la conciencia criolla no acertara aún a definirlo (Rojas, 2011: 234).

De este modo, el patriotismo, entendido como “sentimiento que nos mueve a amar y servir a la Patria” (Rojas, 2011: 60) conecta a las generaciones presentes con las pasadas, trascendiendo el ser individual y refiriendo a intereses colectivos; implica el amor a la tierra, al hogar familiar. Patria, entonces, resulta sinónimo de trascendencia, y eso es lo que hay que preservar, encontrándose el Estado a la cabeza de dicha tarea. El *patriotismo político*, no obstante, se diferencia de estado de *patriotismo instintivo* en el que se encontraban los indios, en tanto implica un nivel superior de racionalidad, de toma de conciencia; “a medida que el hombre se civilice, ha de ser un sentimiento que se razone” (Rojas, 2011: 60)

Henos ya en el momento en que el patriotismo se razona mejor. El hombre sale del egoísmo primitivo, para entrar en un egoaltruismo fecundo. Sintiéndose demasiado transitorio, **busca un objeto a sus esfuerzos, y les da por objeto la nación que ha de sobrevivirlo.** Sucesor de los antepasados, conserva el patrimonio que ellos le legarán, y confía en que después de su muerte, otras generaciones continuarán su esfuerzo en una labor solidaria (Rojas, 2011: 62).

Ramos Mejía (1899), por su parte, también refiere a la existencia de una sustancia concebida como *plasma germinativo*, esto es, como una fuente a partir de la cual, siguiendo su curso natural, se va desplegando linealmente la nacionalidad. Así como fue posible la transformación del mono en hombre,

la nacionalidad se va formando por el lento acarreo de elementos políticos, sociales y económicos de todo el mundo al molde preparado de este medio peculiar, en el que ya había un plasma germinativo, que la irá diseminando. Lo que hay que hacer es favorecer esa sedimentación y no contrariarla por bruscos e inusitados declives (p. 215).

Aquí vemos cómo, aun con las diferencias propias de la disciplina en la que se desempeña Ramos Mejía y basándose en metáforas orgánicas, la identidad nacional también remite a una esencia, a una idea contenida como germen en el origen de la historia, a una personalidad nacional que...

...está en vías de formación cuando, como en el individuo, todo ese conjunto de sensaciones orgánicas que parten de todos los puntos del cuerpo han ido adquiriendo suficiente fuerza para llegar al *sensorium* y dar por el sentimiento del conjunto una noción de la unidad que se viene dibujando: sentimiento de una nación como en el individuo el de un cuerpo, el de una persona (Ramos Mejía, 1899: 59).

En este devenir, en esta “lenta y paulatina evolución” que hará emerger la nacionalidad, Ramos Mejía otorga una importancia fundamental a la *multitud*. Si bien en este trabajo no se realiza un análisis específico de este concepto en el autor, es importante recuperar el papel les adjudica en la historia argentina y en la conformación de la nacionalidad. Más allá de los distintos tipos de multitudes, de la minuciosa descripción que realiza de la de la colonia y del virreinato, la de la emancipación y la de la tiranía, resulta fundamental detenerse en su potencial transformador. La búsqueda de leyes capaz de explicar el devenir histórico lleva a Ramos Mejía a desentrañar en el instinto patriótico de la multitud el sentimiento de la independencia.

La nacionalidad (...) no se indica en Francia sino bajo el reinado de Enrique IV. Se afirma de una manera vigorosa durante la Revolución Francesa, de donde sale por el choque y el roce violento de esas multitudes bulliciosas y sanguinarias para difundirse por toda la Europa con las guerras de la república y del imperio, que despiertan ese sentimiento en otros países donde apenas existía. **Lo propio ha sucedido entre nosotros con la revolución de la independencia, y las multitudes que de ella surgieron fueron la amorce de ese sentimiento, que es un instinto como el materno y el alimenticio más bien**, en toda organización política en su principio (p. 334).

En el momento de la independencia, donde idea de la Argentina se encuentra aún indefinida, Ramos Mejía encuentra en la multitud, en la *masa innominada*, el germen de la nacionalidad. En ese sentido, el sentimiento nacional resulta un componente instintivo, natural, pre racional.

Responsables las multitudes de haberlo “despertado”, en ellas reside para el autor la clave de la nacionalidad argentina. No obstante, como veremos, este mismo potencial puede comportar una amenaza si no logra ser adecuadamente encauzado.

La creación de una raza nueva en tanto proyecto a futuro, pero también como destino inevitable, refuerza su concepción evolucionista de la historia.

Percíbese en la historia argentina como dos fuerzas e influencias poderosas que, partiendo de los litorales y del interior, con cierta unidad de dirección en la corriente, afluyen no de ahora, sino de mucho tiempo atrás, hacia este inmenso centro de la Capital fenicia y heterogénea todavía, pero futuro crisol donde se funde el bronce, tal vez con demasiada precipitación, de la gran estatua del porvenir: la raza nueva (Ramos Mejía, 1899: 288).

No obstante, así como Rojas determina la falta de tradición en Argentina y la necesidad de crearla y cultivarla, de un modo similar Ramos Mejía considera que, a diferencia de Europa, donde el alma nacional “surge del inconsciente acarreo de ideas y sentimientos que trae al cerebro la tradición no interrumpida que se ha ido formando por influjos seculares y que dan a sus actos cierta unidad en el tiempo, imprimiéndoles en las diversas épocas de su vida cierta analogía de euritmia moral” (p. 321), en Argentina, si existe algo así como la tradición, ha sido interrumpida o *adormecida* por la inmigración. Es decir, la evolución de su curso natural ha sido contrariado.

El evolucionismo presente en el pensamiento de Ingenieros también lo lleva a concebir la formación de la nacionalidad como destino inevitable. Mediante la noción de *nacionalidad natural*, el autor da cuenta de la necesidad de que los grupos humanos hayan devenido en grupos nacionales.

En el mundo social las condiciones de la lucha por la vida son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Ese hecho engendra otro no menos general: **la asociación de los hombres para la lucha por la vida, que lleva, naturalmente, a la formación de nacionalidades.** De la familia a la tribu, de esta a la raza, de esta a la nacionalidad, se observa un proceso continuo de expansión y unificación (Ingenieros, 1946: 73).

La forma nacional, en tanto estructura material, es la responsable de la conformación de sentimientos nacionales entre los hombres que la integran. Por lo tanto, si para Rojas existe un alma nacional que atraviesa una “historia interna”, al margen de los azarosos sucesos históricos, para Ingenieros “un tipo de sociedad definido, que tiene sus instituciones y sus costumbres propias, tendrá, pues, necesariamente, su mentalidad propia” (p. 27). Es decir, modos homogéneos de vivir, determinadas instituciones y costumbres engendran necesariamente una mentalidad nacional

homogénea, capaz de ser portada incluso por inmigrantes argentinizados y por “los descendientes de la nueva inmigración colonizadora, que son ardientemente argentinos y asimilan rápidamente los rasgos esenciales de la mentalidad nacional” (p. 72).

Este tipo de caracterización da cuenta de una identidad construida, no esencial, aunque sí determinista, y ligada al grado de *evolución mental* de cada sociedad humana. La importancia que Ingenieros atribuye a la cultura y las costumbres como elementos que conforman una determinada identidad nacional, que sería por ello histórica, dinámica y de algún modo contingente, convive con la influencia determinante que atribuye al ambiente en términos biológicos y naturales. Esto resulta particularmente destacable en su descripción de la formación de la *raza argentina* o *raza neo-latina*.

El estudio genético de la nacionalidad argentina y de los países que la rodean —examen de su capacidad económica, política e intelectual, y de las condiciones del medio en que se desenvuelven, favorables a la aclimatación de las razas blancas—, permite considerar al **Río de la Plata como el centro de irradiación de una futura raza neo-latina que se está formando en la zona templada de Sud América** (Ingenieros, 1946: 74).

Es decir, para Ingenieros el surgimiento de la nacionalidad puede ser explicado mediante leyes sociales independientes de las formas políticas e histórica. En estas leyes intervienen factores tales como la cultura y el trabajo, pero también el medio, el clima, y las características de la raza.

Esta consonancia de intereses, de sentimientos y de ideales, en un grupo de hombres que trabaja y piensa en un medio físico particular, es la base de una **nacionalidad natural, independiente, por cierto, de las contingencias que presiden a la división de la especie humanas en estados políticos**. La sociología y la política hablan idiomas diferentes; hay estados políticos sin homogeneidad de sus componentes, como Austria, y hay naciones homogéneas que no constituyen estados, como Cataluña (Ingenieros, 1946: 435).

De este modo, y a través de leyes que se limitan a describir cómo en la lucha por la vida las desigualdades étnicas implican distintos niveles de evolución, y con ello, de civilización, produciéndose una selección natural donde sobreviven los agregados sociales mejor adaptados, Ingenieros es capaz de brindar una explicación de la superioridad de la raza blanca en general y de la nueva raza argentina en particular, una variación de la raza europea adaptada al territorio.

Cada agregado social lucha con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio; los más fuertes vencen a los débiles. (...) Esa situación de hecho engendra en los pueblos y en los gobiernos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso creemos que **la creciente capacidad económica de la nacionalidad argentina lleva en sí los factores que producirán su unidad de espíritu y de ideales, como el esqueleto da forma al cuerpo y actitud a la persona** (Ingenieros, 1946: 73).

Para Ingenieros, no obstante, la mirada está puesta en el futuro, y no en una sustancia inmemorial e intrahistórica como la referida por Rojas. La nacionalidad es, para el primer autor, un proceso en formación, ya que es en el porvenir donde se realizará y consolidará la argentinidad, esto es, la nueva raza argentina, compuesta por razas europeas influidas por la naturaleza argentina. Rojas, por su parte, con una visión más decadentista y pesimista, manifiesta la urgencia (y no la inevitabilidad) de que los esfuerzos aboquen a rescatar del pasado y de la unión con generaciones anteriores los elementos que permitirán salvaguardar la identidad nacional.

La nacionalidad es para Ingenieros, por tanto, un producto fruto de la evolución natural y la combinación de distintos factores biológicos y materiales que la han moldeado y están produciendo, en este territorio, un resultado específico, distinto al de otros países de América. La noción de objetivo que encontramos en Ingenieros, no obstante, se encuentra completamente atravesada por una idea de inevitabilidad y por una fe ciega en que el porvenir de la Argentina se encuentra irremediabilmente ligado a la grandeza.

Una tradición argentina existe; no es la indígena, no es la colonial. Nació con la nacionalidad misma; se enriqueció por obra de nuestros pensadores; aletea sobre las nuevas generaciones. Será el punto de partida para la germinación de los ideales ulteriores. Todos los que sintieron y pensaron la argentinidad hablaron del porvenir. Ningún pensador argentino tuvo los ojos en la espalda ni pronunció la palabra "ayer". Todos miraron al frente y repitieron sin descanso: "mañana". ¿Qué raza posee una tradición más propia para su engrandecimiento? (Ingenieros, 1946: 465).

Tal como mencionamos anteriormente, la intención de este capítulo es presentar el modo en que las categorías en torno a la identidad nacional construidas en función del análisis de los discursos se encuentran presentes, en tanto *huellas*, en las representaciones sociales de docentes y directivos.

En ese sentido, también es posible encontrar en ellas concepciones de la identidad nacional en las que se yuxtaponen en relativa armonía elementos considerados esenciales, por un lado, y aspectos que dan cuenta de su carácter de construcción histórica.

En la siguiente cita se alude a una plena conciencia del componente histórico de la identidad nacional, cuyo objetivo fue producir *argentinidad* y reducir la complejidad fruto de la diversidad y heterogeneidad constitutiva de la Argentina de fines de siglo XIX.

Es tan vasto este territorio que la verdad que conformar una identidad nacional es complejo, en un momento, **cundo hubo necesidad por esta conformación del Estado Nacional**, había muchos rituales de argentinidad...lo escolar, el izamiento de la bandera, la bandera de

ceremonia, había cuestiones, los festejos del 25 de mayo y del 9 de julio. Hoy está más complicado ese tema (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Esta función de la identidad nacional, no obstante, también aparece como deseable en la actualidad, en tanto permite unir y amalgamar la diversidad que sigue siendo un componente del “crisol de razas”.

Identidad nacional...y como este crisol de razas. Porque no somos, nuestra identidad nacional no es una, yo creo que es un crisol de razas que están todas unidas bajo la bandera argentina. Eso es nuestra identidad (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

La noción de la identidad nacional como unión con generaciones anteriores presente en Rojas pervive en las representaciones sociales analizadas, al igual que la idea de una sustancia, de una esencia que atraviesa la historia y permite la trascendencia de la nación. Sin embargo, y tal como se aprecia en la siguiente cita, esta idea convive con la posibilidad de que esa identidad no sea prescripta ni estable sino reconfigurada conjunta y colectivamente.

Por un lado, de sentirme portadora de una historia, **una historia que no empezó conmigo**, que hay un montón de gente atrás y por otro lado de decir... con quienes me toca vivir **¿qué puedo construir en conjunto?** más que una serie de valores y decir "bueno los argentinos debemos ser..." o " el argentino es..." (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

En la identidad nacional convive la historia de las generaciones anteriores y un pasado perdido que es menester que la institución educativa restaure y valore, pero al mismo la proyección y el objetivo de un futuro común en constante transformación.

Yo creo que hay que hacer una revisión interna de cada uno y revalorizar lo nuestro; nuestra tierra, nuestras costumbres (...) salir a buscar nuestras raíces y enarbolarlas y sentirnos orgullosos de lo que somos (Docente escuela primaria estatal de gestión pública).

También resulta recurrente cierta noción de que la identidad nacional que permitió *argentinar* a la población en los momentos de conformación del Estado Nación comportaba elementos preestablecidos, mientras que la identidad nacional actual resulta más porosa, permeable, y capaz de reconfigurarse y extender sus límites.

Pero hoy por hoy, si bien se traza una idea de ciudadanía argentina, también se tiene esta idea de que yo soy parte, el ser ciudadano argentino hoy en el 2017 no es lo mismo que en 1917. Ser argentino es ser otra cosa y **sentirse parte de, y no solamente que yo me tengo que acoplar a un modelo**, sino que soy parte de esa construcción, de la construcción de lo colectivo (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Yo creo que es una construcción que se va haciendo a lo largo de la historia de cada uno ¿no? sumado a las historias de todos los que están con vos. La identidad nacional es algo que se

construye día a día, me parece, que tiene que ver con todo lo que nos identifica, ¿no? Con las costumbres, con el pasado que hemos compartido, con el presente, con nuestros anhelos como sociedad, con, que se yo, con nuestros cursos diarios, cotidianos, con los hábitos, no sé me parece que es como un gran colectivo de identidad donde vamos todos, y bueno cada uno va aportando y se va formando eso que es la identidad (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Aquí la identidad nacional, sin ocultar su carácter de construcción, de “plebiscito cotidiano”, tomando la famosa expresión de Renan (2000), resulta un factor con una potencia capaz de unir a quienes la portan en una *trama mayor*, resultando un criterio de inclusión antes que de separación.

Si me siento con cierto placer de decir “bueno, igual todos somos portadores y pertenecemos a una trama mayor” (...) me parece como ciudadana, como directora y lo que aspiro también en mis alumnetos/alumnitas es que puedan sentirse, además de aspirar a una sociedad que sea colectiva, que puedan inscribirse en un texto mayor (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Este *texto mayor* alude en cierto sentido a una sustancia inmaterial y superior que se ubica por fuera de las existencias individuales y es capaz de brindar cohesión.

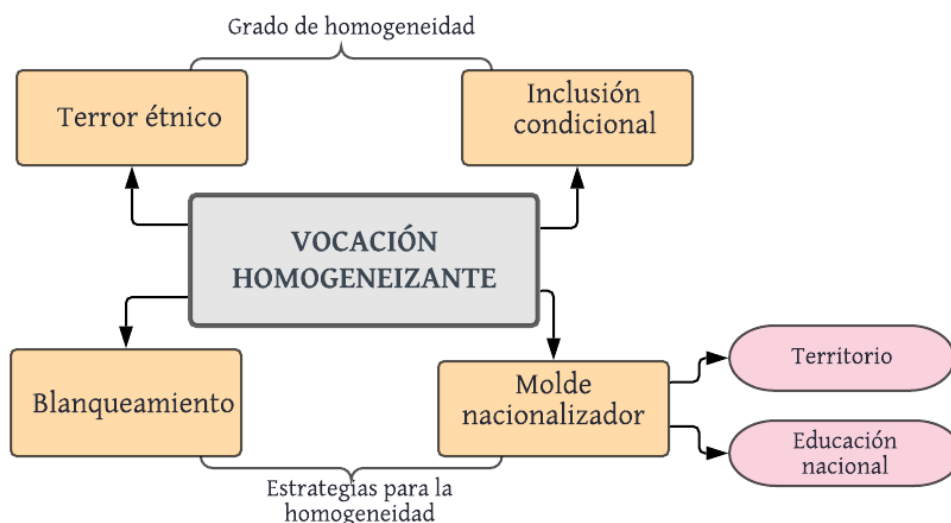
Por último, resulta llamativo que, aunque la idea de objetivo y de construcción atraviese fuertemente la noción de identidad nacional, en última instancia siempre remite a algún tipo de elemento *previo*, sea la tradición, el territorio, el idioma; aspectos que conforman un nosotros en el que el componente nacional se encuentra en primer lugar. No obstante, la amplitud de este nosotros y la extensión de los límites de la identidad nacional sí se presentan como variables.

Ya hemos señalado que esta ambigüedad constitutiva de la noción de identidad nacional, expresada a través de las categorías de esencia nacional y objetivo patriótico, atraviesa todo el análisis. A continuación, y con el objetivo de precisar aún más los significados hallados, introducimos la categoría central “vocación homogeneizante”.

8.2 Vocación homogeneizante⁵

⁵ Una versión preliminar de este apartado ha sido presentada a las “V Jornadas de Investigadorxs en Formación” del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), celebradas el 7, 8 y 9 de octubre de 2020.

Figura 3: categoría central “vocación homogeneizante”, propiedades y subcategorías



Fuente: elaboración propia

La categoría central que definimos en el análisis de la noción de identidad nacional es la de *vocación homogeneizante* y remite al tipo particular de construcción del “crisol de razas” argentino que hemos definido ampliamente en el capítulo seis y al lugar que tienen en él la diversidad y la heterogeneidad étnica y nacional.

La *vocación homogeneizante* también oscila entre la referencia a una esencia y un pasado inmemorial que dicta quiénes y cómo somos —y, por supuesto, cómo no somos— y un objetivo; lograr ser de cierta manera, o restaurar determinada manera de ser, según el caso. En los discursos analizados, no obstante, no se expresa de modo uniforme. En primer lugar, hallamos en ella dos propiedades que dan cuenta de su variación, es decir, del grado de homogeneidad que reclama. Una de ellas es el *terror étnico*, y otra la *inclusión condicional*.

8.2.1 *Terror étnico*

El *terror étnico* —recuperando el término empleado por Segato (2007)— refiere a una identidad nacional de tinte excluyente que invisibiliza y niega lo diverso, señalando específicamente quienes están llamados a formar parte de la nación y quienes quedan por fuera de ella. Esta categoría ilustra con precisión uno de los modos hegemónicos en que en la Argentina se construyó y definió

históricamente la amplitud de la identidad nacional, donde el denominado “crisol de razas”, implicó en realidad la pretensión de una forma nacional “neutra de otras identidades que no sean la que le estampa un abstracto «ser nacional»” (p. 53).

La formación de la nacionalidad argentina —y de todos los países americanos, primitivamente poblados por razas de color— es en su origen un simple episodio de la lucha de razas; en la historia de la humanidad podría figurar en el capítulo que estudiara **la expansión de la raza blanca**, su adaptación a nuevos ambientes naturales y la progresiva preponderancia de su civilización donde esa adaptación ha sido posible (Ingenieros, 1946: 31).

La homogeneidad para Ingenieros remite entonces a la raza blanca, y esta conforma el elemento central del “ser nacional” y de la raza argentina.

Cinco elementos se encuentran en presencia en el actual territorio argentino durante los siglos coloniales: 1° los blancos europeos, españoles casi en su totalidad (...) 2° los blancos nativos (de los centros urbanos) descendientes de españoles y adaptados a sus costumbres, cultura y tipo de civilización. Prácticamente pueden incluirse entre ellos los mestizados en cuatro generaciones. Son los que inician la formación de la nueva nacionalidad (euro-argentinos). 3° las masas mestizadas (de las campañas) formadas durante el periodo colonial e incorporadas a la nacionalidad en los años siguientes a la emancipación política (mestizos hispano-indígenas). 4° **Las masas indígenas autóctonas (residentes en las regiones no transitadas por los europeos y linderas con las campañas pastoras), no incorporadas nunca a la nacionalidad argentina y casi siempre enemigas en armas contra la misma (indios).** 5° Los negros importados de África, en mayor escala que la indicada en documentos oficiales; aunque destinados al Alto Perú, un buen residuo de ellos fue anexándose a los núcleos urbanos, constituyendo la totalidad de la servidumbre y desempeñando los más viles menesteres (negros), fueron incorporados a la nacionalidad para formar batallones. En todas partes dejaron un crecido residuo de mestizos (mulatos) (Ingenieros, 1946: 452).

La identidad nacional implica entonces un componente europeo que ha producido una nueva variedad étnica surgida del tronco ibero-americano: “exigua variedad blanca urbana y europea; ella promueve la independencia política e inicia la formación sociológica de la nacionalidad argentina” (Ingenieros, 1946: 452). Contrapuesta a la civilización denominada por el autor “hispano indígena” o “gaucha”, el *euro argentino* es una variedad europea modificada por el medio que consolida y define sus sentimientos nacionales y conforma la raza argentina.

En tanto “los límites jurídicos de un estado político no suelen coincidir con los límites naturales de una sociedad” (p. 435) para Ingenieros el elemento indígena no forma parte de la Argentina y resulta extraño a la conformación y características del “ser nacional”; incluso llega a ser considerado un “enemigo en armas” de la misma. La población negra, por su parte, es caracterizada como un apéndice y un recurso. El patriotismo, a diferencia del nacionalismo en tanto fenómeno natural, ha dado lugar a la acción artificial de “tiranos «protectores de las razas americanas», sin

más propósito que apoyarse en las masas indígenas y mestizas para luchar contra ilustradas minorías de la raza blanca” (p. 74). Para Ingenieros, por lo tanto, no integran la sociedad nacional todos los habitantes de un estado político, sino solo quienes, por su naturaleza y homogeneidad social y cultural, forman parte de la raza argentina.

Países en que abunden el negro y el indio, no pueden preponderar sobre otros donde el negro y el indio son objeto de curiosidad. Tal es el caso de la Argentina, libre ya, o poco menos, de razas inferiores, donde el exiguo resto de indígenas está refugiado en zonas que de hecho son ajenas a la nacionalidad, aunque habiten su territorio político (Ingenieros, 1946: 78).

El inicio de esta nacionalidad argentina se encuentra para Ingenieros en la colonización, a pesar del pesado lastre que la herencia de España significa para el progreso de Sudamérica en general — y de la Argentina en particular. Fue necesario que este componente nocivo sea contrarrestado por lo que él denomina “segunda colonización europea”, que “aportó a la nacionalidad elementos casi desconocidos por la primera, esenciales para constituir una raza nueva e iniciar un nuevo núcleo de civilización: el trabajo y la cultura” (Ingenieros, 1946: 460).

Aún con los defectos de colonización española, esta herencia sí es considerada parte constitutiva de la nacionales. La historia de los habitantes originarios, en cambio, es directamente eliminada de los anales de la formación de la identidad nacional.

Ingenieros justifica la superioridad de la raza blanca por sobre la originaria de la *América salvaje* poniendo el foco en su superioridad cultural y social en la organización del trabajo y la cultura, en su distinto estadio de civilización, y no en “caracteres antropométricos especiales” (p. 436).

La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas. La selección natural (...) tiende a extinguir las razas de color (Ingenieros, 1946: 35).

De este modo, la conquista fue resultado de la selección natural, de una

lucha natural por la ocupación del territorio americano [que tuvo como resultando que] en los siglos siguientes (...) 1° en las zonas templadas de las dos Américas, isotérmicas con las de sus países originarios, las razas blancas europeas, más civilizadas, fueron sustituyendo a las razas cobrizas indígenas, menos civilizadas. 2° En la zona intertropical de América, no isotérmica con la de su país de origen, las razas blancas no consiguieron sustituir a las razas indígenas, mejor adaptadas que las inmigradas (Ingenieros, 1946: 439).

El desarrollo de los hechos en las zonas cálidas de América, como veremos, tuvo resultados desastrosos, y por eso la Argentina tiene características distintivas al resto de América.

En las representaciones sociales de docentes y directivos, la visión de la Argentina como continuación de Europa resurge como un mito persistente.

Como son casi todos de familia migrantes, no hay diferencia de los argentinos de “ah porque sos bolita”, viste el típico...la agresión...no hay. Porque también los argentinos, los que son de acá, son hijos también de bolivianos. O sea, **no hay argentino europeo, argentino puro de acá** (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

La blanquitud, en esta caracterización, aparece como uno de los elementos centrales de la identidad nacional, como el rasgo distintivo. A diferencia de un argentino descendiente de europeos, un hijo de migrantes externos sudamericanos no es considerado un “*argentino puro de acá*”, produciéndose una invisibilización del componente latinoamericano y una vinculación directa entre la cultura europea y la argentina.

Si la figura del migrante latinoamericano o asiático reviste cierta extrañeza y ajenidad, la figura del europeo, en cambio, remite a lo conocido, a la comunión de valores y costumbres, a un código cultural compartido.

8.2.2 Inclusión condicional

La inclusión condicional es otro de los grados en que puede expresarse la vocación homogeneizante. Esta propiedad ilustra un propósito de incorporación de la diversidad, pero no a partir de su condición de diverso sino a expensas de uniformarlo y asimilarlo a ciertas características de la identidad nacional, donde la definición de lo nativo se antepone siempre a lo extranjero.

Si el terror étnico es el grado en que se expresa la vocación homogeneizante para Ingenieros, y la estrategia para alcanzarla es, como veremos posteriormente, el blanqueamiento, que implica la aniquilación del diferente; en Rojas, en cambio se opta por la “aniquilación de la diferencia” (Bauman, 2006: 89). De este modo, todo aquello que escape a este molde nacionalizador deberá optar por “asimilarse o perecer” (p. 88)

En la inclusión condicional, tal como señalamos, la identidad nacional aparece por sobre todo otro tipo de identificaciones posibles (de clase, religiosa, etcétera). De esta manera, si bien Rojas puede expresar el deseo de una *nación extensa*, enfatiza la importancia de que la identificación nacional

sea el modo preferible de reconocimiento entre semejantes y a fortalecerlo deben abocarse los esfuerzos.

Somos argentinos, somos americanos, somos castellanos, somos latinos, somos europeos, somos cristianos, somos miembros de la comunidad internacional, **pero ante todo somos y queremos seguir siendo argentinos** (Rojas, 2011: 182).

Esta declarada urgencia y necesidad de *defender lo propio* se encuentra presente con firmeza entre los docentes y directivos. La inclusión —asimilación— debe realizarse con la condición de que lo nacional permanezca en primer lugar. En ese sentido, la tendencia a una escuela que incluye desde la diversidad, y no a pesar de ella, aparece en ocasiones caracterizada como negativa, o al menos como problemática, pues actúa en desmedro del sostenimiento y revalorización —¿o construcción?— de la identidad nacional.

Porque si estamos pretendiendo que **tenemos que priorizar lo nativo nuestro**, siguen viniendo acá culturas extranjeras y no vamos a rescatar jamás las raíces nuestras (Docente escuela primaria estatal de gestión pública).

En Ingenieros, tal como señalamos, el indígena es descontado como *elemento de progreso*. En Rojas, por el contrario, este se presenta como un *patriota instintivo*. Esta idea cobra sentido con el significado que el autor atribuye al territorio al representarse la nacionalidad, como se verá posteriormente. Rojas encuentra en el indígena los incipientes y rudimentarios primeros rasgos del patriotismo porque lo que esté sí se encuentra incluido en la identidad nacional.

En efecto, el patriotismo es, en sus formas elementales, instinto puro. Manifiéstase, casi exclusivamente, cuando lucha con invasores extranjeros. **Los indios de la pampa, guerreando por su territorio, mostraron un patriotismo elemental**, pues sólo defendían el suelo que los sustentaba y las hembras en que perpetuaban su raza: en suma, los instintos radicales de la conservación personal y de la conservación específica. No sé que a esa resistencia se mezclaran supersticiones religiosas sobre el invasor. En todo caso, ese no era su núcleo, por eso llamo a ese estado el del patriotismo instintivo (Rojas, 2011: 61).

A propósito del lugar otorgado a los pueblos originarios en las representaciones sociales de los docentes y directivos, en algunos casos puede hallarse una noción de identidad nacional mutable y cambiante, que extiende sus “fronteras” para incluir a los otrora señalados como exteriores a la nacionalidad. Esto se relaciona a la idea mencionada previamente de la identidad nacional como capaz de funcionar como criterio de inclusión.

En algún momento dijimos, con otros directores, “bueno ¿y si en los actos tenemos la wiphala? Pero veamos qué es lo que sustenta esto...” Pero bueno, yo hoy por hoy me animo a que la bandera wiphala venga como de costado, no es un trapo de colores, es una linda idea, si uno

quiere, tiene que adherir, tiene que saber los procesos imperialistas, tiene que saber lo que significa, ¿nos identifica? me tengo que tomar la molestia de indagarlo, y no porque quede bonito o innovador...me parece que hay que darle (...) pero esto de la transversalidad es una de las cosas más difíciles, uno se va poblando de gestos, pero junto con el gesto es como...a veces hacer visible lo invisible la idea que sustenta (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Si para Ingenieros, como observamos, la *raza argentina* es una variedad europea, para Rojas Argentina es una continuación de España y de los pueblos indígenas, sumada a la influencia del territorio. “La civilización europea que España nos transmitía, transformóse al contacto de la tierra americana, y el espíritu indígena vistió esas formas que él mismo elaborase” (Rojas 2011: 279).

Es decir, se trata de una síntesis que combina estos tres elementos, que son los que deben revalorizarse y tenerse en cuenta en los intentos por “salvar el núcleo histórico” (Rojas, 2011: 189) de la nacionalidad. “Descendientes de españoles, de indios y de europeos meridionales, somos sensuales y realistas” (Rojas, 2011: 219).

En Ingenieros, por el contrario, el *verdadero* espíritu argentino es europeo. Gauchos, negros e indios no forman parte de la nacionalidad y gracias a los efectos correctivos de la inmigración blanca, se encuentran en vías de extinción.

Hay elementos inequívocos de juicio para apreciar esta formación de una nueva sociedad argentina, rápidamente acentuada en los últimos diez años y destinada a producir más sensibles variaciones sociales en los veinte años próximos; **pronto permitirá borrar el estigma de inferioridad étnica con que siempre se ha marcado en Europa a los sudamericanos, ignorando los diferentes resultados que el clima y la segunda inmigración blanca han determinado entre la zona templada y la zona tropical.** La nacionalidad en formación puede apreciarse observando algunas de sus expresiones visibles: el ejército nacional y el electorado nacional, entre otras (...) Esa es la más firme expresión de la nueva nacionalidad argentina: **en vez de indígenas y gauchos mercenarios, son ciudadanos blancos los que custodian la dignidad de la nación** (Ingenieros, 1946, p. 461).

Para Rojas, por el contrario, el elemento nativo está directamente compuesto por el elemento hispano e indígena; y al margen de la intención —celebrada por Ingenieros— del proyecto independentista de importar elementos europeos “afrancesados”, hay una *sustancia intrahistórica* que refleja la continuidad del pueblo argentino con España. No se trata únicamente de una influencia o una herencia, sino de una esencia subyacente.

Resulta interesante mencionar, no obstante, que paralelamente a la mencionada influencia y persistencia del elemento indígena en la identidad nacional, Rojas insiste con la necesidad de “crear lo propio”, y en el intento por definir cómo debe ser esta creación se produce una valorización

positiva y una admiración de lo europeo. Por ejemplo, en su análisis de la enseñanza histórica en Inglaterra, señala que el espíritu inglés es “disciplinado en voluntad, libre en inteligencia, confiando más en los resortes morales, imperativos de la conciencia, que en las sanciones legales, imperativos de la sociedad.” (Rojas, 2011: 106). Algo similar ocurre con la mención al nacionalismo germánico que referimos anteriormente. No obstante, critica vehementemente el “afrancesamiento” de nuestros cursos pues no remiten a las necesidades argentinas. Esto apunta a señalar que aun condenando la *miopía nacional* que implica tomar modelos extranjeros en lugar de crear los propios, subyace en la prosa de Rojas una cierta admiración por Europa.

Si terror étnico e inclusión condicional son dos propiedades de la categoría vocación homogeneizante que remiten a cómo se concibe y trata la diversidad, el *blanqueamiento* y el *molde nacionalizador* serán dos estrategias para lograr dicha homogeneización. El molde nacionalizador, a su vez, se valdrá de dos elementos centrales, la *escuela* y el *territorio*.

8.2.3 Blanqueamiento

El blanqueamiento refiere a una operación histórica que Grimson (2017) denomina “régimen de invisibilización de la diversidad” (p. 98). En el caso argentino, la condición de nacional estuvo supeditada al borramiento de otras marcas étnicas de origen —sea a una etnia derrotada (los indios y los africanos) o a un pueblo inmigrante (italianos, españoles, polacos, judíos, rusos, entre tantos otros). En sintonía con la noción de terror étnico y en el marco de este régimen, la ascendencia europea y la blanquitud a ella asociada remiten directamente a una ausencia de marca étnica, donde nacionalidad argentina y blanquitud resultan naturalmente unidos y libres de toda mácula.

Ingenieros ofrece una justificación biológica de este proceso que explica por qué la blanquitud es el componente hegemónico de la raza argentina.

Resultados étnicos de la primera inmigración (siglos XVI, XVII y XVIII). En América templada meridional. Formación de una raza mestizada, que sustituye progresivamente a los indígenas. (...) El proceso de la mestización produjo, en las zonas templadas, un progresivo **blanqueamiento de los núcleos urbanos; en el curso de cuatro generaciones, los descendientes de hombres blancos y mujeres indias podían considerarse prácticamente como blancos y creerse de origen europeo** (...) Una causa biológica bien conocida impidió ese resultado en la zona tropical: en los descendientes tienden a predominar los caracteres de las razas mejor adaptadas. En la zona tropical estaban mejor adaptadas las indígenas y en las templadas las blancas; por eso de Méjico hasta Bolivia los mestizos tuvieron más de indígenas

y más de blancos en el Sur del Brasil, Rio de la Plata y centro de Chile (Ingenieros, 1946, p. 446).

De este modo, la *sustitución* de la raza indígena y mestiza por la blanca se presenta como resultado natural del blanqueamiento. Las características climáticas y del medio explican la diferencia entre las conquistas del norte y del sur. En el norte, se produjo una “sustitución de los autóctonos por los inmigrados por simple desplazamiento” (Ingenieros, 1946: 440), en tanto el clima resultó familiar a los conquistadores, brindándoles mayor capacidad de adaptación, mientras el componente indígena allí presente ofreció menor resistencia debido al desfavorable del medio físico. En el sur, en cambio, se daban las características opuestas (el componente indígena se hallaba perfectamente adaptado al medio, y, por ende, con mayor capacidad de resistencia, y el clima resultaba extraño a los conquistadores). Por lo tanto, fue necesaria la conquista y sometimiento.

La consecuencia de la conquista militar española fue el sometimiento de los vencidos y la mestización hispano-indígena; el resultado de la colonización civil inglesa fue el desplazamiento de las razas indígenas sin mestización (Ingenieros, 1946: 440).

No obstante, el caso argentino se distingue ya que en función del clima ha podido experimentar una situación similar a la del norte. El elemento indígena aquí ha sido sustituido (no sometido ni integrado) por el blanco:

La historia natural de las razas humanas en el continente americano, a partir del siglo XVI, revela que en las zonas templadas se efectúa una progresiva sustitución de las razas aborígenes de color por razas blancas inmigradas, engendrando nuevas sociedades en reemplazo de las autóctonas. Este proceso étnico y sociológico, impedido por causas climáticas en la América intertropical (desde México hasta Bolivia), está ya más avanzado en las dos zonas de clima templado (Norte y Sur) (...) La diversa adaptabilidad de las razas blancas a las distintas latitudes es un simple caso particular de leyes biológicas que son familiares a todos los naturalistas (...). Las razas europeas tienen un área de dispersión limitada a los climas templados; no pueden prosperar en los climas tropicales o glaciales, ni reemplazar en ellos a las razas de color a las razas polares (Ingenieros, 1946: 434).

Esta operación histórica de blanqueamiento, tanto física como simbólica, es tan potente que, como hemos señalado oportunamente, hace posible la pervivencia de este régimen de invisibilización de la diversidad y de la representación de la Argentina como predominantemente blanca y europea:

Acá yo creo que el 80% somos descendientes de españoles e italianos (Docente escuela primaria estatal de gestión pública).

Porque no es tan cercano culturalmente, y por la historia, aparte, los que estamos sentados acá somos todos hijos o nietos de inmigrantes europeos, ¿no? Y vos tenés un boliviano del altiplano o un peruano, no tiene una cultura europea como la que tenemos nosotros, no sé si mejor o peor, es distinta (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

8.2.4 Molde nacionalizador

Si el blanqueamiento permite definir una identidad que directamente deja por fuera ciertos elementos, y que, como señala Briones (2004), remite al modo en que en las fronteras del Estado nación argentino se produjo un específico modo de triangulación entre los signos indios, inmigrantes y criollos, dando lugar a la constitución de un determinado “crisol de razas” en la argentina y por ende de una identidad nacional, podemos pensar en el *molde nacionalizador* como otra estrategia también presente en la constitución de este crisol, que persigue la inclusión de lo diverso, pero en base a una forma preestablecida, como hemos referido anteriormente.

La *educación nacional* (que incluye el idioma y el culto a la tradición) y la *fuerza caracterizante del territorio* serán dos de los ingredientes centrales de este molde, cuyo rasgo más importante es la capacidad de brindar una sensación de *continuidad*, fundamental en la consolidación de la etnicidad ficticia (Balibar, 1988), y, por lo tanto, en la pervivencia de una identidad nacional.

La búsqueda de continuidad se liga, a su vez, a la necesidad de lograr homogeneidad y unidad. La identidad nacional, de ese modo, remite a la existencia de *algo superior* que fusiona a los connacionales.

Educación nacional: educar para la vida argentina

Ante los desastrosos resultados que arroja la experiencia educativa de la mitad del siglo XIX, y ante “hordas de una inmigración sin arraigo y de su cosmopolitismo sin historia” (p. 178), Rojas insiste en la urgencia de que la escuela aboque sus esfuerzos a la empresa de formar “una conciencia argentina más homogénea” (p. 225) atendiendo a las verdaderas necesidades nacionales sin trasplantar directamente los programas europeos. La lengua reviste una importancia fundamental en la educación nacional, en consonancia con la noción de “eticidad de dominante lingüístico” de Balibar (1988) y con el rol de aquella en tanto “metáfora del amor mutuo de los connacionales” (p. 152). “La historia propia y el estudio de la lengua del país darían la conciencia del pasado tradicional, o sea del «yo colectivo»” (Rojas, 2011: 63).

La escuela, entonces, es la encargada de proteger y fomentar su estudio, y defenderla de la *corrupción cosmopolita*. Ella remite a este *algo superior* al que hicimos referencia, capaz de brindar continuidad a una nación. De allí la importancia de su conservación y defensa, y de allí también el rol fundamental que, para Rojas, adquiere la institución educativa en la construcción de etnicidad.

En las representaciones sociales de docentes y directivos, el idioma continúa representando un elemento central que otorga continuidad y cohesión a la identidad nacional, y que debe ser asimilado e incorporado por el migrante para formar parte de la institución educativa y de la nación en general. Aun a contramano de lo que puedan proponer las autoridades —la propuesta de que el docente se adapte a la diversidad— la función *normal* de la escuela está vinculada a la conservación del idioma patrio.

Pero es evidente y otra cuestión, por ejemplo, en relación a la población paraguaya que muchas veces habla en otro idioma entonces, hablan en guaraní, y cuando los chicos inician la escolaridad en nuestras escuelas vienen con otro idioma madre (...) Eso se hace muy difícil porque la propuesta es que el docente se adapte, pero me parece que tampoco (...) o sea, **es difícil poder transmitirle a los padres que si bien ellos entienden el idioma que hagan el esfuerzo en las casas de no hablarles en guaraní a los chicos o de ayudarlos de que puedan desarrollar nuestro idioma**, porque después eso genera dificultades en la lectoescritura (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Especialmente los que tienen origen de Bolivia, y también te diría de Perú, en la construcción gramatical de la escritura, son cosas que, bueno, tienen que ver con los modos de hablar (...) En la parte escritura, uno (...) **si bien respeta algunas cuestiones de escritura que sabemos que tienen que ver con el origen, de alguna manera uno tiene que enseñarle la lengua castellana de acá, que se usa acá**, las reglas gramaticales (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

El manejo inadecuado del idioma y los modismos nacionales aparece, en este caso, directamente vinculado a una carencia y asociado a una dificultad. La tarea de la escuela, en consecuencia, es defender y valorizar las formas propias de la lengua nacional.

Para Rojas, la escuela no es únicamente un espacio más de socialización, sino la institución nacionalizadora por excelencia. Por ese motivo, el Estado debe tomar a su cargo la tarea hacer que esta se aboque a cumplir su función.

En las sociedades modernas, dividida la humanidad en naciones y caída la autoridad pontificia, **la escuela es no sólo función sino prerrogativa del Estado**, y a éste le corresponde, dado el fin democrático de su escuela, hacer de ella una institución nacionalista (p. 75).

Si el Estado lleva a cabo una verdadera labor educativa nacionalizadora, donde la escuela sea “hogar de la ciudadanía y la iglesia de su doctrina moral” (p. 238) será posible “salvar el fuerte espíritu nativo que nos condujo a la independencia” (p. 89) y rescatar el futuro de la nación.

Ramos Mejía, por su parte, ve en la educación nacional un instrumento indispensable para la constitución de la identidad nacional, pero específicamente destinada a la nacionalización del hijo del inmigrante. La escuela, junto con la influencia del territorio, serán capaces de inculcar el amor y el sentimiento patriótico en los migrantes y en su descendencia. Del mismo modo que en Rojas, la educación nacional no pretende excluir a las masas migrantes de la nacionalidad sino assimilarlas, pero a partir de un molde nacionalizador que ubica al elemento argentino en un orden jerárquico superior al extranjero.

Felizmente el medio es vigoroso, y el plasma germinativo, conservador. Bastaría ayudarlo un poco con una educación nacional atinada y estable; **limpiar el molde** donde ha de darse forma a las tendencias que deberán fijar el temperamento nacional (Ramos Mejía, 1899: 321).

Tal como hemos referido, desde su cargo en el Consejo Nacional de Educación Ramos Mejía promovió la práctica de la *liturgia patriótica* y la *pedagogía de las estatuas* con la intención de que la identidad nacional exija “entregar hasta la última gota de sangre en defensa de la bandera” (Halperin, 1976: 479).

Sistemáticamente, y con **obligada insistencia**, se les habla de la patria, de la bandera, de las glorias nacionales y de los episodios heroicos de la historia; oyen el himno y lo cantan y lo recitan con ceño y ardores de cómica epopeya, lo comentan a su modo con hechicera ingenuidad, y en su verba accionada demuestran **cómo es de propicia la edad para echar la semilla de tan gran sentimiento** (Ramos Mejía, 1899: 300).

Es interesante observar la fe que Ramos Mejía deposita en la educación nacional, y en el molde nacionalizador que ella compone, como capaz de engendrar un sentimiento de amor a la patria cuyo fin último, no obstante, es contener y detener los impulsos de las multitudes migrantes garantizando el control social y la gobernabilidad. En la siguiente cita, Ramos Mejía señala la necesidad de que la educación nacional transforme al “burgues aureus”, uno de los tipos evolutivos del migrante.

Este burgués aureus, en multitud, será temible si la educación nacional no lo modifica por el cepillo de la cultura y la infiltración de otros ideales que lo contengan en su ascensión precipitada hacia el Capitolio (Ramos Mejía, 1899: 310).

Esta idea de “educar para la vida argentina” (Rojas, 2011: 200) funciona como una huella casi imborrable en la caracterización que docentes y directivos realizan de la verdadera función de la escuela y de la amenaza que para la identidad nacional representa su descuido.

- Tenemos que empezar a defender lo nuestro.
- Perdoname, eso no es defender lo nuestro (...)
- Cuando estás en un acto patrio... y cantás el himno... Y cantan todos los argentinos, y más de uno de los paraguayos están “da, da, da”, y no les importa un pito (...)
- No, yo pienso que todos tienen derecho.
- Yo soy amplia, pero mirá lo que pasa, mañana te sacan el trabajo a vos, o sea (...)
- Pero los chicos no tienen la culpa....
- No, el chico tiene que saber que hay una serie de leyes y que las tiene que respetar (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Si bien no es despreciable, el rol de la escuela para Ingenieros resulta secundario en comparación con otros factores que intervienen en la formación de la nueva raza argentina. En tanto trae consigo el progreso y la modernización, Ingenieros considera que la figura del migrante es capaz de instaurar un renovado régimen democrático. La tarea de la escuela, en este contexto, es acompañar este proceso y colaborar en la formación de la identidad nacional.

Las tendencias dominantes en la educación, más acentuadas recientemente, concurren a formar el "sentimiento nacional" en la inmensa masa de nuevos ciudadanos incorporados al país después de la segunda colonización. Ellos constituyen una democracia nueva que va penetrando o desalojando a las oligarquías residuales de la inmigración colonial. El sentimiento de la nacionalidad se afirma con igual energía en las dos grandes inmigraciones sobrepuestas en la nación. Las costumbres, las creencias y los ideales adquieren creciente unidad y en los últimos años ha podido observarse una intensificación del sentimiento nacionalista, parejo con el incremento de la capacidad económica nacional. Difiere radicalmente del "indigenismo", legítimo en los países americanos de la zona tropical, donde persisten grandes masas de poblaciones aborígenes y el clima impide la adaptación de razas blancas europeas (Ingenieros, 1946: 73).

La fuerza caracterizante del territorio

El territorio, la conciencia territorial y la influencia del medio remiten a otra de las formas que puede asumir el molde nacionalizador.

En Rojas se trata definitivamente del elemento invariable de la identidad nacional, portador de una potencia capaz de dar sustento a la unidad nacional y promover un destino de nación, a la vez que otorgar sentido de pertenencia.

No es la excluyente idolatría de los propios penates lo que constituye el patriotismo, sino el conocimiento del propio territorio: en la fuente de sus riquezas, **en la emoción de sus paisajes**, en la tradición de los pueblos que lo habitaron, en la formación de un arte aborigen, en la conquista difícil de la libertad, **en la sucesión de las generaciones cuyo órgano de permanencia es ese mismo territorio**, en las luchas por defender su integridad, **en los esfuerzos por difundir la influencia de su espíritu hasta las comarcas más lejanas**, en la gravedad de sus problemas actuales y en el anhelo de su invariable perpetuidad, todo ello fórmula del razonado nacionalismo que este Informe pregona para nuestro país, sirviéndole de fervoroso alegato (Rojas, 2011: 102).

Es el territorio es el que otorga la característica distintiva, aun en una nación plagada de influencias cosmopolitas. Por supuesto, y como vimos, la educación nacional debe colaborar en esta empresa, incluso en el fomento de la *conciencia territorial*.

Los orígenes primeros de la Independencia habrá que buscarlos en las silenciosas corrientes de nuestra intra-historia. Este es un punto de vista que no debemos olvidar, si queremos que la historia de una conciencia a la Nación. **Ella está en la fuerza caracterizante del territorio americano, que ya daba una conciencia americana al hijo del europeo en el siglo XVII, y que sigue dándosela en nuestros días**. Gracias a ella continuamos salvándonos del cosmopolitismo y la inmigración (Rojas, 2011: 192).

Esta fuerza atribuida al territorio se vincula con la poderosa influencia que Ramos Mejía atribuye al medio en la nacionalización del migrante. La tierra, para el autor, parece capaz de transmitir, material y físicamente, un sentimiento nacional.

También el padre ha sentido recién aquí las nuevas orientaciones de ese sentimiento: la agricultura próspera, **nuestro suelo dócil y generoso, le ha dicho muchas cosas al oído**, como si el olor de la tierra húmeda, ya próxima a la fecundación, despertara en los sentidos del campesino las emociones todavía vagas del primer amor a la patria (Ramos Mejía, 1899: 299).

De este modo, el medio nacional tiene la capacidad de *transformar* al migrante, tanto en lo relativo a su forma de pensar y de sentir.

El niño concebido en esa plena efervescencia del sistema nervioso, recibe una herencia de aptitudes mayor que si los padres hubieran permanecido en la inercia de su primer estado. **Por las causas enumeradas, el inmigrante transformado no piensa ni siente con su instrumento importado, que era deficiente, sino con el fundido en el patrón que el medio le ha impuesto**; de manera que las influencias hereditarias transmitidas, tienen que ser en un treinta y cinco por ciento indígenas, argentinas (Ramos Mejía, 1899: 297).

Para Ingenieros, la influencia del medio es un factor importante que actúa en confluencia con la raza, factor realmente clave para él en la identidad nacional. El medio físico es capaz de engendrar una nueva variedad (la raza argentina) a partir de la raza europea de los migrantes.

(...) **Las razas europeas aquí trasplantadas sientan ya, en sus hijos argentinos, los efectos de la adaptación a otro medio físico, que engendra otras costumbres sociales.** Los Andes, La Pampa, el Litoral, el Atlántico, la Selva, el Iguazú, son cosas nuestras y solamente nuestras. Viviendo junto a ellas, las razas inmigradas adquieren hábitos e ideas nuevas, hasta constituir una variedad distinta de las originarias. Consolidando su organización y definiendo sus sentimientos, esta variedad local de las razas europeas va formando una raza argentina (Ingenieros, p. 464).

Entre los elementos capaces de generar identidad nacional tales como las costumbres, la cultura y los símbolos patrios, el territorio también aparece en las representaciones sociales de los docentes y directivos. *Su fuerza caracterizante* es capaz de engendrar un sentimiento nacional en aquellos que lo habitan, aun cuando el resto de los elementos mencionados no sean homogéneos.

Y, la identidad nacional tiene que ver con todas las características culturales que un grupo de personas comparte y que bueno, que los hace sentir pertenecientes a un determinado país, a un territorio, que se identifican con una bandera, con símbolos patrios, con costumbres, con idioma. Y que a veces, no siempre, en este caso particular de la Argentina no es uniforme. Digamos, identidad acá me parece, en este país en particular pasa con tratar de construir cultura juntos, con distintas características, no es homogénea. Y bueno, tratar de convivir y compartir sobre esa cultura, **con un sentimiento de pertenencia a estas tierras.** A este país (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Si vos querés sacar un pueblo adelante o querés sacar un hijo adelante que tiene un problema de salud lo llevás al mejor médico. Acá tenemos que buscar lo mejor para llegar a ser lo mejor porque tenemos lo mejor, el suelo que tenemos (Docente escuela primaria estatal de gestión pública).

El suelo, en tanto componente material del territorio, tiene una potencia tal capaz de constituirse en la piedra angular a partir de la cual construir y consolidar la identidad nacional.

Es menester señalar, para concluir este capítulo, que el desarrollo esquemático de las categorías centrales que componen la identidad nacional, a saber, *esencia nacional*, *objetivo patriótico* y *vocación homogeneizante*, como así también de los procesos y operaciones históricas que se articulan en su conformación, no implica que estas nociones resulten claras y perfectamente identificables en los discursos analizados. En todas ellas, tal como se desprende de la exposición, existen contradicciones, inconsistencias y claroscuros y es a través de ellos que procuramos distinguir algunas imágenes que circulan con mayor preeminencia. Lo mismo sucede con las categorías que presentamos en los capítulos siguientes.

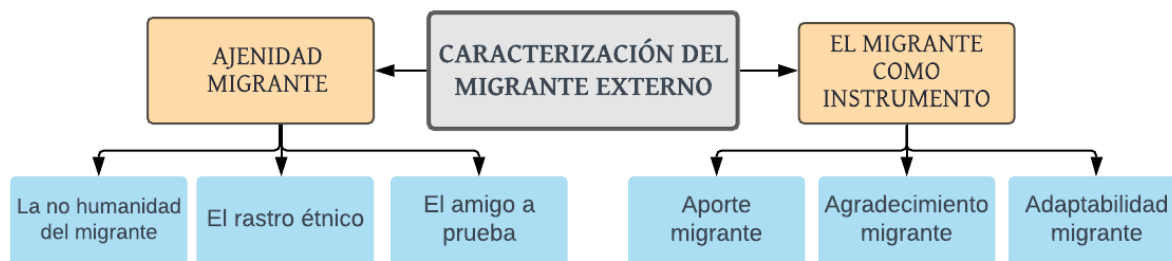
CAPÍTULO 9. ENTRE LA AJENIDAD Y LA UTILIDAD: CARACTERIZACIÓN DEL MIGRANTE EXTERNO

En el capítulo previo hemos introducido algunas claves sobre el modo en que, tanto en los discursos como en las representaciones sociales, se representa la figura del migrante externo. El propósito de este capítulo es detenernos en una serie de categorías específicas vinculadas a este aspecto.

En el análisis de la caracterización que docentes y directivos realizan de la figura del migrante externo es posible hallar dos núcleos representacionales centrales relacionados, por un lado, con la noción de ajenidad, y por otro, con la de instrumentalidad. Alrededor de estos núcleos se organizan una serie de elementos periféricos que permiten complejizar estas representaciones, dando lugar a particularidades y variaciones que expresan distintos modos de concebir la migración, pero siempre estructurados en torno a aquellos.

Es así que hemos definido como categorías centrales *la ajenidad migrante* y *el migrante como instrumento*, en tanto permiten describir y analizar con parsimonia, pero al mismo tiempo amplitud y minuciosidad, la caracterización del migrante externo hallable tanto en las representaciones sociales de docentes y directivos, como también en los discursos políticos y literarios.

Figura 4: categorías centrales “ajenidad migrante” y “el migrante como instrumento”, propiedades y subcategorías



Fuente: elaboración propia

9.1 Ajenidad migrante

Sin resultar excluyentes entre sí, los aspectos que remiten a cierta extrañeza que el migrante externo encarna con respecto a lo nativo pueden ser agrupados en tres subcategorías: *la no humanidad del migrante*, *el rastro étnico* y *el amigo a prueba*. La ajenidad, en estos tres casos, remite a fuentes diversas y tiene distintas implicancias en la configuración del vínculo intercultural.

9.1.1 *La no humanidad del migrante*

En primer lugar, esta subcategoría remite a una caracterización del migrante vinculada a la *animalización* y la *primitivización*. Mediante la descripción de sus rasgos físicos como de sus comportamientos y hábitos, se lo relaciona con la incivilización y el escaso desarrollo del raciocinio, llegando al extremo de su vinculación con rasgos y conductas animales. Este tipo de ajenidad parece hallar su fundamento en una diferencia de naturaleza que distingue a los migrantes de los nativos.

En la prosa de Cambaceres (2014) abundan ejemplos de este tipo. En la minuciosa descripción que realiza del comportamiento del migrante y de su medio familiar, existe una llamativa recurrencia a la metáfora animal.

Había en su paso una resignación de buey (p. 1).

Algo insólito parecía alterar la calma, la tranquila animalidad de aquel humano hacinamiento (p. 2).

Guarecido, acurrucado en un hueco de pared, su instinto solo, su maravilloso instinto de zorro lo había salvado (p. 45).

Estas metáforas recurrentes en la caracterización del padre de Genaro, de él mismo y de su entorno migrante, remiten a un comportamiento instintivo y primitivo, no mediado por la lógica y la razón. No obstante, este tipo de caracterización convive con la adjudicación de una sagaz capacidad de simulación y engaño activada por la codicia, móvil de toda acción del protagonista.

Esta similitud entre el mundo natural y social es también hallable en Ramos Mejía, quien emplea el término *paleontología social* para dar cuenta de la evolución de las especies y de las diferentes capas evolutivas. Este paralelismo con el mundo natural le permite tipificar la figura del migrante.

Que, a cierto período de su desarrollo, ese embrión primero, el inmigrante, debía haber revestido en el orden social algo así como la estructura anatómica de los peces, más tarde la de

los anfibios y por fin la de un mamífero; quiero decir que habría seguido en el orden de su perfeccionamiento intelectual y moral un transformismo semejante (Ramos Mejía, 1899: 289).

En sintonía con su procedencia disciplinar, y con la función que adjudica al territorio y al medio en la constitución del migrante, Ramos Mejía también emplea metáforas animalizadoras para ilustrar que el recién llegado se encuentra prácticamente desprovisto de todo rasgo de humanidad, como si se tratara de un organismo que se encuentra en un estadio anterior de un proceso evolutivo. El autor, no obstante, y a diferencia de Cambaceres, confía en el poder del medio para modificarlo y moldear esta tabula rasa.

Cualquier craneota inmediato, es más inteligente que el inmigrante cuando recién desembarca en nuestra playa. **Es algo amorfo, yo diría celular, en el sentido de su completo alejamiento de todo lo que es mediano progreso en la organización mental.** Es un cerebro lento, como el del buey a cuyo lado ha vivido; miope en la agudeza psíquica, de torpe y obtuso oído en todo lo que se refiere a la espontánea y fácil adquisición de imágenes por la vía del gran sentido cerebral. ¡Qué obscuridad de percepción, qué torpeza para transmitir la más elemental sensación a través de esa piel que recuerda la del paquidermo en sus dificultades de conductor fisiológico! (Ramos Mejía, 1899: 209).

Es así como a lo largo de la obra, ofrece una suerte de taxonomía que describe diferentes “productos de evolución”, tipos evolutivos del migrante que llega a nuestras costas y se va transformando por *epigénesis social*. En su descripción es posible observar la convivencia de nociones vinculadas a las fatalidades de la herencia y la constitución genética, a rasgos inmutables que se mantienen inalterables a pesar “del tiempo y de la instrucción”, y por otro, a la poderosa influencia del medio sobre el migrante, entre la que se destaca la educación nacional. Así es como comenzará describiendo la figura del *guarango*, tipo evolutivo del cual desprenderá otros ejemplares como el *canalla*, el *huaso*, el *compadre* y el *burgués aureus*, enumerando sus características atávicas, cómo el medio y la cultura actúa en ellos, y cuáles son los rasgos que se resisten a desaparecer.

La animalización y al atraso evolutivo que, en palabras de los autores, presentan los migrantes con respecto a lo nativo —nativo aquí equivale a patriciado criollo— redundan en un *comportamiento apático, indiferente, carente de sentimientos y moralidad*. Esto es observable principalmente en Cambaceres. En dos escenas muy importantes en la obra, el nacimiento de Genaro y la muerte de su padre, se retrata con suma crudeza la incapacidad de los protagonistas – el padre en el primer caso, el hijo en el segundo – de expresar emoción, o algún sentimiento humano.

¿Stá inferma vos? - hizo el tachero avanzando hacia la única cama de la pieza, donde una mujer gemía arqueada de dolor. ¡Madonna, Madonna Santa!...Atinaba tan sólo a repetir ella, mientras (...) hallábase de pie junto al catre la partera (...) mudo, y como ajeno al cuadro que

presenciaban sus ojos, dejóse estar el hombre, inmóvil un instante. Luego, arrugando el entrecejo y barbotando una blasfemia, volvió la espalda, echó mano de una caja de herramientas, alzó un banco, y sentado junto a la puerta, afuera, púsose a trabajar tranquilamente (Cambaceres, 2014: 2).

Por mucho empeño que ponga, los intentos de Genaro por diferenciarse de su padre son infructuosos. La apatía, la incapacidad de sentir algo más que sentimientos negativos o directamente apáticos, también se encuentra presente en el hijo del migrante.

Pasado el primer momento de doloroso estupor, de susto, algo claro y distinto se acusaba, sin embargo, en él, **surgía netamente de lo íntimo de su corazón y de su alma: una completa indiferencia**, una falta, una ausencia absoluta de pesar, de sentimiento en presencia del cadáver de su padre (Cambaceres, 2014: 11).

La adjudicación de comportamientos incivilizados, de bajo nivel de raciocinio o al menos lejanos a los códigos nativos, no se encuentra ausente en la caracterización realizada por docentes y directivos. La grotesca y recurrente apelación a metáforas animales como las empleadas por los autores citados resultaría inadmisibles y condenables en sus discursos, más allá del ejemplo que presentamos a continuación. Sin embargo, sí pervive cierta idea de que entre los migrantes es posible hallar actitudes primitivas, donde la diferencia se presenta de un modo tan radical que pareciera remitir a otra naturaleza.

Tenemos un nene, por ejemplo, de familia paraguaya, hoy en primer grado que es...no te puedo explicar lo que es esta criatura (...) **es como un animalito, es algo que me llama poderosamente la atención, la conducta que tiene esta criatura**, que debe estar, pero no es porque es paraguayo, es por cómo vive él con esa mamá, con esa abuela, con esos hermanos, en esa casa, o sea tiene que ver con su historia personal, yo no lo atribuyo al origen digamos, sino a condiciones de su entorno, eso sí es muy determinante para los chicos (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Pero es particular, puramente personal (...) **no puedo entender que sean tan lentos** en algunas cosas, no; para responder, para entender, para preguntarte algo, ¿no?, en una clase yo tengo muchos en el colegio técnico, que son muchos chicos bolivianos acá del Abasto y claro son un grupo de 25 chicos donde tenés 5 o 6 que son bolivianos, y comparado con otros que son unos sátrapas, cualquier cosa; como que estos están siempre demasiado calmos, ¿no? Demasiado introvertidos, esa es la palabra, entonces como que a mí me cuesta vincularme con esa actitud, con esa personalidad en general, no...muy introvertidas, muy calladas, a mí me cuesta particularmente (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

-Sí, hay chicos coreanos o porteños también lentos en comprensión (...) pero por ahí, la mamá cuando le hablás te sigue más la conversación

- Entre las características generales, son más observadores que digamos, activos participativos. Ellos miran todo, pero...

- Estos chicos, por lo que yo veo observando, adquieren el conocimiento a partir de las actividades manuales (...) Más motrices que intelectuales (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

El deficiente desarrollo intelectual, los atributos de animalidad, la falta de raciocinio e incivilidad, la lentitud, la tendencia a desempeñarse con más eficacias en actividades manuales que en aquellas consideradas intelectuales, ubican al migrante fuera del campo de lo humano y al mismo tiempo lo vinculan a la desviación, los vicios, la promiscuidad, condiciones asociadas a su medio cotidiano. Se trata de toda una serie de atributos que pueden describirse como la *perversión del medio migrante* en tanto espacio anormal y naturalmente diferente al nativo.

Y empezó entonces para Genaro la vida andariega del pilluelo, la existencia errante, sin freno ni control, del muchacho callejero, avezado, **hecho desde chico a toda la perversión baja y brutal del medio en que se educa** (Cambaceres, 2014: 4).

Como murciélagos que ganan el refugio de sus nichos, a dormir, a jugar, antes que acabara el sueño por rendirlos, tirábanse en fin acá y allá, por los rincones. **Jugaban a los hombres y las mujeres; hacían de ellos los más grandes, de ellas los más pequeños, y, como en un manto de vergüenza, envueltos entre tinieblas, contagiados por el veneno del vicio hasta lo íntimo del alma**, de a dos por el suelo, revolcándose se ensayaban en imitar el ejemplo de sus padres, parodiaban las escenas de los cuartos redondos de conventillo con todos los secretos refinamientos de una precoz y ya profunda corrupción (Cambaceres, 2014: 5).

De modo análogo, los docentes y directivos suelen referir que existen determinadas condiciones de habitabilidad o costumbres que son propias de determinadas colectividades.

-Son más tímidos también, ¿viste?

- Ellos como que se aíslan.

- Lo que pasa es que ese tipo de comunidades son de aislarse

- Entonces el chico es el reflejo de ...

- Si, son todos entre ellos, se juntan entre ellos, siempre también...

- Porque muchos viven juntos.

- A mí un amigo me contaba que, bueno, vivían en una pieza las tías, los primos... (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Así es como situaciones tales como la violencia de género, el machismo, el alcoholismo y la promiscuidad son señaladas como *típicas* de determinados medios migrantes, caracterizados como perversos y violentos. Sus integrantes, por lo tanto, quedan atrapados en esa perversión que de algún modo determina sus comportamientos.

Pero bueno quizás hay otros rasgos que quizás tienen que ver con el alcoholismo, con el trato a las mujeres, entonces también las familias quedan como desagregadas o sea...pero a veces a mí lo que me llamaba la atención era que...por ejemplo de Retiro, de la 1/11/14, uno ve la villa y dice ¿realmente estas mejor que en tu país? y la respuesta que te dan es “sí” (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Lo que se observa en las familias bolivianas (...) la violencia que hay hacia la mujer es muy marcada, con respecto a la bebida viste, los papás toman mucho en el fin de semana, y hay distintos episodios, por ahí una fiesta, los chicos a veces te cuentan, cuando empezó el cumpleaños todo lindo y después mis tías se pelearon, mi papá se emborrachó. Qué se yo, cosas que tienen que ver muchas veces con la bebida en los hombres y bueno ¿influye en todo no? Eso está presente, y son golpeadas las mujeres también, de ambas, paraguayas también, de ambas comunidades manifiestan agresiones... (Directora de escuela primaria estatal de gestión pública).

9.1.2 El rastro étnico

En consonancia con la idea de correspondencia entre origen migratorio y comportamiento, el rastro étnico, en tanto subcategoría, remite a ciertos atributos del migrante —que pueden ser físicos, pero principalmente actitudinales, de desempeño, de costumbres y tradiciones— que se asocian directamente a su pertenencia étnica, funcionando como estigmas de origen. Al margen de las diferencias que pueden observarse, resulta llamativo el poder asignado al origen étnico y nacional a la hora de imprimir características distintivas, tanto en los discursos como en las representaciones sociales. Este rastro étnico, como veremos, funciona como criterio de distinción a partir de la “diferencia cultural” (no fundado en una diferencia de *naturaleza*) y también como elemento a partir del cual se pretende incorporar al migrante a la comunidad nacional.

Ramos Mejía, en su descripción de lo que él denomina el *tipo mediterráneo*, dirá que, en oposición al hombre de las multitudes nativas, este tiene

la tranquila invasión del mediterráneo cauteloso y tranquilo (...) Más tolerante y reposado, reflexivo y lento en la asimilación, pero tal vez más seguro en la producción sin brillo de su pensamiento, tiene, sin embargo, mayor receptividad para las idolatrías personales, lo que revela predominio de la superstición (Ramos Mejía, 1899: 286).

Es decir, el autor adjudica ciertas características del migrante (su ser imperturbable, su lentitud, su poca capacidad intelectual) a su procedencia mediterránea.

En las representaciones sociales, de un modo análogo, hallamos que el poder que porta el peruano, y que le brinda la capacidad de imponer sus condiciones, proviene de su ascendencia inca.

Son más extrovertidos, son más fuertes. Su cultura es más poderosa. **El peruano tiene al inca atrás**, tiene una tradición de poder, es más antiguo (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Rojas, por su parte, observa con recelo la instalación de escuelas hebreas en la Argentina pues las considera capaces de sembrar el *germen semita*, obstaculizando la argentinización del hijo del inmigrante judío.

El peligro de las escuelas hebreas reside en que al traer sus fanatismos **nos traen el germen de una cuestión semítica que felizmente no existía aquí por no existir el judío**; pero que existirá apenas el hijo criollo del inmigrante semita prefiera ser judío, en vez de ser argentino en completa comunión con el pueblo y el suelo donde naciera (Rojas, 2011: 214).

Así como la ascendencia inca imprime en el peruano fortaleza, en contraposición, el lamento del migrante boliviano actúa como una huella perenne de su cultura.

Los bolivianos te reclaman con angustia, de mucho cuidado, como sufriendo... Tiene que ver con el lamento boliviano (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

- Y, los bolivianos o los peruanos son más... más quedados.
- son sumisos (...) callados.
- la comunidad boliviana es muy sufrida.
- muy, muy, los peruanos son muy sumisos, terriblemente, terriblemente sumisos.
- Pero más el boliviano (...) el boliviano ni habla (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Todas las características son adjudicadas a la propia sustancia del migrante, y no producto de determinadas configuraciones vinculares, o incluso percepciones desde la sociedad receptora. De hecho, como aquí puede observarse, la figura del peruano es caracterizada de modo completamente contradictorio en una y otra cita. Esto da cuenta de la arbitrariedad de aquella clasificación.

Con la *superioridad oriental*, imagen recurrente entre los docentes y directivos, sucede algo similar

Tienen un coeficiente muy elevado, por lo menos los que tuvimos eran chicos de padres comerciantes y sabían muchísimo de números entonces cuando había temas de matemáticas, bárbaro (...) La idea de la educación en oriente es como que tiene un lugar de privilegio, la educación de ellos, pero bueno (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Aún relacionada con la educación y cultura en su país de origen, o con la actividad productiva principal que la comunidad lleva adelante en la Argentina, no deja de existir una idea de que es la *raza amarilla*, y los atributos que de ella se desprenden, la responsable de imprimir determinadas

características en su portador, tales como la inteligencia, el buen desempeño en operaciones matemáticas y la rapidez mental.

Este rastro étnico también se vislumbra en una adjudicación a los migrantes de atributos que corresponden a situaciones personales e individuales (higiene, capacidad de interacción con otros, capacidad de negociación) como si estas características estuviesen dadas por la pertenencia a un país determinado y no respondiesen a cuestiones contingentes.

En limpieza, por ejemplo, vos los ves higiénicamente, por ejemplo, el chico o la chica boliviana es mucho más limpia, la ropa que lleva que el peruano; el peruano te cae que ¡mamma mía!, te podés llegar a morirte de cómo se presenta él, es decir, son, son distintos, son muy distintos (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

El señalamiento de rasgos fisonómicos, principalmente asociados a la negritud y la indigenidad, se presentan, en tanto rastro étnico, como elementos distintivo capaz de alterar la comunicación y el vínculo intercultural.

El dominicano que tenemos, no lo conocemos tanto, pero bueno se ha adaptado bien a pesar de que es morocho, **viste que puede ser un rasgo**...el otro día también vinieron a pedir vacante unos nenes dominicanos con su mamá, recién llegados, y no le pudimos dar porque tenemos completo...muy morochos y están apareciendo, así como más en las escuelas ahora, **no sé qué va a traer la piel tan distinta ¿no? en cuanto a lo vincular**. Acá, con el que nos llegó por ahora está todo perfecto, no ha habido ningún problema de rechazo, **ni de quejas de él**, ni o sea no ha habido todavía nada, por ahora, esperemos que siga así, como que ha sido bien recibido en sexto grado (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Si bien en este ejemplo el rastro étnico es señalado con preocupación, debido a la posibilidad de que origine situaciones de discriminación, es interesante observar cómo la diferencia física (la negritud, en este caso), es considerada potencial generadora de conflicto.

Tal como señalamos, el rastro étnico remite a características (positivas, negativas, diferenciales) que el origen imprime al migrante externo. En las representaciones sociales de docentes y directivos, estas no suelen asociarse a una cuestión racial en el sentido de tradicional del concepto, es decir, en tanto diferencia en la estructura biológica, sino que, como veremos a continuación, se atribuyen a costumbres y tradiciones, a las denominadas “diferencias culturales” (Wieviorka, 2002). Este intento de despegar el concepto de raza de aquel significado es hallable hasta en el propio Ingenieros quien, al explicar el motivo de la superioridad de la raza blanca, señala:

Nada más ajeno a nuestras ideas que atribuir caracteres antropométricos especiales a las nuevas variedades americanas de las razas blancas; movería a risa a quien pretendiera medir con

escuadra y compás estas variaciones sociológicas que ocurren en un siglo, pues sólo podrían modificar la estructura del esqueleto individual en series de siglos. En suma: hablamos de "raza" para caracterizar una sociedad homogénea cuyas costumbres e ideales permiten diferenciarla de otras que coexisten con ella en el tiempo y la limitan en el espacio (Ingenieros, 1946: 436).

El autor, pese a enfatizar todas las razones por las cuales la raza blanca emergente en América resulta superior y se erige en estandarte del progreso y la civilización, indica que esta superioridad se debe a distintos grados de evolución y a costumbres, tradiciones e ideas que esta evolución diferencial ha engendrado, descartando que responda a diferentes constituciones genéticas. Es decir, aún sin considerar que el medio físico engendre características antropométricas diferenciales en los sujetos, no deja de afirmar que la raza blanca es superior en tanto la adaptación al medio físico es capaz de generar diferentes tradiciones, costumbres e instituciones sociales.

No obstante, actualmente aún perviven nociones vinculadas a que el medio físico es capaz de actuar directa y automáticamente sobre la constitución orgánica de los seres humanos, imprimiendo caracteres diferenciales.

Creo que por ahí los bolivianos tienen una cuestión de que porque viven en la altura y demás por eso son más petisos, tiene la cabeza más ancha, más redonda, son características físicas, pero después mentalmente todos tenemos la misma estructura mental (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

9.1.2.1 *“Es la forma de ser de ellos”. La ajenidad migrante a partir de la diferencia cultural*

Hemos señalado que el rastro étnico es capaz de actuar como criterio de clasificación de poblaciones a partir de lo que se denomina la “diferencia cultural”. En un contexto en el que las expresiones racistas clásicas resultan públicamente repudiadas, especialmente en las instituciones, es posible observar la mutación del prejuicio hacia formas más sutiles y veladas. En ese sentido, se advierte cómo, con el objetivo de desunir el señalamiento de la diferencia del migrante de aspectos raciales, la apelación a la etnicidad (Wieviorka, 2002) —en reemplazo de la raza— también coadyuva en la demarcación de una frontera insalvable entre “nosotros” y “otros”. Esto sucede cuando la diferencia cultural que se suele marcar sobre el otro (diferencias en cuanto a tradiciones, costumbres, idioma) termina remitiendo, aunque de modo velado, a la idea de naturaleza y raza, justificando su tratamiento diferencial. De manera tal que esta diferencia cultural da lugar a un racismo diferencialista (Wieviorka, 2014) que, en su mismo proceso de naturalización de las diferencias, tiende a radicalizarlas agravando los procesos de desigualdad social.

Esta diferencia cultural se expresa principalmente a través de una distancia en los códigos que unos y otros emplean en la vida cotidiana, produciéndose una comunicación imposible *entre culturas*.

Yo trabajaba con un coreano y estaba re mal, se puso a llorar. Todo un disgusto porque había nacido una nena. Porque si el primer hijo es una nena, es lo peor que le puede pasar a los coreanos. Es un castigo. O sea, le dan el pésame. **Entonces esas actitudes no las entendemos. Es la forma de ser de ellos** (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

Sí, es como que a ellos les cuesta. Quizás ellos no han tenido el acceso, no entienden el mecanismo. **No manejan códigos de escuela** porque ellos no fueron a la escuela. Es como que vienen a darle acá a sus hijos lo que ellos no tuvieron. Vos hablás con ellos y al mismo tiempo les estás enseñando, pero muchas veces les hablás y no te entienden (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

El límite a partir del cual una diferencia es considerada sinónimo de inferioridad es sumamente lábil. La referida inconmensurabilidad de los códigos y la imposibilidad de la comunicación fundada en costumbres y tradiciones propios del país de origen, termina las más de las veces haciendo que la diferencia sea leída como desigualdad. El migrante no solo es étnicamente diferente sino además inferior y su defectuoso código está subordinado al código nacional.

De ese modo, aquella desigualdad suele justificarse a partir de esta diferencia cultural, traduciéndose usualmente en una jerarquización, pero señalando que es la misma diferencia que porta el migrante la que engendra su dificultad y su carencia.

No entienden, no escriben bien. Todas las palabras mal, letra diferente, no te entienden cuando les hablas. Vos les decís "¿Me entendés?, ¿Necesitas que te de una ayuda?" **No saben decir que sí. No saben decir que no. No entienden. Es cultural** (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

El argentino es el que se lleva ocho materias porque "no estudié". Ese es el argentino. En cambio, el extranjero te escucha, **al boliviano vos le hablás y cabecea, entonces pensás que está entendiendo**. Tomás la prueba, una prueba re prolija con miles de dibujitos y la nota: un uno (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Esta reinterpretación de la diferencia a partir de la inferioridad no es novedosa. La imagen del migrante como incapaz e inferior intelectualmente también se halla presente en Cambaceres.

Pero no eran, sin embargo, ni la labor abrumadora del espíritu, ni las fatigas del cuerpo lo que más quebrantaba su organismo. Otra especie de sufrimiento, acentuando en él cada vez más sus **ingénitas tendencias**, sordamente lo minaba: **la emulación, la envidia, el despecho de reconocerse inferior a otros**. Dábase todo entero él al lleno de sus tareas, se mataba, se devanaba los sesos estudiando, pasaba entre sus libros la mitad de su existencia y ¿qué premio, qué recompensa, entretanto, conseguía? ¿qué ganaba, qué valía, él quién era? (Cambaceres, 2014: 32).

Quiso, desde luego, darse cuenta, seguir el curso de la lección, **hizo por comprender, para eso había ido él. Imposible**; por turno, a un llamado del maestro poniéndose de pie, hablaban los **otros una cáfila de cosas que él no entendía y que seguramente debían ser cosas en latín** (Cambaceres, 2014: 23).

De modo similar a lo expresado por los docentes, en la cita precedente, además de la incapacidad intelectual, la dificultad que experimenta Genaro se vincula a su desconocimiento de los códigos escolares. En ambos casos, puede vincularse con el carácter de la escuela como espacio destinado a la reproducción de un modelo cultural dominante (Bourdieu, 1998) con sus leyes propias de funcionamiento y donde no todo capital cultural tiene las mismas posibilidades de valorizarse.

En el caso de Cambaceres, la determinación que produce la herencia y el origen sitúan al protagonista en un plano radicalmente distinto del resto de sus compañeros nativos, los únicos verdaderamente llamados a formar parte del proyecto nacional.

Y era entretanto el libro como una puerta cerrada tras la cual se ocultara lo impalpable; eso que en vano su mente enardecida perseguía, eso que habría querido poseer, asir, dominar y que se le escapaba, se le iba (...) ¡Ah! ¡no ser él como eran otros que conocía! ¡Llenaban ésos la Universidad con sus nombres, no parecía sino que en ellos toda una generación se encarnara, **que el porvenir de la patria se cifrara sólo en ellos!** (Cambaceres, 2014: 33).

Sin embargo, Cambaceres atribuye al personaje el conocimiento de esta carencia y de su incapacidad para ser igual a los argentinos de *pura cepa*. Esto es lo que lo llevará a convertirse en un simulador. Y si en las representaciones sociales de docentes y directivos observamos recurrentemente la imagen de que la lentitud e incapacidad de comprensión del padre migrante se corrige de algún modo en sus hijos (profundizaremos sobre esto en el próximo apartado), en Cambaceres, por el contrario, estas *ingénitas tendencias* son imborrables. Existe para el autor una diferencia irreconciliable con la figura del migrante.

Ramos Mejía, por su parte, también considera al migrante externo como un ser inferior, portador incluso de rasgos infantiles.

Se divierte como un niño, porque lo es; aunque adulto por los años, su espíritu ha comenzado recién a vivir cuando sus alas, en despliegues sonoros de pájaro que recibe la fresca bendición del agua de lluvia en una tarde estival, ha sentido la influencia fogosa y estimulante de esta luz y de este cielo fuertemente perfumado por la libertad y el trabajo. ¡Y cómo contagia su alegría pantagruélica ese gringo que goza de la vida! ¡Cómo absorbe su caldo en la hora de la cena, en grandes sorbos ruidosos y aperitivos, sin dejar restos, ni ápices vergonzantes en la olla humeante y llena de la salud que le da la noble pobreza! (Ramos Mejía, 1899: 297).

Sin embargo, es muy distinta su expectativa con respecto a este actor social en tanto se trata de un organismo amorfo que puede ser transformado mediante el molde nacionalizador. De hecho, pareciera que su vida comienza recién cuando toca suelo argentino.

Si bien el análisis pretende observar de qué modo las nociones presentes en los discursos pueden hallarse en las representaciones sociales actuales, debemos separarnos por un momento de los autores en tanto ellos abocan sus esfuerzos a describir al migrante de ultramar, que en ese momento ocupaba el centro de sus atenciones, en sintonía con lo planteado por Briones (2004) a propósito del “crisol de razas” argentino surgido de la triangulación entre los signos indios, inmigrantes y criollos.

Los docentes y directivos, en cambio, se refieren fundamentalmente a los migrantes regionales, sobre todo a aquellos provenientes de países limítrofes y Perú desde la segunda mitad del siglo XX⁶. Es aquí donde cobran sentido los aportes de Quijano (2000) en torno a la colonialidad del poder y a la idea de raza como instrumento de dominación y clasificación de la población, con la consecuente definición de identidades subalternizadas. Hemos analizado el modo específico en que Argentina tramitó la heterogeneidad étnica, cultural y nacional, y cómo, desde una perspectiva eurocéntrica pretendidamente carente de marca étnica, se tendió a concebir la identidad nacional y el “ser nacional” como una variedad europea.

En función de esta perspectiva epistemológica que ha teñido nuestro vínculo intercultural con el resto de Latinoamérica, las características de los migrantes de esta región tienden a ser codificadas bajo la lógica de la raza, con la consecuente atribución de una racionalidad, una velocidad, un tiempo *distintos*, y por ende, de una jerarquización diferencial. Sin embargo, en estas representaciones sociales la raza, tal como hemos referido a propósito de las operaciones de la etnicidad, se mantiene velada e innominada (Segato, 2010).

A partir de esta jerarquización racial, la condición de migrante se convierte necesariamente en una desventaja, y todas sus diferencias son consideradas *carencias*.

No dije diferencia, dije carencia. Que la escuela anterior, o sea la primaria y/o la familia, son una base que no les alcanza para hacer un primer año, o sea, **lo que en otra escuela lo están enseñando en primero, acá lo están enseñando en tercero**. Yo ponía el tema de la cultura en

⁶ En sus representaciones sociales, la imagen espectral del migrante considerado *tradicional*, como veremos luego, funciona como parámetro a partir del cual evaluar al migrante actual.

el sentido anterior, pero en realidad no es falta de eso, sino es otra cosa, hay bolivianos, paraguayos, peruanos. Entonces, si voy a buscar riqueza cultural, por otro lado, la voy a encontrar. Pero a medias también, porque llega un momento en que tienes menos manejo del lenguaje, menos manejo de poder razonar, entonces también pierdes. **Lo tuvieron sus antepasados, pero ellos lo perdieron, más si salen de su país.** Entonces te encuentras con gente con quien hay que intentar re-traducir lo que uno cree que es castellano básico, lo tiene que hacer todavía más básico, y buscar ahí cómo siembra de a poco en el chico. Que como docentes no estamos preparados para dar, porque tenemos una didáctica media para gente más o menos con una base (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Este señalamiento de la condición de migrante como desventaja va a la par de una recurrencia en torno a la diferencia de nivel que implica. Desde esta óptica, los migrantes son distintos, lo que equivale a que no entienden, no saben, no hablan. Si no entienden, se debe a una falla en su capacidad de comprensión, a su lentitud y a su bajo nivel intelectual.

En general los chicos que yo tengo, los chilenos y el ecuatoriano, **se esfuerzan mucho pero no rinden ni la mitad** de los chicos, para sacarse un seis hacen el triple de esfuerzo, uno con la cuarta parte de eso un argentino se saca un ocho. Al chico le cuesta, yo veo que vienen con un nivel mucho más bajo de su país (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

La diferencia idiomática también se relaciona con una desventaja. Desconocer el idioma nacional se asocia directamente a no saber hablar.

-Y entonces, en todo caso ustedes, como educadores, con los nenes en el patio, en el aula, en la tarea diaria, ¿cuáles son las cosas que más les cuesta lograr con los nenes extranjeros?

-Sacarle el acentito que pueda tener...

- No, la redacción (...) pero horrores ortográficos, en naturales, por ejemplo, te mezclan "biósfera": "vió", con "v", separado, "esfera", vos no sabés que te quiso poner "biósfera." **El tema de no saber hablar implica no saber escribir**, o para explicar o armar lo escrito (...) **Entienden el idioma coloquial.** (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Pese a la aclaración precedente, la referencia a Ingenieros resulta ineludible. En su obra abundan los ejemplos de una concepción eurocéntrica de vínculos interculturales. El autor asigna a los indios y negros —actores residuales que se encuentran camino a la extinción— un status de extranjería que los ubica en un espacio ajeno a la identidad nacional.

La segunda variedad (la variedad mestizada), componía la masa numéricamente mayor de casi todos los núcleos urbanos y la totalidad de la población de las campañas. Su espíritu era un derivado sui-generis de los elementos hispánicos e indígenas que se habían refundido para formarlo; era "colonial" en una palabra. (...) Los mestizos estaban de hecho excluidos de la vida civil. Al sobrevenir las guerras de la independencia, sus patrones los utilizaron para componer los ejércitos; muchas veces lucharon contra los "realistas" y algunas contra los "insurrectos" (...) Representan, en conjunto, la sociedad "gaucha" con espíritu "colonial" o hispano-americano (semejante a la que aun predomina en mucha parte de la América

intertropical) esencialmente distinta de la sociedad "argentina" con espíritu "europeo" o euroamericano (...) Las razas autóctonas (...) permanecieron absolutamente extrañas a la nueva nacionalidad de los argentinos: los indios no desearon la independencia, ni tuvieron noticia de su advenimiento (Ingenieros, 1946: 454).

9.1.2.2 “Cada uno puede aportar lo mejor de sí”. Folclorización de la diferencia

Entre las múltiples transformaciones que ha experimentado la caracterización de la figura del migrante externo a lo largo de la historia, el escenario actual implica una configuración específica y relativamente novedosa. A la par de la definición del vínculo intercultural como conflictivo y de la migración como problema a gestionar, asistimos a la emergencia y amplia extensión en el mundo occidental de un discurso multiculturalista que aboga por la tolerancia y el respeto a la diversidad cultural, repudiando la discriminación basada en aquellas diferencias. Este multiculturalismo liberal —que Wieviorka (2003) llama “estallado”— tiende a destacar únicamente las diferencias culturales invisibilizando las socioeconómicas, y “separa el tratamiento de la diferencia cultural del de las desigualdades sociales” (p. 29). El reconocimiento de la diversidad, en ese contexto, se transforma simplemente en un enunciado grandilocuente en tanto el entramado económico y sociopolítico subyacente permanece velado.

El rastro étnico, por lo tanto, también se halla presente en aquellas representaciones sociales que proponen integrar la diversidad *a partir* de esta diferencia cultural y desde un enfoque multiculturalista que concibe a las culturas como entidades homogéneas, preestablecidas, cuyo contenido y costumbres pueden ser claramente delimitados. De este modo, las identidades (y las otredades) se representan en tanto objetos cerrados, inmutables, reforzando la sensación de ajenidad y contribuyendo a la reproducción de prejuicios y estereotipos una de cuyas consecuencias es la imposibilidad de generar un diálogo verdaderamente intercultural, donde las identidades sean reconocidas en su pluralidad, mutación y dinamismo.

En ese sentido, dentro de esta lógica multicultural y aún bajo el paraguas de la categoría de *la ajenidad migrante*, la folclorización de la diferencia remite a un tipo de caracterización de la figura del migrante que tiende a revestirse de un discurso de corrección política, que, en aras de lograr una convivencia armónica, pacífica y basada en la no discriminación, concibe al migrante como un

otro distinguible a partir de determinados elementos folclóricos relacionados a su pertenencia étnica.

Toda caracterización estigmatizante requiere de la expropiación de los atributos individuales y la asignación de atributos del colectivo, el sujeto “desaparece” como individuo y se resignifica como nacionalidad o etnia. Para ello es necesario objetivar al colectivo, considerarlo como unidad homogénea sin posibilidad de interpretación alguna, con existencia propia independientemente de cómo se lo conozca o como se suponga que es (Cohen, 2014).

Duschatzky y Skliar (2000) se valen de la imagen “los otros como sujetos plenos de una marca cultural” (p. 40) para referir a este mecanismo y a una de las formas que adquiere el discurso sobre la diversidad en la actualidad. Este remite a “una entrada folklórica —caracterizada por un recorrido turístico de costumbres— y escolarizada que convierte a la diversidad cultural en una efeméride que engrosa la lista de los festejos escolares” (p. 43). En las representaciones sociales de docentes y directivos, los intentos por incluir la diversidad en el aula y reconocer la otredad tienden a realizarse de un modo que folcloriza y exotiza la diferencia. Aun enfatizando la intención de incluir y valorar todas las culturas, se observa, por un lado, una explicación de toda diferencia a partir de aspectos culturales y étnicos distintivos del grupo de pertenencia del individuo, y por otro, una tendencia a definir a los individuos que portan este rastro étnico siempre a partir de aquellas características culturales. Esta mirada anodina refuerza la invisibilización del conflicto que subyace al vínculo intercultural, y a las relaciones de poder que las hicieron posibles (Díaz Polanco, 2006; Žižek, 2008; García Canclini, 2006).

Cada uno puede aportar lo mejor de sí. Y hay culturas donde la música es muy fuerte. Los bailes, los colores. Por ejemplo, yo decía, por qué...veía nenas muy adornadas, hace muchos años ¿no? con cosas muy grandes, semillas muy grandes, mucho color, mucha puntilla, que no era la moda. Bueno, cuando empecé a investigar un poco de la cultura boliviana, son absolutamente ostentosos con los colores y la decoración. Dije “ahí está. Ahí está la explicación”. Pero ves...desde este lugar. Y el conocer hace que uno forme juicio y si te queda algún prejuicio que uno puede portarlo lo destruye el conocer al otro, el estar con el otro (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Mientras que la multiculturalidad propone la aceptación de lo heterogéneo sin detenerse en los criterios según los cuales las diferencias son clasificadas y ordenadas en una jerarquía, la interculturalidad analiza la diversidad cultural teniendo en cuenta las desigualdades sociales, económicas y políticas y el acceso diferencial a derechos que estas generan. La interculturalidad, señala García Canclini (2006) refiere “a la confrontación y el entrelazamiento, a lo que sucede cuando los grupos entran en relaciones e intercambios (...) implica que los diferentes son lo que

son en relaciones de negociación, conflicto y préstamos recíprocos” (p. 14). La multiculturalidad, por el contrario, tiende a negar la conflictividad subyacente partiendo del supuesto de una convivencia simétrica e igualitaria entre culturas diversas (Diez, 2004).

La caracterización del migrante que privilegia los elementos folclóricos, donde se lo vincula a artesanías, danzas y comidas “típicas”, termina constituyendo identidades reificadas en sus contenidos, que no respetan su forma particular de “ser diverso”, y que sustituyen a los sujetos históricos auténticos (Segato, 2007) quitándoles la posibilidad de construir sus propias narrativas (Duschatzky y Skliar, 2000).

Vamos a hacer una fiesta de las colectividades, ósea, vamos a traer comidas típicas (...) ya viene un grupo de caporales a bailar, ya tenemos folklore para lo nuestro, y vamos a ver si traemos un grupo peruano, a tocar o a cantar. Como para, **estar esto de la diversidad toda junta en un acto escolar** (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Imágenes de este tipo refuerzan la idea de que es posible una convivencia idílica entre culturas mientras se *tolere* la diversidad y se repudie la discriminación; una coexistencia donde todos los componentes de este *mosaico* tengan igual poder y capacidad de imprimir sus características a la identidad nacional. Esta tolerancia, no obstante, suele estar supeditada a que la diferencias de estos “otros” no perturben la “normalidad” y el orden de la sociedad receptora.

De este modo, no se trata de un discurso que realmente aboga por un reconocimiento y una gestión antidiscriminatoria de la diversidad, sino que los elementos históricos que conforman el código mediante el cual se interpreta la diversidad étnica y nacional continúan latentes y gozan de buena salud. El migrante externo sigue siendo clasificado en base a etiquetas dispuestas por la sociedad receptora, que interpreta las desigualdades fruto de las asimetrías en las que están fundadas las relaciones interculturales como diferencias que emanan de su misma etnicidad, desligando de responsabilidades a quienes producen la etiqueta, y donde las referencias a la cultura actúan como “sustitutos eufemísticos, suavizados, de la inequidad socioeconómica, como si la diversidad, y no la jerarquía, fuera el aspecto central” (Díaz Polanco, 2006: 174)

Es importante mencionar que si bien este reconocimiento del migrante a partir de sus rasgos folclóricos resulta recurrente, también es posible hallar, en los relatos de docentes y directivos, una mirada distinta que reconoce la conflictividad en la construcción de la otredad y el lugar de la escuela en la perpetuación de determinadas relaciones de desigualdad y dominación, al mismo

tiempo que intenciones propositivas de construir un auténtico vínculo intercultural (Novaro, 2006) donde el migrante participe a partir de su condición —es decir, más allá del intento asimilacionista— en tanto sujeto con capacidad de agencia y de formar parte de la definición de un nosotros colectivo.

Creo que igual es muy difícil generalizar, yo estos años de trabajo pasé por diferentes escuelas, y considero que cada escuela tiene un código institucional que va más allá de los factores institucionales, más allá de los maestros, de los directivos y quienes formen parte de esa institución y hay escuelas que son expulsivas y otras escuelas que intentan incluir, o sea, integrar y me parece que bueno, aquellas escuelas que intentan integrar es como que buscan estrategias realmente de integración donde por ejemplo se atiende a la diversidad cultural haciendo trabajos, por ejemplo, donde los chicos o los padres puedan relatar sus experiencias que tengan que ver con la diversidad cultural y hay verdaderamente una valorización de la cultura diferente, pero hay otras escuelas donde realmente lo que se espera es que los chicos no entren a la escuela (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

9.1.3 Uno de nosotros (nunca será): el amigo a prueba

Sea por diferencias fundadas en la naturaleza o en la cultura, la ajenidad del migrante externo nunca deja de advertirse para recordarnos que no se trata de un participante auténtico y natural de la comunidad nacional. Bauman (1998) señala que en las sociedades modernas el extranjero se encuentra en el lugar de lo indeterminado pues pone en jaque las lógicas de sociabilidad típicas del Estado moderno, donde se es “amigo” o “enemigo”. El extranjero, con su ambivalencia, mina esta clasificación, no es amigo ni enemigo.

Su indeterminación es su potencia, ya que no son nada, pueden ser todo. Arruinan el poder establecido. Las oposiciones proporcionan conocimiento y acción, los innombrables las paralizan, los innombrables exponen brutalmente el artificio, la fragilidad, lo postizo de las separaciones más vitales (p. 96).

Si el migrante es integrado, por lo tanto, nunca pasará a ser un “amigo” completamente legítimo. Siempre será un *amigo a prueba* y en permanente verificación. Su esfuerzo no tiene fin. Sus orígenes equivocados harán que sobre él gravite siempre una desconfianza.

Esta caracterización encuentra uno de sus fundamentos en el vínculo no natural y ajeno del migrante respecto a la comunidad nacional a la que arriba, por lo que su aceptación será siempre provisoria, y supeditada a cuán funcional resulte para la sociedad receptora, como veremos en la categoría “el migrante como instrumento”. Tal como señala Bauman, el “examen de admisión” al que se enfrenta al migrante nunca es definitivo, en tanto es el mismo migrante quien no deja de

exponer señales que nos alertan sobre su no naturalidad y reafirman la necesidad de estar alertas ante su presencia.

A continuación, presentamos tres propiedades que permiten precisar la subcategoría *amigo a prueba* y comprender cómo se expresa, tanto en los discursos como en las representaciones sociales, esta mirada esencialista sobre el migrante externo que lo considera portador de rasgos inmutables. Nos referimos a la *inmutabilidad de la esencia migrante*, la *dudosa lealtad del migrante* y la figura del *invasor*.

9.1.3.1 Inmutabilidad de la esencia migrante

La inmutabilidad de su esencia se observa tanto en la figura del migrante como en su descendencia. Esto es claramente identificable en el modo en que Cambaceres concibe a Genaro Piazza, en quien la fatalidad producto del origen gravitará a lo largo de toda su vida impidiéndole el cambio y el escape de su condición de nacimiento. Por un lado, la herencia biológica, la transferencia genética y las marcas de origen familiar actúan como estigmas que, de modo similar a aquellos provenientes del medio que mencionamos anteriormente, explican y predicen sus comportamientos futuros.

Lastimado, agriado, exacerbado a la larga, esa broma pueril e irreflexiva, esa inocente burla de chiquillos, había concluido, sin embargo (...) por determinar un profundo cambio en Genaro, por remover **todos los gérmenes malsanos que fermentaban en él**. Y víctima de las **sugestiones imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria, del patrimonio de la raza que fatalmente con la vida, al ver la luz, le fuera transmitido**, las malas, las bajas pasiones de la humanidad hicieron de pronto explosión en su alma (Cambaceres, 2014: 29).

En Ramos Mejía, por su parte, existe un constante juego entre la idea de esencia y de transformación. Así es como en la caracterización de los tipos evolutivos vemos cómo la instrucción, en el caso del guarango, o el dinero en el caso del canalla, no completan la mutación y eliminación de determinados rasgos atávicos. El guarango, señala el autor, es

... uno de esos vertebrados que en épocas remotas buscaran con curiosidad los sociólogos del porvenir, para establecer el encadenamiento de los tipos sucesivos de nuestra evolución (...) En música, tiene los atavismos del organito que manejaron sus padres en la miseria (...) Ese cerebro anheloso, pero todavía estrecho, trae a la vida social la impregnación viva de todas las sensaciones visuales, auditivas y morales que los abolengos almacenaron durante la gestación, entre los rumores del maizal verde obscuro excesivo, los olores violentos de la parva fermentada y la ruminación nocturna de sus proyectos tiránicos de ahorro, parecidos a escaceces y pasados á miseria (...) Lo que en materia de gusto y de arte se le ocurre a un guarango, sólo un invertido puede pensarlo. Verdad es que este último es un enfermo, y el

primero un primitivo (...) Ha recibido las bendiciones de la instrucción en la forma habitual de inyecciones universitarias, pero es un mendicante de la cultura; su corteza aún demasiado áspera por su proximidad al patán, su abolengo inmediato, resiste el *vernissage* que debe hacer el hogar de tradición, y a falta de él la cultura universitaria, cuando no es simplemente profesional y utilitaria como la nuestra (Ramos Mejía, 1899: 304).

El canalla, por su parte

...es el guarango que ha trepado por la escalera del buen vestir o del dinero pero con el alma todavía llena de atavismos (...) A través de la larga domesticación que en él ha experimentado la bestia, hay algo que escapa a la acción del tiempo y de la instrucción, algo que queda permanentemente en su alma (...) como esos órganos que al estado rudimentario persisten en el organismo del hombre, recordándole su pasado zoológico (...) así persisten en ciertos hombres hábitos y procederes morales que revelan inmediatamente el alma canallesca que les ha dado el ser (Ramos Mejía, 1899: 307).

No obstante, resulta radical la diferencia entre uno y otro autor. A pesar de que determinados atavismos sean imborrables, para Ramos Mejía el migrante es un ser modificable y fundamentalmente susceptible de ser domesticado para convertirse en un miembro útil y dócil de la nacionalidad en construcción. En cuanto a su descendencia, si Rojas y Ramos Mejía consideran que la educación nacional y la fuerza del medio son capaces de argentinizar al hijo del migrante, para Cambaceres, por el contrario, el hijo del napolitano es irremediablemente migrante, o al menos, distinto a los nativos.

La negra perspectiva del porvenir que se forjaba, la idea de que no llegaría jamás a cambiar su situación, de que sería eterna su vergüenza, la humillación que día a día le hacían sufrir sus condiscípulos, de que siempre, a todas partes llevaría, como una nota de infamia, estampado en la frente **el sello de su origen**, llenaban su alma de despecho, su corazón de amargura (Cambaceres, 2014: 30).

En las representaciones sociales de docentes y directivos podemos observar cómo el origen étnico y nacional imprime características que se transmiten intergeneracionalmente, actuando como una huella indeleble, aún en aquellos hijos de migrantes nacidos en territorio argentino, pero en quienes la cultura familiar y de origen determina sus características y extrapola las características de sus progenitores

Porque yo es uno de los relevamientos que hago, pero en general los chicos, la mayoría argentinos. Puedo tener muy poquitos extranjeros. Hijos. Pero no así las familias, **porque uno dice: “Ah sí, son todos argentinos”. Pero, a ver...sus costumbres, su cultura, su forma de vincularse es...de los paraguayos, de la comunidad peruana** (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Acá [en la escuela] de la población que vino un 90% son hijos de paraguayos (...) si bien es cierto que los chicos en su mayoría son argentinos, pero hay un porcentaje importante de chicos

paraguayos. Esencialmente la comunidad...que se yo...vos le preguntas también por el guaraní, porque si no son ellos, los padres hablan en guaraní y así. Bueno es ese el origen de la población (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

En función de esta caracterización, vemos cómo actúa el criterio de nacionalidad, donde un estudiante, a pesar de haber nacido en Argentina, es considerado migrante por las costumbres *de su comunidad*. Del mismo modo, Genaro, aun siendo argentino, no deja de ser el hijo “de un ente despreciable, de un napolitano desgraciado y ruin” (Cambaceres, 2014: 29).

La inmutabilidad de su esencia genera que todo intento por parte del migrante de dejar atrás el estigma de origen y formar parte en pie de igualdad de la comunidad esté predestinado al fracaso. Esta idea se relaciona con lo que Bauman (2006) denomina *el pecado de los orígenes equivocados*, vinculada a su vez a la noción de la *limpieza de sangre*.

La promesa de igualdad que espera al final del camino tortuoso y lleno de revueltas que conduce a la asimilación puede ser retirada en cualquier momento sin que se ofrezca ninguna explicación. Los que exigen el esfuerzo son también quienes están encargados de juzgar sus resultados, y es sabido que son jueces no sólo exigentes, sino también volubles (...) El pecado de los orígenes equivocados -el pecado original-puede rescatarse del olvido en cualquier momento y convertirse en un cargo contra los más conscientes y devotos de los «asimilados». El examen de admisión nunca es un examen final; no puede aprobarse de forma definitiva (Bauman, 2006: 90).

La noción limpieza de sangre, pese a no remitir a su acepción original, y aún sin ser empleada explícitamente desde las esferas de poder ni formar parte de un instrumento legal, puede ser rastreada en los imaginarios sociales como estrategia de exclusión en esta prueba de admisión nunca definitiva a la que se enfrenta el migrante. La misma ha dejado huellas en las representaciones sociales de la élite política e intelectual argentina en los periodos de consolidación del Estado Nación. En Cambaceres, la sangre (en el caso del migrante, impura) actúa como una mancha que tiñe y condiciona el futuro del joven Genaro. Mediante la narración de sus intentos por borrar su pasado, se demuestra que la condición de argentino no se adquiere; la diferencia, portada “en la sangre” impide el cambio.

En su texto “Limpieza de sangre en España. Un modelo de interpretación”, Hering Torres (2011), propone, tal como su nombre lo indica, un modelo interpretativo de la limpieza de sangre, rastreando los orígenes del concepto. En sus inicios, expone, se trató de una estrategia frente al denominado problema de los judíos conversos, para luego incluir a moriscos, musulmanes, y finalmente, luego de la conquista de América, a mulatos, mestizos, entre otros. Según el modelo

propuesto por el autor, la noción de “limpieza de sangre”, a los fines analíticos y hermenéuticos, puede ser concebida como una categoría histórica que, desde sus usos desde mediados de siglo XV hasta la época de la conquista, pasó por una connotación jurídica, hasta constituirse en discursiva, vinculándose principalmente al plano religioso, pero también al médico. La limpieza de sangre comienza a “biologizarse”. En América, además, los planos médico y religioso se complementarían con rasgos fenotípicos: calidad y color de la piel. De ese modo, un mecanismo empleado para señalar y segregar al neófito, comienza a utilizarse como modo de exclusión social legitimándose en factores fisonómicos.

De este modo, el peso que la herencia y el origen tienen sobre la constitución del migrante es tal que por más esfuerzo que haga, nunca podrá estar a la par del nativo. El tesón y todos los intentos por desligarse del pasado no evitan que imprevisiblemente estos caracteres hereditarios afloren. Las fuerzas de la naturaleza no pueden ser contrariadas.

Algo había pasado, algo había influido, asimismo, no dejaba íntimamente de comprenderlo, su manera de ser, su natural, su propia índole; se conocía él, tenía ese mérito siquiera, **le costaba deshacerse del dinero, era mezquino y ruin en el fondo, avaro como su padre**. Otra prenda que agregar a las prendas que lo adornaban, **otro bonito regalo que le había hecho el viejo**, otro presente más que agradecerle... ¡maldito...nunca, jamás podía acordarse de él sin odio, hasta sin asco! (Cambaceres, 2014: 66).

Una caracterización similar se presenta en Ramos Mejía cuando señala que la instrucción y el dinero no son suficientes para eliminar “ese olorcillo picante al establo” del guarango (p. 306). El origen equivocado siempre puede emerger, más allá de la posibilidad “domar” los impulsos genéticos y hasta incluso lograr que desaparezcan con el correr de las generaciones.

Resignificada bajo la retórica de la diferencia cultural, la convicción de que el nacimiento y el entorno determina el futuro comportamiento también se presenta en las representaciones sociales de los docentes cuando refieren que la escuela puede ejercer ciertas modificaciones, pero existen condiciones de origen que se mantienen inalterables.

El colegio no puede hacer muchas otras cosas que lo que trae cada familia. Si vos tenés un peruano labrador, el hijo va a hacer fuerza por salir. Y si es delincuente, el hijo será un delincuente (...) Si el chico trae madera, vos vas a pulir madera, pero una madera lustrosa. Si trae oro, vas a pulir oro y lo vas a convertir en un oro lustroso. Pero no vas a poder convertir la madera en oro (Docente escuela secundaria estatal de gestión pública).

9.1.3.2 Dudosa lealtad del migrante

Este examen permanente al que es sometido el migrante se fundamenta, como hemos visto, en su ajenidad y no naturalidad con respecto a la comunidad nacional, lo que implica que la sociedad receptora extienda sobre su figura, como estrategia de precaución, un manto de duda. El migrante ofrece señales que demuestran lo que Schütz (2002) ha denominado “la dudosa lealtad del forastero”, y que se relacionan, principalmente, con la obstinación por mantener la lealtad hacia su país de origen y hacia sus connacionales.

De ese modo, la *nostalgia por su país*, la *incapacidad de sentir la nacionalidad argentina*, el *desinterés por integrarse*, la *autoexclusión*, y la *insistencia por mantener sus costumbres e idioma* funcionan como señales ante las que es necesario permanecer alerta.

Si bien Rojas aboga por la asimilación del migrante, avizora un grave riesgo para la integridad nacional que los italianos mantengan su lealtad y amor a su nación de origen, como así también su idioma nativo. Este peligro se ve potenciado por la benevolencia de las autoridades argentinas ante el establecimiento de focos de *italianidad* en el país.

Más, la inmigración italiana, a pesar de sus excelencias étnicas, económicas, históricas y sociales, se ha convertido en un peligro por su cantidad, en enorme desproporción con el escaso núcleo nativo. El día que esa masa de hombres, hasta hoy dispersa, se concierte en movimientos orgánicos de italianidad, como ya se insinúan promovidos desde Italia por economistas y políticos, una grave crisis se habrá planteado para nosotros. Por medio de una sana educación oficial y de una restringida libertad de enseñanza, privada –o prohibición absoluta de escuelas coloniales– evitemos que la crisis pueda ser más grave y alistar en las filas del antinacionalismo a «criollos» educados en las escuelas de la italianidad. Observemos que ya se habla de convertirnos en un país bilingüe, restringiendo el campo del castellano, o haciéndolo a éste compartir su dominio, en detrimento del más significativo de nuestros dones históricos: el idioma, órgano mismo de la tradición (Rojas, 2011: 280).

La fidelidad al terruño implica, para Rojas, que el migrante que labre la tierra argentina lo haga sin sentimiento patrio.

No constituyen una nación, por cierto, muchedumbres cosmopolitas cosechando su trigo en la llanura que trabajaron sin amor. La nación es además la comunidad de esos hombres en la emoción del mismo territorio, en el culto de las mismas tradiciones, en el acento de la misma lengua, en el esfuerzo de los mismos destinos (Rojas, 2011: 219).

Esta incapacidad de comprender el significado de la patria llega al extremo en Cambaceres. Genaro es directamente un extraño, alguien imposibilitado de albergar sentimientos de amor por el país que ha recibido a sus padres y de reconocer las características que distinguen a este suelo y le otorgan su singularidad.

Se reía él cuando los oía hablar de patria a los otros, de patria y de patriotismo, decir con orgullo, llenándoseles la boca, que eran argentinos... ¿Qué más tenía ser argentino que cafre, haber nacido en Buenos Aires que en la China? (Cambaceres, 2014: 125).

Entre los entrevistados, por su parte, observamos que la nostalgia amorosa hacia la nación de origen no es evaluada de manera completamente negativa, pero sí percibida con cierto recelo.

Aunque hayan venido de chiquititos, de dos o tres años y ellos no se acuerdan de allá más que por los relatos familiares, **su corazón está puesto allá**, y te muestran en el mapa, porque yo nací y viví acá, y si vas de viaje andá a acá...El marketing que hacen. ¿Sabés por qué?, porque no perdieron las raíces de sus costumbres autóctonas, y nosotros las perdimos (...)

- Es positivo que hayan mantenido sus raíces y que las respeten

- Y que nosotros las perdimos. Y que nos usen” (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Yo lo que veo es que a todos estos, a todos, el país les da de comer, les da todo, pero ellos, su corazón, querida, **aunque hayan venido de chiquitos, su corazón está en la Madre Patria**. (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

La falta de respeto hacia la Argentina, la prueba de que su lealtad hacia el país no es completa, se evidencia aún más en su autoexclusión y desinterés por integrarse con la comunidad receptora.

Yo tengo alumnos bolivianos, coreanos, de otras nacionalidades y no he visto casos específicos de discriminación, lo que si he visto es que ellos mismos es como que no se relacionan con el resto, que quizás partiendo desde ellos que se mantienen aislados en su grupo, los coreanos se juntan entre ellos, los bolivianos se juntan entre ellos, y a veces uno, por ejemplo, los quiere poner a trabajar en grupo con otros para lograr integración (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

El aislamiento, en este caso, es atribuido a una preferencia de los migrantes por permanecer separados, incluso a un destrato hacia la nación que los recibe dado que no se esfuerzan por integrarse. Asimismo, su desconsideración por el castellano y la insistencia por mantener su idioma nativo es considerada una ofensa, como así también su intención de no deshacerse de sus costumbres.

-El coreano (...) con el asunto que no te entienden, o sea, porque de repente se vuelven...

- Y no se esfuerzan nada por entenderte.

- No les interesa. Eso que te hacen a vos de hablar en otro idioma, es una afrenta (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

-**Aferrado** a las tradiciones el paraguayo...

-No pierden la lengua propia.

-Mantienen el guaraní (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

La dudosa lealtad del migrante encierra otro peligro. Tal como señala Halperin Donghi (1976), “Cambaceres despierta la alarma en torno a la migración indicando la presencia en ellos de estigmas hereditarios que *pasan inadvertidos* para la sociedad receptora cuya generosidad y confianza impide tomar las precauciones necesarias” (p. 469). La inadvertencia de los rasgos negativos de los migrantes es central en este punto, y se relaciona con la posibilidad de que el migrante pueda ser un *simulador* y que uno de sus objetivos sea inmiscuirse en un espacio al que no pertenece. A lo largo de *En la sangre* son incontables las ocasiones en las que Genaro echa mano a su argucia para lograr sus cometidos. Así logra ingresar a la universidad, deshacerse de su madre enviándola a Italia y quedándose con su pequeña fortuna, y contraer matrimonio con una mujer perteneciente al patriciado criollo al que él tanto anhela pertenecer.

Ante todo, lo esencial para él eran las formas, la apariencia; andar paquete, pasearse de habano por la calle de la Florida y que no le faltaran nunca cincuenta pesos en el bolsillo con que poder comprar entrada y asiento para Colón. Lo demás, aunque tuviese que apretarse la barriga y comer en los bodegones y dormir en catre de lona, eso, ¡cómo había de ser!... ése era negocio suyo, allá se las compondría él... No había para qué andar mostrando la hilacha, sobre todo, dando indicios, haciéndolo saber, publicándolo a son de pitos y tambores (Cambaceres, 2014: 60).

Además de la intención de advenedizo, uno de los móviles de la simulación y el engaño es la envidia del migrante, que, dominado por el rencor hacia los argentinos, desea alcanzar su misma posición.

¡Oh! ¡mal habría podido disimulárselo! era que el espectáculo de aquella franca alegría, de aquella expansión sincera y sin dobleces entre amigos, en medio de un compañerismo exento de mezquindades y miserias, le hacía daño a él que respiraba el odio y la venganza, en cuyo corazón sentía sólo que la envidia, una baja rivalidad, una ruin emulación tenía cabida (Cambaceres, 2014: 53).

Genaro dispone estratégicamente todos los recursos con los que cuenta, la especulación, el engaño y la inescrupulosidad. Así demuestra que no solo conoce el código del país receptor, sino que además sabe emplearlo en su favor, manipulando a los nativos.

La cuestión, lo único esencial y positivo, **lo único práctico en la vida, era saber guardar las formas**, manejarse uno de manera a quedar siempre a cubierto, garantido, **a no dar a conocer el juego ni exponerse** (Cambaceres, 2014: 44).

La envidia también figura entre las motivaciones que docentes y directivos atribuyen a los migrantes, como así también su capacidad de simular y engañar al nativo empleando su supuesto no entendimiento del código y el idioma nacional para obtener beneficios y réditos económicos.

Los paraguayos tienen históricamente un gran resentimiento con la Argentina. No lo pueden superar eso. Un nivel socio cultural bajo, un nivel de educación. Son sucios (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

Ahora, otra característica de los...no sé si son chinos, coreanos, taiwaneses, es que, por ejemplo, a mí me ha pasado que han solicitado beca para el comedor. Y eran la mamá con los dos nenes. Pero estaban viviendo en la casa de la abuela y la abuela les pagaba la obra social de Swiss Medical. Y la abuela los venía a buscar con un Alfa Romero (...) Pero como que ellos están a la expectativa que si en el país se dan becas... (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

-En la otra cuadra tenía el supermercado coreano y ellos no pagaban. Entonces yo digo “¿cómo? Yo soy argentina y tengo todos los perjuicios y ellos que no son nativos tienen beneficios.”

-Ojo. Tienen un tiempo límite ellos para no pagar impuestos. Pero después, después ya tienen que pagar.

-Cuando vence ese tiempo límite cambian la razón social (...) Se llamaban Chan Kein y ahora se llaman Kein Chan (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

9.1.3.3 Invasor

Para concluir con el recorrido y análisis de la categoría central “La ajenidad migrante” y la subcategoría *amigo a prueba*, incorporamos la figura del invasor. Esta se relaciona, en primer lugar, con la idea de *aluvión* y *avalancha*, con la imagen de que la presencia es tan numerosa que cercena la posibilidad de control. En segundo lugar, con la idea del *migrante como competidor desleal por los recursos* y, por último, con la idea de que su presencia corrompe la identidad nacional, la *corrupción cosmopolita*, en palabras de Rojas. En conjunto, esta idea del migrante como invasor implica que nunca pertenecerá auténticamente a la comunidad nacional por lo que su presencia debe ser siempre advertida con desconfianza, o al menos con cautela. Si se decide integrarlo, es menester mantenerse alerta ante la posibilidad de que ocupen lugares naturalmente destinados a los nativos, o atenten contra la integridad de la identidad nacional.

Como son tantos, **todo lo inundan**: los teatros de segundo y tercer orden, los paseos que son gratis, las iglesias, porque son devotos y mansamente creyentes, las calles, las plazas, los asilos, los hospitales, los circos y los mercados; todos los oficios y profesiones, siempre que sus actitudes un poco zurdas y elementales se lo permitan (Ramos Mejía, 1899: 294).

En Ramos Mejía, la idea de invasión y descontrol se vincula con la noción de multitud, y con el peligro que estas hordas migratorias sin cauce representan para la nación.

En las representaciones sociales de docentes y directivos, la invasión se vincula más al acaparamiento que el migrante realiza de los servicios y bienes públicos, ocupando posiciones que corresponden al nativo en una competencia desleal ante recursos escasos.

Y en la maternidad acá hay más extranjeras, ya sea bolivianas, paraguayas y peruanas, que argentinos atendiéndose (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

A los intentos de usurpación por parte de los migrantes, se suman la laxitud de las autoridades que no hacen respetar la prioridad que naturalmente tiene el nativo.

-Pienso que tendría que haber un control mucho más grande de la parte del Ministerio del Interior ¿no? Siento que realmente están copando el país, en todo sentido. Y que, por ejemplo, en los hospitales para que el anestesista te opere a una persona humilde, o sea que no tiene, no puede llegar a otro...a otros recursos que no sea un hospital (...) muchas veces están los extranjeros antes, son la prioridad (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

El mismo sistema te lleva a tener que hacer cosas que no te corresponden porque de alguna manera yo me encuentro con estos chicos por ahí dominicanos y que tuvieron un plan educativo absolutamente distinto al nuestro y aun así están ocupando un banco en un lugar que no les corresponde a nivel intelectual más allá de las tradiciones, del idioma y de lo que fuere, pero lo está avalando un sistema (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

La sensación de invasión se expresa en Rojas en sus referencias a la corrupción cosmopolita, señalada como el principal enemigo en el proyecto nacionalista.

Medio siglo de cosmopolitismo en la población, de capitalismo europeo en las empresas, de abdicaciones en el pensamiento político, de enciclopedismo en la escuela oficial y de internacionalismo en la escuela privada, no favorecen, desde luego, la difusión de ideas nacionalistas (Rojas, 2011: 278).

Esta corrupción, no obstante, no está depositada en la presencia del migrante, que, como un “mal necesario”, el autor está dispuesto a asimilar. De todos modos, advierte que estas “hordas de inmigración sin arraigo” deben ser contrarrestadas. El migrante que no abandona sus costumbres e insiste en mantener su corazón en su tierra natal es un elemento que disuelve la identidad nacional.

En la Capital, la lucha contra el cosmopolitismo habrá de ser desesperada, principalmente en ciertos barrios como la Boca del Riachuelo. La formación del espíritu argentino será difícil también en otros puntos rurales donde se han formado en medio de la naturaleza casi virgen, y contra todas las conveniencias morales de la Nación, colonias agrarias independientes, que son verdaderos trasplantes de sus sociedades de origen, como las de rusos en Carlos Casares y Entre Ríos, las de alemanes e italianos en Santa Fe, las de boers y galeses en la Patagonia (Rojas, 2011: 27).

No es sólo una asociación extranjera de banqueros judíos la que legisla sobre nuestro país y burla sus leyes. Empiezan ya a querer legislar los parlamentos de Europa. En Italia se habla de sus escuelas italianas de Buenos Aires como de escuelas coloniales. En Alemania de las suyas con igual criterio... (Rojas, 2011: 214).

9.2 El migrante como instrumento

La segunda categoría central que permite describir el modo que se caracteriza la figura del migrante externo es la del migrante como instrumento. Si bien es posible que presente algunos puntos en común con la categoría central previamente desarrollada, a los fines analíticos y expositivos resulta necesario presentarlas de modo independiente pues ambas comportan un núcleo central específico; en el caso precedente la noción de ajenidad, y aquí, la visión instrumental.

Hemos recorrido en capítulos anteriores los vaivenes históricos que ha experimentado el modo de gestión de la migración a lo largo de la historia argentina. La visión del migrante como instrumento, más allá de las particularidades de cada época, es una constante, y se fundamenta en que la migración es tolerada en tanto resulte *conveniente* y no trastoque la integridad de la sociedad receptora, concebida como homogénea (De Lucas, 2002).

A pesar de que los requisitos que debe cumplir el migrante varían según la época, y más allá de la atribución de características positivas o negativas, el punto fundamental de este núcleo representacional es que la caracterización siempre se realiza desde una perspectiva —la de la sociedad receptora— que otorga un valor o un desvalor al migrante según cuan beneficiosa y funcional resulte su presencia. Por ejemplo, desde el punto de vista del mercado de trabajo, el migrante puede implicar un recurso requerido o un competidor más en la lucha por la apropiación de recursos escasos (Mármora, 2000).

Así es como Ingenieros ve en el migrante de ultramar al agente capaz de modernizar el país, en tanto puede enfrentarse al latifundio que, entre otros factores, impide que del destino de grandeza argentino se materialice. Es tal la potencia transformadora que Ingenieros asigna a la migración, que la considera capaz de concretar la transición a un régimen capitalista dejando atrás el feudalismo.

Rojas, en cambio, parte de un diagnóstico distinto acerca del lugar del migrante, el indio y la herencia hispánica. Sin embargo, entiende que la apertura a la inmigración ha redundado en

beneficios para el país, ya que la presencia migrante era necesaria para crear y sostener el proyecto nacionalista desde el punto de vista material y económico.

No olvidemos que, si el país ha abierto sus puertas al extranjero, ha sido por un doble movimiento de patriotismo y de solidaridad humana: necesitábamos crear económicamente la nacionalidad cuya conciencia ya existía en tiempos de la Constituyente, y entregar, en generosa compensación, la tierra virgen al trabajo humano (Rojas, 2011: 280).

En el cálculo que docentes y directivos realizan del saldo que la migración deja en el país, surge con fuerza la imagen idealizada de este migrante considerado *tradicional*, y en cierto modo legítimo, en contraposición con el migrante *actual*, siempre bajo un manto de sospecha.

Yo creo que migraban por hambruna, porque en la posguerra no había trabajo, venían a buscar trabajo; venían las clases más humildes. Acá yo creo que tiene cierta similitud, vienen a buscar trabajo, pero hay también un manejo medio mafioso. Yo lo veo al lado de mi casa. Al lado de mi casa hay un taller en el que trabajan migrantes; y hay una persona que viene con una combi, que también es migrante, y como que domina a ese grupo. Yo no sé si eso se veía tanto en la migración tradicional (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Si bien se reconoce la similitud de los móviles en ambos grupos migratorios, y las penurias económicas a las que unos y otros debieron y deben enfrentarse, existe una cierta revalorización de la humildad y modestia de aquel migrante que “se arreglaba con lo que tenía” y no solo no ofrecía resistencia, sino que se mostraba deseoso de integrarse a la sociedad receptora y fundirse con la cultura nacional. En esta caracterización se encuentra ausente cualquier referencia a la maquinaria coercitiva que organizó el Estado —leyes de Residencia y de Defensa social, estado de sitio, accionar policial y parapolicial (Terán, 2008)—especialmente frente a los migrantes vinculados a corrientes anarquistas y socialistas.

Esta aspiración de integración atribuida a la migración *tradicional*, sin embargo, no suele estar presente en las representaciones sociales sobre los migrantes actuales.

Yo me remito a la época de la gran inmigración, ¿no? Bueno las épocas son distintas pero el proyecto, no sé, desde la ley 1420, ¿no? Esto que contemplaba la inmigración, insertar y hacer argentinos a esa gente que venía. Eran otras épocas (...) eran otras familias, eran padres que colaboraban y lo que se decía en la escuela era válido (...) así era y no se discutía y el maestro era la autoridad y el ejemplo, ¿no? (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

“Necesito esto, necesito lo otro”, capaz que en aquella época...el migrante español o el italiano, o bueno o los otros...era como que bueno, “me arreglaba con lo que tenía” y ahí podía avanzar socialmente con el tiempo (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Las líneas precedentes ilustran cómo la descripción del migrante *tradicional* contiene en sí misma una intención prescriptiva que delinea los atributos deseables en un migrante. En consecuencia, la categoría “el migrante como instrumento”, cuyo punto nodal es su funcionalidad para la sociedad receptora, se expresa a partir de tres subcategorías que, en conjunto, definen, por oposición, al buen y al mal migrante (Pacecca, 2006) y pueden encontrarse tanto en los discursos como en las representaciones sociales: el aporte, el agradecimiento y la adaptabilidad migrante.

9.2.1 Aporte migrante

Desde la sociedad receptora se definen cuáles atributos del migrante representan un aporte beneficioso, como así también cuando estos se convierten en un perjuicio. Esta definición, fundamentalmente, contiene aspectos vinculados al trabajo y la laboriosidad del migrante. La determinación de este delgado límite se realiza en función de las propias necesidades, dejando en segundo plano el lugar del migrante en tanto sujeto portador de sus propios proyectos migratorios, objetivos y anhelos.

Todos tienen derecho a estar acá **pero que vengan realmente con una finalidad**, con un objetivo o estudiar o a trabajar, no a robar, no a perjudicar al otro, me parece (Docente escuela secundaria privada).

Ingenieros enfatiza la superioridad del trabajador extranjero por sobre el nativo y el invaluable aporte que su presencia significa en el territorio argentino.

La capilaridad social ha permitido el encumbramiento del proletariado inmigratorio, cuyas aptitudes para el trabajo son infinitamente mayores que las del proletariado criollo, educado sobre las huellas de la colonización española (Ingenieros, 1946: 66).

Mientras que Ramos Mejía, a pesar del atraso evolutivo que le adjudica, considera que su presencia implica un aporte fundamental puesto que su laboriosidad, moldeada por la influencia del medio, permitirán la emergencia de una raza nueva.

Crepuscular, pues, y larval en cierto sentido, es el estado de adelanto psíquico de ese campesino, en parte, el vigoroso protoplasma de la raza nueva, cuando recién pisa nuestra tierra (Ramos Mejía, 1899: 239).

Ante la inevitabilidad de la migración, Rojas, por su parte, expresa claramente cuáles son los atributos que debe tener un migrante para que resulte favorable incorporarlo: la laboriosidad y la

intención de argentinizar a sus hijos. De ahí que elija al migrante italiano, aunque, como señalamos previamente, percibe alarmado su presencia cada vez más numerosa.

De las inmigraciones que pueden venirnos, es la mejor de todas la italiana (...) Pero el italiano tiene, para nosotros, el prestigio de su historia: es el mayorazgo de la latinidad a la cual pertenecemos, y muestra aún los restos de una antigua dominación española. Fuera de ese abolengo es para nosotros el que trabaja con amor los campos y da hijos más argentinos, dos características excelentes, cuando necesitamos combatir la centralización urbana y la prolongación en la prole criolla de prejuicios ancestrales, ajenos a nuestra propia nacionalidad: a todo aquel que nazca en territorio argentino, debe educársele para ser un ciudadano argentino (Rojas, 2011: 280).

El “ímpetu de sangre nueva”, traducido como la aspiración del migrante a una vida mejor, al progreso material y social para ellos y su descendencia, también es positivamente valorado por los docentes y directivos.

-Para los bolivianos yo diría que son muy trabajadores.

-Trabajan mucho tiempo en los talleres de costura.

-Y muy buenos modales. Y aparte son de los pocos que trabajan la tierra, que con lo que vos decías, se perdió el trabajo en la tierra.

-¡Sabés cómo trabajan! ¡Todo el día, la cintura! (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Que el migrante sacrificado y portador de *cultura del trabajo* tenga *intención de superación*, de mejorar sus condiciones de existencia, siempre como fruto de su trabajo y su esfuerzo, es considerado un atributo sumamente positivo, porque de algún modo esa cultura del trabajo implica un aporte a la nación, como la laboriosidad y predisposición a integrarse que señala Rojas a propósito de la migración italiana.

Hay que tener en cuenta la **personalidad según el país de origen**. Un boliviano va a tener una raíz temperamental distinta a la de un peruano, que ya viene con intenciones más de superación, más logros...Aparentemente tienen una personalidad mucho más fuerte que la del boliviano (...) El peruano quizás tenga una personalidad con deseos más de superación, o más parecido al porteño, digamos. (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Incluso es considerado justo, desde una lógica meritocrática, que el migrante que se esfuerza y dedica su vida al trabajo, con sacrificio y tenacidad, reciba un beneficio. Ahora bien, el conflicto surge cuando los anhelos y expectativas del migrante superan el límite de ambición legítimo definido por la sociedad receptora. Allí sus intenciones son consideradas oportunistas, movidas por el deseo de sacar demasiado rédito, obteniendo una ventaja por sobre el nativo.

Yo creo que el oportunismo del que viene de afuera (...) muchas veces viene con la intención de sacar provecho, los que vienen de niveles muy bajos de Bolivia, Perú, vienen a beneficiarse porque hay plan social, porque hay esto, porque hay lo otro, porque la educación es gratuita, muchos vienen a estudiar. Los chinos, los coreanos vienen porque acá no se les cobra impuestos para poner un negocio (...) **muchos vienen a aprovechar las circunstancias**. Si bien entiendo cuál es el contexto de ellos y lo veo bien también, me parece que a veces hay un abuso, y eso molesta porque uno está luchando para salir adelante y ve que a otros extranjeros se les dan otras posibilidades y todo se les hace más fácil (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Al cruzar este límite, la imagen del migrante trabajador, perseverante y dedicado se borrona y emerge la del migrante avaro, codicioso, explotador, e incluso simulador, descripción a la que ya hemos referido pero que aquí puede encontrarse nuevamente.

Está esa que renguea cuando va entre los autos y cuando cambia el semáforo se apura y camina perfectamente. La vi yo, no me lo contaron. (...) En Sucre y Juramento hay una mamá que les saca las zapatillas a los chicos, las mete en la mochila y les hace pedir descalzos (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

De un modo similar, la idea del migrante que ha expandido sus medios de subsistencia y mejorado sus condiciones de vida gracias a la Argentina, y que luego se convierte en un avaro y mezquino, también se encuentra presente en la tipología realizada por Ramos Mejía, en la figura del burgues de otra parte (Burgues aureus). Se trata de

...otra variedad del guarango que difiere de aquel por el menor exhibicionismo de su vida y de sus gustos, tipo esencial y excesivamente conservador, de cierta modestia previsora porque procede de la avaricia y del terror al descubrimiento de la gran fortuna amasada a costa de su salud tal vez (...) Representa, entre nosotros, el burgués de otras partes, el improvisado millonario nacido del sortilegio de la lotería y surgido del sembradío inmenso de la colonia o del humeante montón de la tierra fecundada por su noble trabajo. **Pero una vez que ha tomado su colocación no tiene más programa en la vida que guardar su dinero, defenderlo de la caridad y del patriotismo que alguna vez golpea sus puertas, oprimirlo contra su pecho para que no abulte** (...) Almas desasidas de las cosas ideales que no dan plata, lo mismo es para ellos el despotismo que la libertad, siempre que le conserve su dinero (Ramos Mejía, 1899: 309).

Aquí vemos cómo el afán de progreso, el sacrificio y la dedicación al trabajo, considerados atributos positivos, son leídos como aspectos negativos. El migrante que se ha enriquecido “a costa incluso de su salud”, y que esconde su fortuna por miedo a ser descubierto ya no representa un aporte para la nación. Se trata de un sujeto peligroso pues su único móvil en la vida es el dinero, se encuentra desprovisto de ideales y, fundamentalmente, no siente amor por la patria que le dio cobijo.

Es deseable, entonces, que el migrante dedique su vida al sacrificado trabajo, pero que no se convierta en un sujeto tacaño enriquecido a costa de la nación.

Los paraguayos trabajan y amarrocan. No gastan, no gastan, no gastan. Le mandan la plata a los de allá. Cada vez traen más paraguayos (...) también yo los veo...ventajeros a los paraguayos (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

La figura del padre de Genaro concentra esta imagen del migrante miserable, que escatima en elementos básicos y lleva una vida de privaciones únicamente movido por la intención de acumulación

Arrojado a tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando así sobre el techo, el vestido, el alimento, **viviendo apenas para no morir de hambre**, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta en las basuras de las casas, llegó el tachero a redondear una corta cantidad. Iba a poder con ella realizar el sueño que de tiempo atrás acariciaba: abrir casa, establecerse, tener una clientela, contar con un número fijo de marchantes; la ganancia de ese modo debía crecer, centuplicar, era seguro... ¡Oh! ¡sería rico él, lo sería! Y deslumbrado por la perspectiva mágica del oro, hacíase la ilusión de verse ya en el Banco mes a mes, yendo a cambiar el rollo de billetes que llevara fajado en la cintura por la codiciada libreta de depósito (Cambaceres, 2014: 6).

9.2.2 Agradecimiento migrante

En asociación con la subcategoría precedente, el agradecimiento migrante refiere a que el buen migrante es (o debe ser) capaz de agradecer y valorar lo que le brinda la Argentina, demostrando a cambio su lealtad, fidelidad y respeto. Las razones por las cuales el migrante decide venir a la Argentina se relacionan íntimamente con esta subcategoría.

También tiene que ver la pobreza que hay en Bolivia y en Perú. La posibilidad de estar en un país como Argentina que tiene las fronteras abiertas, que les da la posibilidad, que les da la posibilidad de tener salud y educación...Es una tentación muy grande (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

Ante países signados por la pobreza, la carencia, y el atraso, los docentes y directivos señalan que la Argentina se erige como una suerte de tierra prometida, ofreciendo cobijo, trabajo, educación, salud, todos aspectos capaces de ofrecer al migrante un mejor porvenir, aunque sea en comparación al de su país de origen.

Ante esta situación, el buen migrante ofrece su agradecimiento y respeto, en este caso, a las autoridades escolares.

Pero por parte de los padres, hay un reconocimiento hacia el docente que no hay de la gente de acá. El respeto, la aceptación de lo que la maestra le dice, si lo aconseja, él enseguida toma al pie de la letra y hace (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

Ramos Mejía también hace referencia en su obra al agradecimiento y la lealtad migrante a tal punto que en el siguiente pasaje caracteriza al niño migrante como depositario del sentimiento de la nacionalidad.

Ese niño vagabundo y curioso, eterno ocupante de la calle, es el que aplaude con más calor las escuelas de cadetes, que con encantadora gravedad desfilan en los días de la patria, el que viva con bullicioso entusiasmo la bandera haraposa del viejo y glorioso batallón, el que acompaña a la tropa más lejos, el que no falta a la lista, el que se asocia con la más candorosa y sincera decisión a todas las cosas populares en que está el pabellón y el uniforme (Ramos Mejía, 1899: 299).

Respeto, lealtad, valoración del país; acciones que acompañan el sacrificio y empeño que observamos en la subcategoría precedente, cuya contracara es la pasividad, la sumisión, la vergüenza y la timidez. El migrante sacrificado y laborioso es también aquel incapaz de reclamar y articular demandas, aceptando cualquier condición que el país receptor le impone.

Me asombra la dócil plasticidad de ese italiano inmigrante. Llega amorfo y protoplasmático a estas playas y acepta con profética mansedumbre todas las formas que le imprime la necesidad y la legítima ambición (Ramos Mejía, 1899: 293).

-Con respecto al trabajo como para conseguirlo, como en el caso de la gente de Perú, de Bolivia, o sea las condiciones que tienen acá no son dignas tampoco, pero les sirve para...

-Pero consiguen más fácil.

-Y sí, porque un argentino no hace cosas que ellos harían (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

La aceptación de condiciones materiales y laborales desfavorables pareciera vincularse a un modo de ser de ellos, a su lentitud, su carencia, su ritmo diferente.

Están en segundo plano, están como atrás de las respuestas de los argentinos, digamos (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

Sí, se angustian cuando tiene que reclamar algo que es justo para ellos (...) no saben reclamar (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Si el buen migrante es aquel que se limita a aceptar lo que el país le otorga, brindado a cambio su noble agradecimiento, el mal migrante, por el contrario, es aquel que plantea exigencias e impone condiciones al país receptor.

A mí lo que me pone, me saca mal, **es cuando exigen cosas en virtud de ser extranjeros** y es común que pase eso (Docente escuela secundaria estatal de gestión privada).

Es posible encontrar en el relato de docentes y directivos distintos niveles a través de los cuales consideran que se expresa esta exigencia migrante. Por un lado, refieren a una auto victimización que les permite obtener algo a cambio.

Allá es todo ir a comer. Ir a pedir hoja, lapicera, lápiz. Dependen. Ya directamente eso es pedir. Cambió todo, digamos. Yo trabajo en la zona y en Florencio Varela yo también trabajo, es pedir, un pedir constante. Ellos no quieren, digamos, están acostumbrados, digamos. La otra vez estaba hablando en una reunión de profesores que hubo hace poco, un perfeccionamiento. Y decían: “estos chicos son los de los padres que tienen que pedir”. Ellos están en la casa, la cultura, digamos, es pedir (Docente escuela secundaria estatal de gestión pública).

Esta imagen evoca de algún modo la del simulador, en tanto la carencia y sumisión que el migrante expresa sería un artilugio para recibir un beneficio.

Por otro lado, el más extremo y opuesto a la noción de sumisión, encontramos la imagen del migrante que exige de modo abusivo.

-No nos olvidemos, vuelvo a lo mismo, cuando vinieron los antepasados también trabajaban como bestias, los italianos, los españoles, nadie los ayudaba, no les daban plan trabajar, poner el lomo y trabajaban para, bueno, conseguir lo que podían.

-Seguramente eran discriminados y marginados...

-Pero no se hablaba de discriminación en ese momento.

-Y lo que yo veo, es como que ahora, mucho de estas migraciones es como que exigen o piden o se sienten discriminados, o exigen al gobierno, o piden algo, no sé, y yo digo, antes, cuando mi abuelo vino de España, ¿qué le iba a pedir al gobierno?, gracias que trabajaba (...) Había más cultura del trabajo y esfuerzo, hoy se quiere todo fácil y ya... (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

9.2.3 Adaptabilidad migrante

La adaptabilidad del migrante es quizás uno de los puntos nodales de la categoría *el migrante como instrumento* pues remite a una concepción contrapuesta a aquella vinculada a la inmutabilidad y esencia, pero que sin embargo convive con ella tanto en los discursos como en las representaciones sociales. Hemos visto, en el capítulo dedicado a la descripción de los elementos de la identidad nacional, el papel adjudicado al territorio y a la influencia del medio. Aquí veremos específicamente qué implicancias tiene aquella noción en la caracterización del migrante externo.

Para Ramos Mejía, estamos en presencia de una *tabula rasa*, un ser sin forma definitiva preestablecida que gracias a la influencia del medio (entre otros factores) es capaz de ser moldeado.

Pero el medio opera maravillas en la **plástica mansedumbre de su cerebro casi virgen**. La luz de este cielo despierta la dormida actividad de las imágenes visuales; el ruido primero y el sonido después, el color variado, las formas multiplicadas de las cosas, y esa secreta inclinación y competencia elemental de la raza por el arte, no en su sentido grandioso, sino por alguno de sus más humildes manifestaciones (aunque no por eso menos útiles) que se traducen en las artes manuales y domésticas que dan de comer y facilitan la vida, concurren a ese fin (Ramos Mejía, 1899: 292).

Si Ramos Mejía considera al migrante un depositario del sentimiento de la nacionalidad y ve con mucha esperanza el modo en que este puede ser *argentinizado* y contenido en el molde nacionalizador que implica la identidad nacional, es porque considera, justamente, que lo que porta de origen es apenas su potencial laboriosidad y su maleabilidad. Esto lo convierte en un futuro depositario del contenido que se elija “depositarle”. De ahí la peligrosidad de las multitudes sin guía, que “hace hoy la independencia de América y mañana la tiranía de Rosas o la «anarquía de 1820»” (p. 115). Y de allí, también, la importancia de que sea el Estado y sus instituciones, como la escuela, la que tenga a su cargo la tarea de realizar este *moldeado argentinizador*. El autor describe al migrante, entonces, como un sujeto dispuesto no solo a adaptarse sino también a llevar adelante las tareas y labores que sean necesarias para subsistir.

Ellos son cocheros, después de su aprendizaje doloroso de chichones y espilonazos violentos contra los otros coches, de contravenciones y multas, que les aguzan el ingenio (...) ellos son mayores y conductores, y hasta los picantes dicarachos de la compadrería urbana y callejera, suelen brotar de sus labios con gracia exótica para aquel cerebro todavía burdo y acuoso; **ellos son, en suma, todo lo que de medios de vivir y prometa un porvenir, remoto si queréis, pero seguro**. Con decirnos que en ciertos trabajos hasta al gaucho han desalojado (Ramos Mejía, 1899: 294).

La idea del migrante como aquel que llega sin nada más que su fuerza de trabajo es hallable en las representaciones sociales de los docentes cuando se señalan que los estudiantes de origen migrante llegan a la escuela y empiezan *de cero*.

Es un barrio que por las características que tiene parecería que se han instalado muchos coreanos, japoneses, bolivianos. Se integran bastante bien a las clases, chicos que por ejemplo en primer año tengo cuarenta alumnos y quizás que un chico que recién ingresa viene de Bolivia, así que el primer día viene de clase, viene de Bolivia. **O sea, un contexto totalmente diferente, una población diferente, una cultura diferente y se le incorpora de cero a un colegio secundario**, de Capital. Es muy difícil, no saben el dialecto, no saben escribir bien (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

De un modo análogo a la idea del migrante como sujeto carente, en la noción del migrante como tabula rasa, los conocimientos, el idioma y todos aquellos saberes que se portan desde origen son inferiorizados o directamente anulados, haciendo del sujeto que arriba alguien desprovisto de todo. “De cero” entonces, implica la carencia en todo sentido, material, simbólica e intelectual. Si bien en la cita precedente esta carencia es representada como un problema, veremos al mismo tiempo el papel atribuido al medio en su moldeado. Este venir sin nada más que sus manos es lo que los hace aceptar y adaptarse a cualquier condición laboral, como hemos visto.

Para Ingenieros, de un modo distinto que para Ramos Mejía, la raza argentina en formación tiene como protagonista al migrante, pero porque este es portador de características que aportan a la nacionalidad elementos novedosos y sumamente beneficiosos, y que trasplantados al suelo argentino son incluso capaces de contrarrestar la primera migración.

La mejor parte del territorio pastoril fue ocupada por argentinos descendientes de los colonizadores. A los gauchos se sustituyeron los colonos, a las carretas, los ferrocarriles, a los comandantes de campaña, los maestros de escuela; **una población alfabeta, laboriosa y democrática fue creciendo en reemplazo de la analfabeta, anarquista y feudal**. Esta segunda colonización europea aportó a la nacionalidad elementos casi desconocidos por la primera, esenciales para constituir una raza nueva e iniciar un nuevo núcleo de civilización: el trabajo y la cultura (Ingenieros, 1946: 460).

Rojas, por su parte, en su afán asimilacionista, considera que la influencia territorial, la fuerza carecterizante del territorio, es capaz de inculcar el orgullo criollo.

Esta manera de nacionalismo quiere, por el contrario, tanto como lo querían Alberdi o Sarmiento, campeones aquí del cosmopolitismo, que vengan sus capitales, sus hombres y sus ideas. Pero quiere que una hábil política económica radique en el país el mayor beneficio de esos capitales. Quiere que el hijo del inmigrante sea profundamente argentino, por el discernimiento cívico que le dé nuestra educación; que razone su patriotismo; que haga fecundo para la nación el instinto y orgullo criollos con que ya lo diferenciara de sus padres la poderosa influencia territorial (Rojas, 2011: 222).

En la adaptabilidad migrante conviven dos aspectos. El migrante que bajo la influencia territorial es transformado y adaptado al medio, tal como hemos señalado a propósito de Ramos Mejía y la idea de tabula rasa, y el migrante que también es capaz de dejar su impronta y de ese modo, dar lugar a un producto nuevo, la argentinidad. En el caso de Ingenieros, esta implica no únicamente la influencia que el medio ejerce sobre el migrante, sino también la síntesis que se produce en base a aquella en conjunción con su aporte.

La Argentinidad: **una nueva raza argentina se está formando por el conjunto de variaciones sociales y psicológicas que la Naturaleza argentina imprime a las razas europeas adaptadas a su territorio** (...) Ella está en formación. En la medida en que ella prospera y se consolida, va creciendo el sentimiento colectivo de la nacionalidad: la consolidación moral para la realización de ideales comunes (Ingenieros, 1946: 464).

Si en la caracterización en torno al rastro étnico describimos su marca indeleble, en este caso, por el contrario, el medio es capaz de “volver argentinos” a los migrantes, o al menos de borrar parcialmente aquel vestigio de su origen.

- Los padres coreanos son de pegar...y tienen un nivel de exigencia...A veces han venido a pedir disculpas porque no han estudiado y ofendieron al maestro. **Tiempos atrás, eh.**

- Si, **ya son criollitos los coreanos de ahora.** Pero los primeros coreanos (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

Yo creo que varía en extranjero de hace poca data, de extranjero de años de residencia. El extranjero que lleva años de residencia (...) adquirió todas las mañas y es un porteño más (Docentes escuela primaria estatal de gestión privada).

La eliminación de este rastro es aún más completa en el hijo del migrante y en todas las generaciones que le suceden, a diferencia del rastro étnico, donde las características de los padres migrantes son extrapoladas a sus hijos produciéndose una transmisión intergeneracional. Tanto Rojas, como Ramos Mejía e Ingenieros le otorgan un rol fundamental al hijo del migrante pues en él se conjugan en su máxima expresión los caracteres propios del origen nacional de sus padres junto con la influencia que el medio es capaz de ejercer en su constitución, uno de cuyos productos es la emergencia de un sentimiento nacional.

Hay que observar los niños de los últimos grados para ver cómo de generación en generación, **se va modificando el tipo del inmigrante hecho gente** (...) La primera generación es, a menudo, deforme y poco bella hasta cierta edad; parece el producto de un molde grosero, los primeros vaciamientos de la fundición de un metal noble, pero todavía lleno de engrosamientos y aristas **que el pulimento posterior va a corregir.** Hay un tanto por ciento de narices chatas, orejas grandes y labios gruesos: **su morfología no ha sido modificada aún por el cincel de la cultura.** En la segunda, ya se ven las correcciones que empieza a imprimir la vida civilizada y más culta que la que ha traído el labriego inmigrante. El cambio de nutrición, la influencia del aire y de la relativa quietud del ánimo por la consecución fácil del alimento y de las supremas necesidades de la vida, operan su influjo trascendental (Ramos Mejía, 1899: 302).

En contraposición a la imagen del hijo del migrante como sujeto atrasado en la escala evolutiva que referimos en la categoría “ajenidad migrante”, aquí se le asigna un rol protagonista en la consolidación de la identidad nacional.

En nuestro país, en plena actividad formativa, la primera generación del inmigrante, la más genuina hija de su medio, comienza a ser, aunque con cierta vaguedad, la depositaria del sentimiento futuro de la nacionalidad, en su concepción moderna naturalmente (Ramos Mejía, 1899: 298).

Un "sentimiento nacional" se forma y define poco a poco en las clases más ilustradas, refundiéndose en él los antiguos "sentimientos localistas" de la época feudal. Esa unificación mental de los descendientes de la antigua inmigración conquistadora, coincide con un fenómeno paralelo, aunque más importante numéricamente, fácil de observar en los descendientes de la nueva inmigración colonizadora, que son ardientemente argentinos y asimilan rápidamente los rasgos esenciales de la mentalidad nacional (Ingenieros, 1946: 72).

Pero el inmigrante europeo de hoy es como el de la época colonial: vuelve a su tierra o muere en la nuestra; es algo que pasa. Lo que perdura de él es su hijo y la descendencia de sus hijos; y éstos, criollos hoy como en tiempos de la independencia, tienen ese matiz común que impónelos el ambiente americano (Rojas, 2011: 220).

Esta acción caracterizante del territorio americano en la que Rojas asienta las bases de su proyecto nacionalizador, este sentimiento de amor a la patria que Ramos Mejía considera que el suelo argentino es capaz de despertar en el migrante, no actúan, sin embargo, de manera espontánea e involuntaria. La escuela, como también hemos visto, desempeña una labor fundamental en el molde nacionalizador, y es la encargada de asimilar y argentinizar al migrante.

En cuanto a la educación, esperemos que sus vicios, ya señalados, han de subsanarse, por una intensificación de los estudios nacionales, pues conocer nuestro territorio, la vida de las generaciones anteriores que en él lucharon y cultivar el idioma histórico de un continente, es ya tener una pauta más cierta para el futuro (Rojas, 2011: 220).

Sin embargo, es necesario que la escuela no lleve adelante su labor de manera aislada, sino que exista una tendencia nacionalizadora en toda la sociedad. El migrante debe desenvolverse en un entorno donde el componente nacional prime por sobre el resto.

¿De qué servirá, asimismo, que el maestro enseñe su gramática, y diga que el castellano es el idioma del país, si el alumno, al regresar de la escuela, ve las aceras llenas de letreros en francés, en inglés, en alemán? Los comerciantes e industriales pueden ser extranjeros; pero cuando vienen a hacer su granjería en nuestro territorio, **tenemos el derecho de imponerles la lengua del país, que es uno de los signos de nuestra nacionalidad** (Rojas, 2011: 271).

El migrante asimilado, que siente amor y respeto por la patria que lo recibió y que, sin abandonar completamente "su cultura", no se resiste a adquirir los caracteres que le ofrece el medio argentino, surge entre los docentes y directivos como la culminación de la imagen del buen migrante, el ejemplar perfecto de aquel mítico integrante del "crisol de razas" alrededor del cual se estructura nuestra identidad nacional.

¿Vos sabés qué lindo es decir “miren, este chico se educó acá, aprendió con nosotros, puso toda su voluntad acá, se mató, por eso tenemos el orgullo de que un extranjero lleve la bandera”? (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

A lo largo de este capítulo hemos intentando describir dos núcleos representacionales que resultan hegemónicos en la caracterización del migrante externo, uno vinculado a su ajenidad, y otro a su utilidad. A pesar del abanico de posibilidades que ambas categorías centrales encierran, y que hemos recorrido a lo largo de todas las subcategorías y propiedades presentadas, el punto de contacto entre ambas radica en que, en tanto el migrante es ajeno a la sociedad nacional, es ella la que debe evaluar la conveniencia y utilidad de su presencia y exigir una serie de condiciones — siempre cambiantes— para su admisión.

CAPÍTULO 10. “INTEGREMOS...PERO CON NUESTRAS COSAS”: EL LUGAR DEL MIGRANTE EN LA IDENTIDAD NACIONAL

Los dos capítulos previos tuvieron como objetivo presentar un conjunto de categorías analíticas referidas a la identidad nacional, por un lado, y a la figura del migrante externo, por otro. La diferenciación, empero, es principalmente expositiva, en tanto ya hemos visto que, en función de su carácter relacional, los intentos por precisar la especificidad de la identidad nacional implican necesariamente una definición de la otredad. De modo análogo, en el mismo movimiento de caracterización de este otro se produce una autodefinición.

Para continuar con este recorrido, este breve capítulo pretende analizar qué lugar se asigna al migrante externo en la identidad nacional, es decir, no sólo cómo este es, sino de qué modo su presencia influye en ella. Para ello introducimos una serie de categorías centrales construidas a partir del análisis de los discursos de Rojas e Ingenieros, y de las representaciones sociales de docentes y directivos.

Figura 5: categorías centrales que describen el lugar del migrante externo en la identidad nacional.



Fuente: elaboración propia

10.1 El tesoro nacional en amenaza

Una de las imágenes recurrentes en el imaginario de la elite política y cultural argentina —y que puede relacionarse con lo que Briones (2004) ha denominado autoimagen de excepcionalidad— es la de una Argentina asociada a la grandeza, portadora de determinados elementos que la distinguen comparativamente frente a otros países pero que al mismo tiempo se encuentran amenazados o implican en sí mismos componentes peligrosos. La identidad nacional sería portadora de un *tesoro*

nacional que solo puede manifestarse en su esplendor a condición de que determinados elementos hayan sido encauzados. Esto puede implicar su eliminación, su control o su reivindicación.

En Ingenieros, el tesoro radica en determinados factores naturales que, incluyendo una *raza argentina* en proceso de conformación, predestinan a la Argentina a un irremediable futuro de grandeza en Sudamérica.

Los factores naturales que determinan el porvenir de sus nacionalidades [se refiere a Sudamérica] son cuatro: 1° la extensión, 2° el clima, 3° la riqueza natural, 4° la raza. Chile carece de extensión y de fecundidad. Al Brasil le falta el clima y la raza. La Argentina reúne los cuatro factores: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca. Esas cuatro condiciones se traducen ya por una mayor capacidad de progreso. (...) Según la marcha de su desenvolvimiento actual y atendidos sus factores climatéricos y étnicos, en un porvenir no remoto la superioridad argentina será real en todo ese orden de manifestaciones (Ingenieros, 1946: 79).

Ahora bien, hemos visto cómo estos factores que hacen a la superioridad argentina, y que confluirán en la conformación de una *raza neo-latina*, han tenido que enfrentarse a la influencia hispánica. Ingenieros manifiesta una hispanofobia que justifica en el atraso y oscurantismo que dicha herencia ha generado, frente a la modernidad del europeísmo francés.

Los iniciadores de la nacionalidad alentaban las ideas, los sentimientos y los ideales que florecían en Europa, verdadera antítesis de los que prevalecían en España y sus colonias. Belgrano y Moreno son dos europeístas (...) Todas las minorías urbanas de raza blanca lo eran, como ellos, en toda la República (Ingenieros, 1946: 456).

La carga que la herencia de España representa se observa no únicamente en los ideales y sentimientos sino también en los resultados de la inmigración producto de la conquista.

Esta forma de conquista, determinada por la situación económica de España, fue de resultados desastrosos para el porvenir de la América del Sur: el sistema dejó hondos rastros en la mentalidad de la clase gobernante que heredó sus funciones, continuándose hasta nuestros días y revistiendo la forma de caciquismo y caudillaje - régimen semejante al feudalismo medioeval europeo-que aún persiste en varios pases sudamericanos (Ingenieros, 1946: 39).

Pese a la preponderancia que Ingenieros otorga a los factores naturales como el clima, el suelo y los recursos naturales, es no obstante *el trabajo y la cultura* de los migrantes de la “segunda colonización europea” el aporte decisivo para hacer grande a la Argentina y contrarrestar este infame legado español. Esto puede fundamentarse en el modo en que concibe el funcionamiento de la sociedad, donde se entremezclan el bioeconomismo y el darwinismo social en una ecuación en la que nada puede salir mal. La raza blanca, objetivamente portadora de condiciones superiores,

suprimirá a los elementos débiles e inferiores, y en función de leyes económicas inobjetables, el producto será una civilización superior y poderosa portadora de una identidad nacional específica. En ese sentido, y en función de la transparencia entre economía y política que expone su pensamiento, el aporte migratorio —factor histórico— es presentado como uno de los términos en esta ecuación.

La segunda inmigración europea determinó la sustitución progresiva de razas blancas a las razas mestizadas. Desde la caída del dictador Rosas (1852) hasta el centenario de la independencia (1910) fue atenuándose progresivamente la **lucha entre el espíritu hispano-indígena de la colonia española y el espíritu argentino de la revolución de Mayo**. El área de dispersión de la raza blanca aumentó en la zona templada, irradiando desde la embocadura del Plata. (...) Cuando Alberdi decía: "Gobernar es poblar", agregaba terminantemente: "Poblar con europeos" (...) No se equivocaban al afirmar esa predilección étnica como el fundamento esencial de toda prosperidad venidera (Ingenieros, 1946: 458).

Rojas, en el otro extremo, considera que el *hispanismo* es constitutivo del tesoro nacional, por lo que debe ser rescatado y reivindicado contra la *corrupción cosmopolita* y los elementos anti argentinos que obstaculizan la expresión de esta sustancia intrahistórica que une irremediabilmente a España y Argentina.

Busquemos en las sociedades coloniales los gérmenes de la República independiente que la Revolución desarrolló; busquemos en España y en los pueblos indígenas de América, los gérmenes de las sociedades coloniales, que la metrópoli organizara; hagamos ver que si las formas de los regímenes políticos frecuentemente se rompieron generando otros nuevos, por dentro de esas formas la vida «intrahistórica» de las generaciones siguió sin interrumpirse, elaborando, con las fuerzas de la naturaleza, el principio primitivo y divino de nuestra nacionalidad...(Rojas, 2011: 189).

Es en la tradición donde puede hallarse uno de los gérmenes de la nacionalidad argentina. Como vimos, esta sustancia, en tanto elemento constitutivo, natural e irrenunciable de la identidad nacional, nos remite a una identidad nacional entendida en términos de esencia. No obstante, se presentan determinados elementos disolutorios contra cuya acción perjudicial deben abocarse los esfuerzos.

Hoy es el cosmopolitismo y una atmósfera de ideas y sentimientos corruptores lo que, en medios demográficamente densos como la Capital, pone su masa disolvente, e impide, como antes el desierto, la existencia de una opinión y de una acción orgánicas (Rojas, 2011: 86).

“Entre nosotros el enemigo es el cosmopolitismo”, señala Rojas (p. 129), y suma a este elemento los intereses egoístas y materialistas que, unidos, representan dos de los mayores obstáculos en su proyecto nacionalizador.

Esta idea de la Argentina como portadora de un *tesoro* puede encontrarse también en las representaciones sociales de docentes y directivos. Por un lado, al señalar las razones por las cuales se elige a la Argentina como destino migratorio, surge la caracterización del país como superior al resto del continente.

Gracias a Dios, acá, dentro de todo, más allá de que cada vez las políticas argentinas son peores, dentro de todo el nivel educativo se mantuvo más arriba que cualquier otro país de América Latina, hablo de México para abajo (Docente escuela primaria estatal de gestión privada).

Esta superioridad no remite únicamente a razones concretas vinculadas a la calidad educativa y sanitaria, sino también a una cierta admiración y respeto que el migrante experimentaría ante las *diferencias culturales* con su país de origen, aspecto que ya hemos mencionado a propósito de la categoría *agradecimiento migrante*.

Creo que está este tema de la cultura, ¿no? Que ellos vienen con este respeto y esta... para mí es como una admiración. No sé si la palabra es exacta, ¿no? Vienen a ver esta cultura diferente y nos tienen en un nivel en el cual, por allí no sé si se ve ese nivel o no, pero ellos vienen con esa cuestión y este... y pienso que a raíz de eso hay más observación, más atención, más querer cumplir (Docente escuela primaria estatal de gestión pública).

En el intento de conservación de este tesoro nacional, el efecto civilizador que se le atribuye a la migración europea continúa presente, resultando preferible por encima de la de otros países.

-Imaginen que pudiéramos alentar la inmigración ¿Qué nacionalidades, para que ingresen?

- Europeos del norte (...) Porque en general son más trabajadores, tipo relojitos, son más ordenados. Años y años de ser ordenados a fuerza de la ley (Docentes escuela secundaria estatal de gestión privada).

Hemos señalado la fuerte pervivencia de esta idea según la cual el aporte europeo resulta beneficioso para la identidad nacional, preferencia que encuentra sus fundamentos en una cuestión de afinidad. Si la esencia de la identidad nacional es europea, no resulta extraño que la migración de ese origen sea percibida de ese modo.

Espanoles. Yo pienso en españoles, porque bueno, mis raíces son españolas y bueno, y tengo familia allá. Familia muy cercana. Es lo que más se parece a mí. Con quien yo me sentiría más cómoda (Docente escuela primaria estatal de gestión privada).

La migración europea comporta características que no resultan exóticas ni extrañas al “ser nacional”, por lo que una migración de este tipo reduciría el “choque” que implica el vínculo intercultural. Asimismo, la caracterización de la Argentina como una nación de *brazos abiertos* se encuentra íntimamente vinculada con esta idea de tesoro nacional.

- Lo que pasa es que ellos vienen acá y no piensan, no tienen muchos lugares para ir. La **Argentina es un lugar fácil para venir**, ¿entendés? Los recibimos bien. No los discriminamos, no los echamos, los educamos...Inclusive modificamos nuestras leyes a favor de ellos.

- ¿En qué sentido?

- ¿En qué sentido? Salió en el diario Clarín de ayer que se modificó un artículo del Estatuto del Docente donde aceptan extranjeros para que dicten la docencia... (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública).

- ¿De qué forma considerás que la escuela hoy participa en la integración de los migrantes?

-De muchas, por ejemplo con respecto a la documentación que ellos traen, nosotros acá en Argentina ponemos muy pocos requisitos para recibirlos, para admitirlos en la escuela, hay chicos sin DNI (...) por el solo hecho de ser menor tienen derecho a la escolaridad y no importa donde nació ni de dónde viene el chico, ya se lo admite, no hay ningún requisito administrativo que lo frene, incluso los tipos de boletines que traen, todo lo que tiene a que ver con documentación no es un obstáculo para que el chico ingrese, ingresan todos a las escuelas, y bueno esa es una manera de contribuir porque vos vas a otro país y si es muy engorroso poder colocar a tu hijo en una escuela no es lo mismo a que llegues y ya en poco tiempo tenga un lugar (...) la escuela de hoy me parece que es inclusiva desde todo lugar...(Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Esta forma desinteresada que tiene la Argentina de recibir al migrante es reconocida como un modo histórico de gestionar la migración constitutivo de la grandeza del país, de este tesoro nacional.

Sin embargo, esta *generosidad argentina* comporta en sí misma una *amenaza*, ya que su contracara es un *exceso de indulgencia y una laxitud de las fronteras*. Esta dinámica, según los entrevistados, es responsabilidad de unas instituciones y fronteras nacionales poco rígidas que nunca han frenado convenientemente a la inmigración, o al menos, nunca le han impuesto condiciones. Esto, se argumenta, convierte a la Argentina en un destino sumamente atractivo, pero al mismo tiempo se constituye en un obstáculo para la identidad nacional en tanto actúa en detrimento de su conservación.

Yo lo que noto es que, en otros países, nosotros vamos, somos maltratados y tenemos cierto límite para ir, para poner todos los papeles en regla y un montón de cosas. Veo que aquí vienen, entran por cualquier parte, porque en realidad no existe un control. Y no pasa nada (Docente escuela primaria estatal de gestión privada).

Hay más tolerancia en la escuela por el miedo a no discriminar, digo, “discriminemos al argentino total somos argentinos, pero no al paraguay, a ver si se ofende y piensa que lo estoy discriminando”, entonces me la agarro con el argentino (...) yo creo que esto está por arriba de nosotros, esto es una discusión política, fue algo que se pensó para alguna cuestión que nos atravesó y ahora estamos involucrados en esto y en los resultados de una práctica...(Docente escuela secundaria estatal de gestión privada).

En Rojas y en su descripción de la crisis moral que atraviesa la sociedad argentina, se evidencia una caracterización similar que atribuye a las esferas gubernamentales un *exceso de liberalismo* que ha hecho posible, entre otras cosas, la proliferación de las escuelas particulares y confesionales, caracterizadas por el autor como antiargentinas, en tanto actúan en detrimento de la educación nacionalista y la consolidación de la identidad nacional.

Obsérvese que se trata de escuelas primarias o de cultura general, en las cuales ha de formarse el alma del ciudadano; y, de hecho, casi todas las mencionadas son inmorales o antiargentinas (...) Mas en nuestro país, **a la sombra de esa confianza argentina que lo espera todo de la naturaleza**, las escuelas particulares han llegado a tomar caracteres marcadamente antinacionales (Rojas, 2011: 212).

El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoledor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla –cuanto define la época actual– comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles (Rojas, 2011: 86).

Esta *tragedia del espíritu nacional* que Rojas lamenta, encuentra sus motivos en la pérdida del rumbo patriótico del proyecto nacional y en la inmigración descontrolada y sin arraigo, pero también en una moral materialista, pragmática e individualista que ha creído en el progreso a toda costa y sin escrúpulos. A partir del ejemplo metafórico de la historia de los hermanos Flavio y Arminio, del historiador romano Tácito, Rojas ilustra el conflicto entre pragmatismo e idealismo al que se enfrenta la nación.

La República Argentina, desde los tiempos de la organización constitucional hasta nuestros días se ha desenvuelto con la moral de las palabras de Flavio. Fueron las Bases de Alberdi el evangelio de tan peligrosa doctrina. El resobado tema: gobernar es poblar, cien veces mentado por quienes no sabrían indicar la página donde lo aprendieron, se tornó absoluto al destacarse del texto originario y del sistema de ideas que lo limitaba. No fue toda error de Alberdi la política de cosmopolitismo sin arraigo y de inmigración sin historia, que de semejante fórmula se generaba. Fue sobre todo error de sus escribas, error de los que deformaron el pensar del maestro, quienes creyeron que para fundar un gran pueblo bastaba aglomerar una población numerosa. Pero ante las consecuencias que esa política antinacionalista ha comportado, y en presencia de circunstancias adversas que sus propios inspiradores no pudieron prever, llega oportuna la respuesta de Arminio, que opone a las grandezas venales, el nombre de la patria y de sus dioses, las tradiciones en peligro, el espíritu de los tiempos y la tierra que cohesionan a los hombres en comunidad nacional. Para cohesionarnos de nuevo, para salvar el fuerte espíritu nativo que nos condujo a la independencia, no nos queda otro camino que el de la educación, acertadamente conducido a esos fines (Rojas, 2011: 88).

Si en el enunciado alberdiano se encuentra para Ingenieros la clave del progreso argentino, para Rojas, en cambio, allí reside una de las causas de la anomia y la decadencia que experimenta el proyecto de nación.

Entregado el escaso elemento nativo a la invasión ávida de pueblos heterogéneos, deprimida la tradición americana por los mismos que no supieron embellecerla, corrompido el idioma por la barbarie dialectal de las inmigraciones, privado el país de una iglesia inteligente que hubiera tomado como el clero inglés la dirección moral de su cultura, desprovistos los argentinos de esa aptitud metafísica que salvó del desastre a los alemanes, estimulado más bien el sensualismo criollo por la belleza de sus hembras y la generosidad de su suelo, la escuela nacional debió haber sido baluarte que salvara generaciones argentinas (Rojas, 2011: 87).

Es posible hallar resonancias de esta imagen de descontrol, de desorden y de pérdida del rumbo nacional en las representaciones sociales de docentes y directivos. Estas, a su vez, pueden vincularse a la caracterización del migrante como invasor, tratada en el capítulo previo.

No estoy de acuerdo en esto de perder nuestra identidad, **porque si ellos la tienen tan marcada, acá esta la nuestra y está bastante perdida;** lo que es himno, el escudo, la escarapela, digamos, que aquello que, por lo menos, a mí me enseñaron como re valioso, por ejemplo, llevar la bandera, una cosa así, acá esta todo como un poco perdido y si encima le agregamos bueno por el otro, yo creo que tendríamos que si respetarles su costumbre, pero acá estamos nosotros ¿no? (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Es decir, esta “miopía nacional”, como la llama Rojas, provoca un trastocamiento donde cierto orden natural de los elementos de la identidad nacional no se respeta.

Yo creo que hay algunas cosas que exceden lo que es puramente educativo, que es cuestiones de política, de política migratoria, además, por ahí suena feo lo que voy a decir (...) cuando nosotros vamos a otro país y nos introducimos en un sistema educativo, de salud, de trabajo, de lo que sea, en realidad no es el sistema el que se tiene que adaptarse a nosotros para que no nos sintamos mal. Digamos, yo que voy al otro país debo adaptarme, eso no quiere decir que yo no mantenga mi cultura, pero yo no puedo pretender que el que me recibe además me conserve mi cultura, mis valores, mis posiciones (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

Esta subversión se comprueba cada vez que un nativo debe dejar de lado su identidad o actuar en desmedro de ella con el objetivo de incluir al recién llegado. Lo mismo sucede en la escuela, que ante la presencia migratoria se percibe excedida en sus funciones tradicionales.

¿Por qué yo tengo que **enseñar y aparte agregar la cuestión paraguaya, la cuestión uruguaya, si yo soy argentina**, estoy trabajando en la escuela argentina y estoy transmitiendo a alguien que teóricamente se va a quedar en la Argentina? No le estoy diciendo “olvidate de tu historia paraguaya, de tu historia, ¿sí?” creo que la cosa pasa por una cuestión de política, en la cual evidentemente siempre la educación queda involucrada o atravesada y después cuando estamos en la práctica empiezan a aparecer todas estas cuestiones que hay que ir resolviéndolas porque se empiezan a traducir lo que en la sociedad está pasando igualmente

en la escuela, entonces estamos generando y reforzando grupos dentro de, subgrupos dentro de un grupo, cuando debemos apostar a todo un grupo de alumnos si querés, de alumnos en la argentina, ¿sí? (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

La idea subyacente es que la educación está dirigida a un público pre-seleccionado, con atributos similares, que se adecua armónicamente al contenido que la escuela tiene para ofrecer. La presencia del migrante mina esta correspondencia alterando la misión histórica y el objetivo *original* de la institución, fortalecer la identidad nacional, en este juego ambivalente de esencia y objetivo que ya recorrimos anteriormente. El problema no radica en la presencia del migrante en sí, sino en su obcecamiento en mantener sus costumbres e imponer sus propias condiciones, y en la exigencia que se le plantea a los docentes y directivos de adaptarse y transformarse, cuando debiera ser el migrante el deseoso de asimilarse a la nación que lo está hospedando.

A mí me parece que hay muchas dificultades, porque una vez comenté que llegaron dos paraguayos que no sabían hablar... Yo no me iba a poner a enseñarles a hablar y escribir porque en ese momento tenía en el curso 32 chicos. Tenía 30 argentinos que tenían que aprender. Entonces yo trabajo para el grupo, para la mayoría. No considero que por uno o dos tenga que retrasar a 30 (...) No voy a bajar todo el nivel (Docente escuela primaria estatal de gestión pública).

En consecuencia, el nativo se encuentra en desventaja y su identidad nacional en peligro toda vez que debe realizar un esfuerzo de adaptación ante la novedad que introduce la migración.

10.2 Integremos...pero con nuestras cosas

Tanto en el discurso de Rojas como en las representaciones sociales de docentes y directivos, la solución ante esta amenaza en la que se halla la identidad nacional no radica en eliminar al migrante, sino en evitar la pérdida del sentido nacional. En la identidad nacional existe lugar para el extranjero, pero la prioridad siempre debe ser “lo propio”.

Viéndonos zozobrar en nuestro vasto desierto, hay demasiadas influencias extranjeras que quieren prolongarse en nosotros. **Pero nosotros, argentinos, no podemos querer, sino que las generaciones futuras perpetúen el tipo de los fundadores** (...) No dar a las nuevas generaciones la conciencia de su posición en el mundo, fuera omisión funesta para nosotros mismos; pero ante todo debemos darles conciencia de sí mismos, de su territorio y de su nacionalidad (Rojas, 2011: 187).

Para mí la Argentina tiene que ser un país abierto en ese sentido, pero también tiene que tener un sentido nacional. Todas aquellas cosas que se hacen, que se dan, se brindan; bueno tienen que ser retribuidas de alguna manera. Si yo te preparo, yo te doy la mejor de las universidades, porque indudablemente acá están las mejores universidades, acá; de Latinoamérica, bueno “laburá” por lo menos dame cinco años de tu trabajo, dáselos a la Argentina (Docente escuela primaria estatal de gestión privada).

-O sea tenemos aceptación por el extranjero (...)

-De movida están acá y los aceptamos (...)

-Yo creo que también nos vamos ya al extremo. Como decía, una la cosa es tener las puertas abiertas (...)

-Y otra cosa sería tener las puertas entreabiertas (Docentes escuela primaria estatal de gestión pública)

Es una utopía pensar que nos vamos a ocupar de los extranjeros si no nos ocupamos de nosotros (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

En el vínculo intercultural, las puertas de acceso a la comunidad nacional deben quedar entreabiertas. Las condiciones de ingreso debe establecerlas la sociedad receptora, indicando de qué modo y cuando el migrante debe incorporarse y manteniendo siempre la primacía del elemento nacional para que la balanza se incline a favor de la consolidación de la identidad nacional.

Si vos le agregas a que los chicos, o nosotros, que fomentamos menos (...) este movimiento de amor hacia lo nuestro (...) está bien, respetemos, **integremos...pero con nuestras cosas ¿no?** (Docentes escuela secundaria estatal de gestión pública).

No creo que tengamos nosotros que poner la solución, porque como sistema ya les estamos abriendo las puertas (...) ellos son los que se tienen que integrar, no creo que nosotros tengamos que cambiar ni poner las dos banderas (Docente escuela secundaria estatal de gestión pública).

Podemos cerrar este capítulo afirmando que la figura del migrante externo es considerada un factor que modifica la identidad nacional. En las tramas discursivas analizadas se evidencia que este impacto no resulta completamente nocivo, pero sí al menos perturbador del equilibrio de la comunidad nacional. Tanto en las representaciones sociales de docentes y directivos como en los discursos (en este caso, nos referimos específicamente a Rojas) la clave radica en restituir esta armonía logrando un balance entre la generosidad argentina y el exceso de indulgencia, de modo que el orgullo que implica que la Argentina sea una nación de brazos abiertos no sea la causa del deterioro de su identidad nacional. Este mito de una Argentina “abierta a la inmigración y acogedora” (Caggiano, 2005: 89), tiene un anclaje tal que, pese a los cambios históricos en las funciones atribuidas al Estado nación y a la escuela, como así también a los procesos de fragmentación social imperantes en las sociedades globalizadas, demuestra una gran persistencia y vitalidad. En consecuencia, la evaluación sobre el modo en que la presencia del migrante externo influye en la identidad nacional suele realizarse partiendo de esta premisa, la de la Argentina generosa.

Los migrantes cumplen un rol de traer digamos desde afuera ciertos aportes, ciertas características que suman y enriquecen (...) **yo no creo que la identidad tenga que ser a puerta cerrada.** Creo que es mucho más interesante una identidad que se construye a partir de una gran diversidad. Es un gran desafío, no es fácil, pero me parece que es más enriquecedor. **Este país en particular la Argentina se fundó así, con el aporte de distintas culturas.** Y a pesar de todos los enojos y todas las cosas que, de las que nos quejamos los argentinos, me parece que es un lindo país, **que no termina nunca de construir su identidad,** quizás ese es el problema, porque permanentemente estamos en formación, recibiendo, pero bueno, pero es interesante. Que vamos construyendo, es una construcción la identidad que a lo mejor no está cerrada como en otras comunidades, pero bueno, está bueno. Para mí está bueno. **Lo importante me parece como desafío, es tratar de recibir lo nuevo, sin abandonar lo propio y lo viejo ¿no? que ese es el gran desafío** (Directora escuela primaria estatal de gestión pública).

Concluimos el último capítulo de análisis con esta sugerente e ilustrativa cita que demuestra que, incluso en aquellos casos en que la migración es considerada un aporte beneficioso para la identidad nacional, siempre se refiere, en última instancia, a la existencia de algo *propio* que es necesario preservar, aunque se reconozca, al mismo tiempo, el carácter inacabado y mutable de la identidad.

CAPÍTULO 11. CONCLUSIONES

El migrante externo no es considerado un enemigo a eliminar sino un extraño que debe ser controlado pues tiene la capacidad de trastocar —cuando no debilitar— la identidad nacional. Por lo tanto, las puertas deben permanecer entreabiertas y dispuestas a cerrarse cuando su ingreso no sea conveniente. En la vigilancia pareciera encontrarse la clave para lograr un equilibrio en el cual *lo nativo* tenga prioridad y la integración del migrante se supedita a las necesidades de la sociedad de llegada.

Esta es una de las ideas predominantes en el análisis sobre el lugar del “otro” en la identidad nacional, en conjunto con una serie de categorías que hemos presentado a lo largo de los capítulos previos con la intención de describir de qué modo determinadas ideas imperantes a fines de siglo XIX y principios de siglo XX perviven, en forma de *huellas*, en las representaciones sociales de docentes y directivos de la institución educativa actual.

En lo que refiere a las nociones de identidad nacional, en primer lugar, y a través de las categorías centrales de *esencia nacional* y *objetivo patriótico*, pudimos observar que, tanto en los discursos como en las representaciones sociales, circula una imagen que oscila entre el propósito de extender sus límites y contener a todos aquellos que quieran formar parte, y al mismo tiempo de defender y preservar ciertos elementos que le otorgan su singularidad y especificidad y que no deben ser corrompidos. Ya sea que se trate del idioma, de la tradición, del territorio, del sentimiento, la búsqueda de la verdadera esencia —en tanto núcleo capaz de garantizar estabilidad y continuidad— está presente en muchas de las caracterizaciones del “ser nacional” que hemos construido, donde todo lo que excede a una prístina identidad nacional es considerado un accidente y debe ser separado, para acceder a “las propias raíces”.

No obstante, y principalmente en las representaciones sociales de docentes y directivos, se vislumbra al mismo tiempo una noción de identidad nacional que, en tanto construcción en constante movimiento y mutación, es considerada condición de posibilidad de cohesión ante la diversidad. Sin embargo, aún en dichas representaciones perviven ciertos elementos que remiten a una esencia, a algo que otorga singularidad al “ser nacional”.

Para definir qué lugar se asigna a la diversidad en esta noción, hemos construido la categoría central *vocación homogeneizante* e indicado sus grados de variación. De este modo, hemos ubicado en un extremo la noción de *terror étnico*, y en el otro, la de *inclusión condicional*. Asimismo, el *blanqueamiento* y el *molde nacionalizador*, en tanto propiedades de la categoría central, han sido señalados como estrategias empleadas en este intento uniformador, vinculadas, al mismo tiempo, al grado de homogeneidad pretendido.

En cuanto al modo de caracterizar al migrante externo, se presentaron dos categorías centrales: *la ajenidad migrante*, y *el migrante como instrumento*. En el primer caso, hemos analizado los distintos significados que asume la alteridad; en ocasiones se asocia a diferencias basadas en la naturaleza, llegando al extremo de caracterizarse al migrante como *no humano*, y en otras, a la cultura, donde su *rastro étnico*, sin embargo, funciona como un estigma que recuerda constantemente su origen y tiñe toda su identidad, e incluso puede transmitirse intergeneracionalmente. En cualquier caso, sea por la cultura o la naturaleza, el migrante es un sujeto ajeno a la comunidad nacional, y como tal, se encuentra constantemente supervisado y sometido a examen, es decir, es un *amigo a prueba*.

En lo que respecta a la visión del migrante como instrumento, a partir de las subcategorías de *aporte*, *agradecimiento* y *adaptabilidad* migrante, se indicó el modo en que la sociedad receptora define, por oposición, al buen y al mal migrante.

Los atributos asignados al migrante en esta caracterización parecieran emanados de su propia sustancia, como si el origen fuera responsable de imprimir en él determinados rasgos que luego serán empleados para explicar y justificar su tratamiento diferencial. No obstante, podemos observar, al mismo tiempo, que las características “reales” que porta el migrante no resultan fundamentales en su descripción, sino más bien interesa la función que este viene a desempeñar en un momento histórico dado. Es decir, un atributo puede ser definido como positivo o negativo según la funcionalidad que comporte para la sociedad receptora. Al respecto, hemos mencionado el paso que se produjo entre la concepción del migrante como sujeto laborioso, heredera de la Ley Avellaneda, a su percepción como integrante de las llamadas “clases peligrosas” (Salessi, 2000). En la caracterización que realizan los docentes y directivos sucede algo similar. La abnegación y el sacrificio en el trabajo pueden ser considerados una virtud admirable para convertirse en rasgos negativos que denotan avaricia, mezquindad o competencia desleal cuando las pretensiones del

migrante no coincidan con las que la sociedad receptora le impuso como límite válido. Por consiguiente, los bolivianos, por ejemplo, serán en algunos casos considerados personas sumisas, respetuosas, calladas, trabajadoras, tímidas, mientras que, en otros casos, oportunistas y vagos. Análogamente, los orientales (categoría que aglutina de manera casi indiferenciada a chinos, coreanos, japoneses, etcétera) serán catalogados como trabajadores, de rápido aprendizaje, inteligentes, tenaces, autosuficientes, pero también como explotadores, ventajeros, calculadores y estrategas. La sociedad receptora se reserva así el derecho de asignar la etiqueta al migrante y de modificarla según las condiciones, eludiendo casi cualquier referencia a las condiciones de producción de esta etiqueta y perpetuando de esa manera la desigualdad del vínculo intercultural. Este tiende a constituirse como una relación social de dominación donde nativos y migrantes se encuentran en jerarquías diferenciales.

Este modo de caracterizar al migrante externo desde la sociedad receptora puede vincularse con una de las funciones de las representaciones sociales que hemos descripto previamente: la de orientar y proveer un sistema de anticipaciones y expectativas. Abric (1994) afirma que la representación social “no depende de la evolución de una interacción, la precede y determina” (p. 16). Podemos decir, en consecuencia, que ambos núcleos representacionales —la ajenidad y la instrumentalidad— operan en ese sentido. La caracterización que los docentes y directivos realizan de los migrantes en el aula (y en la sociedad en general) está fundada en sus prejuicios y representaciones previas, más que en aquellas características “reales”. De este modo, conocer de antemano cómo los migrantes “son”, permite anticipar qué debemos esperar de ellos.

Para concluir esta reflexión, resulta necesario mencionar una de las limitaciones de esta tesis que, simultáneamente, invita a plantear nuevos interrogantes a futuro. Las representaciones sociales aquí reconstruidas corresponden a un determinado recorte espacial: docentes y directivos del AMBA. En tanto las nociones hegemónicas en torno a la identidad nacional, construidas históricamente, han partido de la *fractura* entre la capital (Buenos Aires) y el interior (el resto del país, aun con sus diversidades) (Segato, 2007), resultaría sumamente enriquecedor conocer las representaciones sociales de docentes y directivos de otras provincias de la Argentina con el fin de determinar qué diferencias y similitudes existen en el modo de concebir la interculturalidad y el lugar del otro en la identidad nacional. Asimismo, otra línea de trabajo futura, también comparativa, se vincula a la posibilidad de analizar relatos políticos y literarios hegemónicos en el mismo

período histórico en otros países de Latinoamérica, como por ejemplo Brasil, para observar de qué modo estas narrativas reflejan las específicas configuraciones de la alteridad que allí se han producido y de qué modo se han construido los mitos fundantes sobre la identidad nacional y el lugar del migrante externo.

En ese sentido, esta tesis ha procurado hacer lo propio para el caso argentino aportando elementos novedosos a los debates en torno a la construcción de la identidad nacional y al modo específico en que estas huellas históricas e ideológicas se resignifican en la actualidad en la escuela, concretamente en las representaciones sociales de aquellos que a diario la ponen en funcionamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Abric, J. (1994). *Prácticas sociales y representaciones*. México D.F.: Ediciones Coyoacán.
- Adaszko, D. y Kornblit, A. (2008). Xenofobia en adolescentes argentinos. Un estudio sobre la intolerancia y la discriminación en jóvenes escolarizados. *Revista Mexicana de Sociología*. 70(1), 147-196.
- Altamirano, C. y Sarlo, B. (1997). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Álvarez Dorronsoro, I. (1993). *Diversidad cultural y conflicto nacional*. Madrid: Talasa.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ansaldi, W. y Funes, P. (1994). Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana. *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. 1(2). <http://geshal sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/110/2015/01/FUNES-y-ANSALDI-Patolog%C3%ADas-y-rechazos.pdf>
- Aruj, R. Novick, S. y Oteiza, E. (1996). *Política inmigratoria, inmigración real y derechos humanos en la Argentina*. Documentos de trabajo N° 5, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20100302095958/dt5.pdf>
- Avellaneda, A. (1968). Las novelas de Eugenio Cambaceres y Cambaceres y la perspectiva literaria desde el 80. *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, (22), 509-519. <https://ahira.com.ar/ejemplares/capitulo-no-22/>
- Balibar, E. (1988). La forma nación: historia e ideología. En E. Balibar e I. Wallerstein, *Raza, nación y clase* (pp. 135-167). Madrid: Iepala.
- Balibar, E. (2005). *Violencias, identidades y civilidad*. Barcelona: Ediciones Gedisa.
- Bauman, Z. (1998). Modernidad y ambivalencia. En J. Beriaín (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Antrophos.
- Bauman, Z. (2006). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Benhabib, S. (2005). *Los derechos de los otros. Extranjeros, residentes y ciudadanos*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Bertoni, A. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

- Botana, N. (1985). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Hyspamérica Ediciones Argentina.
- Bourdieu, P. (1998). Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica. En P. Bourdieu y J. C. Passeron, *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Distribuciones Fontamara.
- Bourdieu, P. (2006). La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región (Análisis). *Ecuador Debate. Memorias de la izquierda*, (67), 165-184.
- Briones, C. (2004). Construcciones de aboriginalidad en Argentina. *Bulletin de la Societe Suisse Des Americanistes*, (68), 73-90.
https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/82659/CONICET_Digital_Nro.7e6f2fea-0a76-482b-88f7-f55282f73aef_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Caggiano, S. (2005). *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Cambaceres, E. (2014). *En la sangre*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Carretero, M y Castorina, J. (2010). *La construcción del conocimiento histórico*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M. (1998). *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura. El Poder de la identidad. Vol 2*. Madrid: Alianza Editorial.
- Charmaz, K. (2006). *Constructing Grounded theory. A practical guide through Qualitative Analysis*. London: SAGE Publications.
- Cohen, N. y Gómez Rojas, G. (2003). Los objetivos, el marco conceptual y la estrategia teórico-metodológica triangulando en torno al problema de investigación. En S. Lago Martínez, G. Gómez Rojas y M. Mauro (Coord.), *En torno de las metodologías: abordajes cualitativos y cuantitativos* (pp. 113-128). Buenos Aires, Proa XXI editores.
- Cohen, N. (2009). Una interpretación de la desigualdad desde la diversidad étnica. En N. Cohen (Comp.), *Representaciones de la diversidad: trabajo, escuela y juventud*. Buenos Aires: Ed. Cooperativas.
- Cohen, N. (2011). Cohesión social, diversidad cultural y pobreza: Hacia una convivencia compleja. En N. Cohen y Barba Solano, C. (Coords.), *Perspectivas críticas sobre la cohesión social: Desigualdad y tentativas fallidas de integración social en América Latina* (pp. 87-106). Buenos Aires: CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/clacso/crop/BarbaSolano-Cohen.pdf>
- Cohen, N. (2012). Profetizando al diferente. *Controversias y concurrencias latinoamericanas*. 4(6), 187-203.
- Cohen, N. (2014). Dominación y migraciones externas. *Boletín Onteaiken*, (17).
<http://onteaiken.com.ar/ver/boletin17/art-cohen.pdf>

- Cohen, N. (2016). La diversidad cultural a través del tiempo. En *Los inmigrantes en la construcción de la Argentina* (pp. 163-180). Buenos Aires: OIM
- Cohen, N. y Gómez Rojas, G. (2019). *Metodología de la investigación, ¿para qué?: la producción de los datos y de los diseños*. Buenos Aires: Teseo.
- Corbin, J. y Strauss, A. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Corea, C. y Duschatzky, S. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- De Lucas, J. (2002). La herida original de las políticas de inmigración. A propósito del lugar de los DDHH en las políticas de inmigración. *Isegoría*, (26), 59-84.
- Devoto, F. (1992). Idea de nación, inmigración y “cuestión social” en la historiografía académica y en los libros de texto de argentina (1912-1974). *Estudios Sociales*, (3).
- Devoto, F. (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Díaz Polanco, H. (2006). *Elogio de la diversidad*. México D.F.: Siglo XXI editores.
- Diez, M. L. (2004). Reflexiones en torno a la interculturalidad. *Cuadernos de Antropología Social*, (19), 191-213. <https://www.redalyc.org/pdf/1809/180913911012.pdf>
- Diez, M. L. (2016). Interculturalidad y migración: reflexiones sobre política educativa e identificaciones étnicas y nacionales en Argentina. *Revista de ciencias políticas y humanidades Caja Negra*, 7(12), 133-145. <https://issuu.com/cajanegrarevista/docs/cajanegra12>
- Domenech, E. y Magliano, M. (2008). Migración e inmigrantes en la Argentina reciente: políticas y discursos de exclusión/inclusión. En M. del C. Zabala Argüelles (Comp.), *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe* (pp. 423-448). Bogotá: Siglo del Hombre Editores y CLACSO. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/clacso/crop/zabala/>
- Domenech, E. (2011). La “nueva política migratoria” en la Argentina: las paradojas del programa “Patria Grande”. En C. Pizarro (Coord.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 119-141). Buenos Aires: CICCUS.
- Dubet, F. (1989). De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. *Estudios Sociológicos*. 7(21), 519-545. <http://www.jstor.org/stable/40420036>
- Duschatzky, S y Skliar, C. (2000). La diversidad bajo sospecha. Reflexiones sobre los discursos de la diversidad y sus implicancias educativas. *Cuaderno de Pedagogía Rosario*. 4(7), 33-53.

- Ferrás, G.: (2006). Extranjero, raza y simulación en el pensamiento de José Ingenieros. *Co-herencia*. 3(4), 139-163. <http://publicaciones.eafit.edu.co/index.php/co-herencia/article/view/567>
- Ferrás, G. (2007). Ricardo Rojas: inmigración y nación en la Argentina del Centenario. *Revista Memoria & Sociedad*. 11(22), 5-18. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/memoysociedad/article/view/8072>
- Ferrás, G. (2017). *Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Foucault, M. (2005). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Editorial Tusquets.
- García Fanlo, L. (2010). *Genealogía de la argentinidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- García Canclini, N. (2006). *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- Gil Araujo, S. (2010). *Las argucias de la integración. Políticas migratorias, construcción nacional y cuestión social*. Madrid: Iepala.
- Gil Araujo, S. (2011). Migraciones internacionales, políticas públicas y construcción nacional. Apuntes sobre las políticas de integración de inmigrantes en Europa. En. C. Pizarro (Coord.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 97-117). Buenos Aires: CICCUS.
- Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina. En A. Grimson y E. Jelin (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos* (pp. 69-99). Buenos Aires: Prometeo.
- Grimson, A. y Soria, S. (2017). Diferencia y desigualdad en las migraciones. En A. Grimson y G. Karasik, *Estudios sobre diversidad sociocultural en la Argentina contemporánea* (pp. 97-140). Buenos Aires, CLACSO.
- Grupo doce (2001). *Del fragmento a la situación. Nota sobre la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Altamira.
- Gonzalez, A. y Plotnik, G. (2013). “Nosotros – otros”. Violencia simbólica y representaciones sociales sobre el migrante internacional: un análisis en las instituciones educativa y judicial en la Ciudad de Buenos Aires y Gran Buenos Aires. *Argumentos. Revista de crítica social*, (15). <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/905/791>
- Gonzalez, M. (2020). “*Ser alguien en la vida*”. *Desigualdades e individuación en las experiencias educativas de jóvenes hijas/o migrantes de sectores populares en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. (Tesis de doctorado). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Gottero, L. (2013). Educación para la salud y discursos sobre la migración. Una articulación conflictiva en las políticas sobre epidemiología. *Revista Integra Educativa*. 6(1), 79-110. <http://www.scielo.org.bo/pdf/rieiii/v6n1/v6n1a05.pdf>
- Halperin Donghi, T. (1976). ¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino (1810-1914). *Jahrbuch Fur Geschichte Von Staat*

Wirtschaft und Gesellschaft Latinamerikas. 13, 437-489.
[http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/mcheca/Jahrbuch fr Geschichte Lateinamerikas Anuario de Historia de America Latina Para qu la inmigracin Ideologa y poltica inmigratoria y aceleracin del proceso m.pdf](http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/mcheca/Jahrbuch_fr_Geschichte_Lateinamerikas_Anuario_de_Historia_de_America_Latina_Para_qu_la_inmigracin_Ideologa_y_poltica_inmigratoria_y_aceleracin_del_proceso_m.pdf)

- Halperin Donghi, T. (1987). *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial sudamericana.
- Hering Torres, M. (2011). Limpieza de sangre en España. Un modelo de interpretación. En N. Böttcher, B. Hausberger y M. Hering Torres (Coords.), *El peso de la sangre. Limpios, mestizos y nobles en el mundo hispánico* (pp. 29-62). México: El Colegio de México, Centro de estudios históricos.
- Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Grijalbo Mondadorí
- Hobsbawm, E. (1992). Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy. *Anthropology Today*. 8(1), 3-8.
- Ibáñez, J. (1992). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Barcelona: Siglo XXI.
- Ingenieros, J. (1946). *Sociología Argentina*. Buenos aires: Editorial Losada.
- Jelin, E. (2006). Migraciones y derechos: instituciones y prácticas sociales en la construcción de la igualdad y la diferencia. En E. Jelin y A. Grimson (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires, Prometeo.
- Jitrik, N. (1970). Cambaceres: adentro y afuera. En *Ensayos y estudios de literatura argentina*, (pp. 35-54). Buenos Aires: Galerna.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Comp.), *Psicología social II* (pp. 469-494). Editorial Paidós, Barcelona.
- Malegarie, J. y Tavernelli, R. (2008). De la diferencia a la desigualdad. Una mirada desde la escuela. *IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, Posadas*. <https://cdsa.academica.org/000-080/174.pdf>
- Margulis, M., Urresti, M. y otros (1999). *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos
- Mármora, L. (2000). *Las políticas de migraciones internacionales*. Buenos aires: Paidós – OIM.
- Martinez, L. (2018). La discriminación como categoría social y política en la experiencia escolar de niños y niñas migrantes. En Barreiro, A. (Comp.), *Representaciones sociales, prejuicio y relaciones con los otros: la construcción del conocimiento social y moral* (pp. 277-298). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: UNIFE.
- Masotta, O. (1968). Ricardo Rojas y el espíritu puro. En *Conciencia y estructura* (pp. 145-150). Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez.

- Mera, G. (2011). Pensar las categorías, pensar al Estado. Reflexiones en torno al concepto de segregación espacial de los inmigrantes. En C. Pizarro (Coord.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 143-160). Buenos Aires: CICCUS.
- Moreno, M., Redondo, A., Morales, N. Jontef, E. y Torres Salazar, M. (2003). La enseñanza de metodología de la investigación: el caso de las unidades de análisis. En S. Lago Martínez, G. Gómez Rojas y M. Mauro (Coords.), *En torno de las metodologías: abordajes cualitativos y cuantitativos* (pp. 129-140). Buenos Aires: Proa XXI editores.
- Moscovici, S. (1979). *El Psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- Neufeld, M. R. y Thisted, J. A. (1999). El “crisol de razas” hecho trizas: ciudadanía, exclusión y sufrimiento. En M. R. Neufeld y J. A. Thisted (Comps.), *“De eso no se habla...” Los usos de la diversidad sociocultural en la escuela* (pp. 23-56). Buenos Aires: Eudeba.
- Nouzeilles, G. (2000). *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Novaro, G. (2005). Nacionalismo escolar y migraciones en educación: de los “hordas cosmopolitas” a los “trabajadores competentes”. En E. Domenech (Comp.), *Migraciones contemporáneas y diversidad cultural en la Argentina* (pp. 69-95). Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.
- Novaro, G. (2006). Educación intercultural en la Argentina: potencialidades y riesgos. *Cuadernos Interculturales*. 4(7), 49-60. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552/55200704>
- Novick, S. (2008). Migración y política en Argentina. Tres leyes para un país extenso (1876-2004). En S. Novick (Comp.), *Las migraciones en América Latina* (pp. 131-151). Buenos Aires: Catálogos. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/grupos/novick/novick.pdf>
- Onega, G. (1969). *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Buenos Aires: Galerna.
- Oszlak, O. (2018). *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*. Buenos Aires: Ariel.
- Pacecca, M (2001). *Migrantes de ultramar, migrantes limítrofes. Políticas migratorias y procesos clasificatorios. Argentina, 1945-1970*. Informe final del concurso Culturas identidades en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2000/pacecca.pdf>
- Pacecca, M. I. (2006). Migraciones e Interculturalidad. En A. Ameigeiras y E. Jure (Comps.), *Diversidad cultural e interculturalidad* (pp. 277-280). Buenos Aires: Prometeo.
- Pérez-Agote, A. (1993). Las paradojas de la nación. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (61), 7-21. <https://doi.org/10.2307/40183615>
- Pulfer, D. (2011). *Rojas: educación y cuestión nacional en el Centenario*. Buenos Aires: UNIFE.

- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, etnocentrismo y América Latina. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, (122-151). Buenos Aires: CLACSO.
- Ramos Mejía, J. (1899). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Felix Lajouane Editor.
- Renan, E. (2000) ¿Qué es una nación? En A. Fernández Bravo (Comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 53-66). Buenos Aires: Manantial.
- Rex, (2002). La movilización étnica en las sociedades multiculturales. En E. Terrén (Comp.), *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas* (pp. 263-276). Barcelona: Anthropos.
- Rivero Sierra, F (2011). Formas “tangibles” e “intangibles” de discriminación. Aportes para una formalización teórico conceptual. En. C. Pizarro (Coord.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 269-291). Buenos Aires: CICCUS.
- Rockwell, E. y Ezpeleta, J. (1983). La escuela: relato de un proceso de construcción teórica. *Revista Colombiana de Educación*, (12). <https://doi.org/10.17227/01203916.5093>
- Rockwell, E. (1997). De huellas, bardas y veredas: una historia cotidiana en la escuela. En E. Rockwell (Coord.), *La escuela cotidiana* (pp. 13-57). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, R. (2011). *La restauración nacionalista: informe sobre educación*. Buenos Aires: UNIFE.
- Romero, J. L. (1975). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J. L. (1987). *Las ideas en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones Nuevo País.
- Romero, L. (2004). *La Argentina en la escuela*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Salessi, J. (2000). *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina. (Buenos Aires: 1871 – 1914)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Sayad, A. (2008). Estado, nación e inmigración. *Apuntes de investigación del CECYP*, (13), 101-116. <http://apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/122/107>
- Segato, R. (2007). *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Segato, R. (2010). Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje. *Crítica y Emancipación*, (3), 11-44. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ojs/index.php/critica/article/view/166>
- Schiffino, M. (2013). José Ingenieros: raza, nacionalidad y ciudadanía en la Argentina del Centenario. *Cuadernos del CIESAL*. 10(12).

- Schütz (2002). El forastero. En E. Terrén (Comp.) *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas* (pp. 144-156). Barcelona: Anthropos.
- Simmel, G. (2002). El extranjero como forma sociológica. En E. Terrén (Comp.), *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas* (pp. 59-65). Barcelona: Anthropos.
- Sinisi, L (1999). La relación “nosotros – otros” en espacios escolares “multiculturales”. Estigma, estereotipo y racialización. En M. R. Neufeld y J. A. Thisted (Comps.), “*De eso no se habla...*” *Los usos de la diversidad sociocultural en la escuela*. Buenos Aires: Eudeba.
- Soler, R. (1968). *El positivismo argentino*. Buenos Aires: Paidós.
- Terán, O. (1986). *José Ingenieros. Pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza.
- Terán, O. (1987). *Positivismo y nación*. Buenos Aires: Puntosur.
- Terán, O. (1994). Nacionalismos argentinos (1810-1930). *Revista de ciencias sociales*, (1), 31-40. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1288>
- Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1880-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Valles, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Viñas, D. (1964). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez Editor.
- Viñas, D. (1971). *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Wieviorka, M. (2002). La diferencia cultural como cuestión social. En E. Terrén (Comp.), *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas* (pp. 277-292). Barcelona: Anthropos.
- Wieviorka, M. (2003). Diferencias culturales, racismo y democracia. En D. Mato (Coord.), *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización* (pp. 17-32). Caracas: FACES – UCV.
- Wieviorka, M. (2014). *El racismo: una introducción*. Barcelona: Gedisa.
- Žižek, S. (2008). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.